

FASINE

JUGADORES

LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION ILUSTRADA
ARTE CRITICA Y LITERATURA

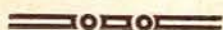
— Suplemento de EDITORIAL CLARIDAD —

www.ahira.com.ar

Nº 1 - 20 CTS.

EDITORIAL CLARIDAD

(SOCIEDAD COOPERATIVA DE PUBLICACIONES)



DIRECTOR: ANTONIO ZAMORA

Empresa editora de:

LOS PENSADORES

BIBLIOTECA CIENTIFICA

LOS NUEVOS

CLASICOS DEL AMOR

LOS POETAS

BIBLIOTECA COSMOS

EDICIONES POPULARES Y DE LUJO
:: LIBROS - REVISTAS Y FOLLETOS ::



Toda la correspondencia y giros a

**EDITORIAL
CLARIDAD**

Casilla de Correo 736
BUENOS AIRES



DIRECCION POSTAL:
C. DE CORREO 786

Administración:
BOEDO 837
U. T. 4999 y 6197, Mitre
CAPITAL FEDERAL

LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION
ARTE, CRITICA Y LITERATURA
Suplemento de EDITORIAL CLARIDAD
APARECE EL 2.º Y 4.º MARTES DE CADA MES

SUBSCRIPCIÓN

Para todos los países
de la convención postal
AÑO . . . \$ 5.- MÍN
SEMESTRE . . . 2.50 "

En los demás países
AÑO . . . \$ 3.- ORO
CADA EJEMPLAR 20 CTS.

AÑO III

Buenos Aires, 4 de diciembre de 1924

Núm. 101

AL MÁRGEN DE LA VIDA QUE PASA...

Los Pensadores

De acuerdo con los propósitos anunciados ofrecemos hoy "Los Pensadores" transformada en revista de selección ilustrada: de arte, crítica y literatura.

Se inicia así una nueva era para esta vieja publicación con la cual la EDITORIAL CLARIDAD ha realizado la mayor parte de su labor destinada a la divulgación de obras literarias y científicas de autores de todos los tiempos y países.

Muy amplios son los propósitos que nos animan desarrollar en esta nueva forma, guiados por un elevado criterio y con un fin de utilidad social. Nos proponemos hacer de esta revista un gran suplemento que llene la sentida necesidad de una publicación libre de todos los prejuicios que imperan en esta época sensual y proclive.

Prometemos hacer de esta revista la más alta tribuna de difusión de las grandes y profundas actividades humanas que propulsa el progreso por las vías de la razón hacia la libertad y la justicia. Con fe y esperanza en el porvenir, entregamos al inexorable juicio del lector "Los Pensadores" transformada en revista.

De su cooperación dependerá el éxito de nuestros propósitos.

La Política y los Literatos

En las recientes elecciones municipales tomaron parte varios literatos. La prensa que vela siempre desinteresadamente por la salud moral de los negocios públicos, respiró con satisfacción. Dijo que la participación de los poetas y de los literatos en la política significaba una era de regeneración. La palabra mágica de los escritores curaría el cáncer; al conjuro del verbo desaparecerían todos los microbios de esa peste universal. Porque la política no es una enfermedad que solamente padecemos nosotros: es una peste que sufren por igual todos los pueblos de la tierra.

La prensa supone que los escritores son angelitos, llenos de candor, mojigatos que viven en la luna y que no han tenido jamás nada que ver con las trapacerías que se cometen en este bajo mundo. Y los escritores son tan venales como los políticos. Claro está, que por más bajo que sea el nivel moral de la literatura siempre es superior al de la política. La política es la ciencia de los pícaros. Y los pícaros no se van a regenerar por el mero hecho de que los pongan en contacto con dos o tres escritores. Es más probable que los escritores se conviertan a la religión de la mayoría y ter-

minen a la vuelta de un año en la cárcel. Oscar Wilde decía que el mejor gobierno para un artista era no tener gobierno. Un literato no debe hacerse político. Es preferible que muera o que se suicide. Aunque la política es para un artista de verdad las dos cosas juntas: suicidio y muerte. Pero es preferible que escojan una muerte más honrosa.

Los literatos no deben hacer política, ni escribir para el teatro nacional. Tampoco deben escribir novelas semanales... Basta y sobra con que hagan literatura.

La política es la ocupación de los mediocres. Todos los hombres inteligentes rehuyen la política. Las personas honradas, también.

El salón de los Ultrafuturistas

En el Van Riel acaba de inaugurarse un salón de pintura ultrafuturista. El propósito de los organizadores es visible: burlarse de los futuristas. Pretenden que se los tome en serio para desvalorizar así la obra de los futuristas, quienes después de todo, no molestan más que a miembros de sus respectivas familias. Pero el público que no ha tomado en serio a los futuristas auténticos menos puede creer en la seriedad de estos otros futuristas de pacotilla. No hay nada original allí. Todo eso es copia fiel de los originales que andan en Europa. Eso de pintar una cocina y atarle luego una cacerola de hierro o de pintar una mesa y pegarle un pucho de verdad, eso no es nada novedoso. Se ve que los expositores están tan habituados a plagiar y a imitar que hasta cuando pretenden ser originales incurren en el mismo vicio. Aunque ninguno firma sus cuadros conocemos a varios autores de los que han participado: Centurión, de la Cárcova, Fioravanti, Larco, etc. El más serio de todos es de la Cárcova. Pero de la Cárcova es un académico fósil, miembro vitalicio de jurados y certámenes, primo hermano de Cupertino del Campo, pariente de Collivadino. Los otros son abortos de académicos. Una serie de fetos o monatos. Malos dibujantes de revistas que en toda su vida no han hecho nada bueno. Ahora, cabe la pregunta: ¿en nombre de qué pintura superior se quieren burlar del futurismo? ¿en nombre de qué tendencia?

Ellos no tienen derecho por varias razones. Primero: porque entre la aberración de los futuristas y la meticulosidad gomosa de los académicos es preferible la primera. Segundo: porque ellos tienen que aprender a pintar mejor que los futuristas, cosa muy discutible. Y tercero: porque esos

expositores sea una sarta de cajetillas — Florida de 5 a 7 — carentes de ideas y de virilidad, que pintan eternamente las mismas cosas huecas, frías y anodinas. Son los representantes específicos de la pintura morfinómana. Esas licencias satíricas se las podían permitir los varones de la pintura. Pero los pocos pintores y escultores que trabajan en serio y que usan pantalones tiene bastante con sus tareas para servir de bufones a los enemigos de toda innovación en arte.

La burla tiene que fundamentarse. No está bien que un idiota se ría de un imbécil. Por menos que valga Petorutti vale más seguramente que Lareo.

No está bien, repetimos. O si está bien... ¡allá ellos!

El ocaso del Fascismo

La enfermedad colectiva que durante dos años ha venido minando la robustez espiritual del pueblo italiano, ha entrado en su período de decadencia. El fascismo cada día va perdiendo más adeptos, y en la actualidad hállase completamente separado de la opinión pública. Dos años de violencia ejercida a garrotazos, tiros de revólver, puñaladas y dosis de aceite de Ricino tenían que provocar fatalmente esta reacción. El señor Mussolini cuyo paso por el gobierno de Italia juzgará la historia, se ha pronunciado siempre enemigo de la libertad. Esta palabra por la cual se han inmolidado tantos mártires, produce cosquilleos molestos en los oídos del dictador; gritar al lado de sus orejas: ¡Viva la libertad! equivale a gritarle a un diabético: ¡Viva el azúcar! Mussolini lleva el odio a la libertad metido en los tuétanos, ese odio es instintivo en él; acaso por pertenecer a un grado inferior de la escala zoológica, no pueda hacer uso del privilegio que desean todas las criaturas de la naturaleza. Pero el fascismo huele cada día peor, se descompone cada vez más y acabará por morir, asfixiado en su propia pestilencia. Los sucesos de los últimos días son reveladores de esta realidad. Italia está en vías de salvación, lo cual nos llena el corazón de regocijo.

Oscar Wilde en la Pantalla

Leemos en una revista: "El popular director de producciones cinematográficas Marcel L'Herbier acaba de convenir con los herederos de Oscar Wilde sobre los derechos que les correspondían por la adaptación a la pantalla del argumento de "El retrato de Dorian Gray".

Etc. Cuando Oscar Wilde cayó preso fué tan grande la vergüenza de su esposa que cambió de apellido. Asimismo sus hijos no queriendo cargar con tan ignominioso nombre siguieron el ejemplo edificante de su madre. Pero, ahora no se trata de una cuestión de honor que no cueste nada, sino de los derechos efectivos que producen las "obras inmorales" de aquel sublime "desmoralizador". Se trata de dinero sonante y contante, y los herederos de Oscar Wilde no son por lo visto rencorosos y vuelven a usar nuevamente su apellido para cobrar honradamente sus honorarios. El amor filial tiene sus flujos y reflujos, pero por fin triunfa.

El mate es bueno...

He aquí el último descubrimiento de Constancio C. Vigil: "el mate es bueno". Se necesita vivir mucho tiempo como él o como Lugones, tener mucha experiencia y mucha sabiduría para arribar a semejante conclusión. Se necesita también haber tomado mucho mate para hacer luego el elogio del mate. Asimismo se necesita alcanzar esa edad imponderable en que el hombre no sabe ya qué decir y habla por hablar como las cotorras.

"El mate — asegura Vigil — es un símbolo de nuestros problemas". No sabemos si dice esto por eso de que el mate tiene un agujero...

Si el mate es un símbolo, es el símbolo de la haraganería. Todos los ociosos toman mate. Los ociosos y los aburridos. Es una especie de cocaína homeopática. El mate y el cigarrillo son dos plagas nacionales.

El pueblo argentino tiene una marcada tendencia a embrutecerse, a dormirse... Por eso gusta tanto de los narcóticos y de las novelas semanales. El mate debía considerarse como un sucedáneo del alcohol y a los tomadores de mate como a beodos disfrazados. Sólo los holgazanes hablan bien del mate. La pereza se despreza tomando mate. ¿Qué es en resumen un tomador de mate? Un holgazán pegado a una bombilla.

Vigil debía hacer el elogio del pisco o de la pala... El mate, la guitarra, el ombú, etc., representan una época de parasitismo aborígen... Eran cosas muy lindas allá cuando no había nada que hacer y el hombre se rascaba el panículo adiposo contra los árboles...

Los alquileres

Una vez más se ha postergado la elástica ley de los alquileres, sin darse la solución clara y terminante a este viejo y grave problema. Se continuará poniendo la cataplasma, frente al mal, con uno u otro específico, pero sin el remedio verdadero, sólido y positivo.

La forma más práctica y contundente de resolver este problema es dictar una ley declarando de servicio público la habitación. Fijar una tarifa basada en el valor real de la propiedad, de acuerdo con la contribución territorial, en cuya forma se sabría el valor del alquiler de una habitación o de una casa, lo mismo que se sabe cuanto cuesta el servicio de alumbrado, el viaje en un automóvil o en ferrocarril y otras cosas sujetas a un límite.

Se objetará que esto atentaría contra la propiedad privada, pero tan propiedad privada es un automóvil, una empresa de ferrocarril o de luz, como una casa, y si por razones de utilidad pública por esos servicios no se puede cobrar más de lo estipulado, con doble razón debiera declararse "servicio público" la habitación, que es de mucha más necesidad que los servicios anotados. Esta sería la mejor solución.

¡Viva el gauchito Lencinas!

Hace pocos días el comercio, el trabajo, el magisterio y casi toda la población de Mendoza salió a la calle en manifestación con el objeto de solicitar del interventor nacional justicia para con las

fuerzas vivas de la provincia, esquilgadas por la turba de saltadores que hasta hace poco, detenían los puestos públicos. El gauchito Lencinas, hijo de su papá y gobernador destituido, se dirigió por telégrafo al Presidente de la República solicitándole la prohibición del "meeting"; y como que la respuesta que obtuviera fuese negativa — el Presidente invocó razones de democracia y libertad de pensamiento — el gauchito Lencinas resolvió apelar a la justicia criolla; y en el momento que la columna de manifestantes pasaba frente al edificio de "su" diario, un grupo de gauchitos la emprendió a tiros contra la multitud. Se repiten las jornadas de 1919; el gauchito se impone a balazos como entonces se impuso el gauchito, y prepara su "reentré" en el gobierno provincial. Vaya uno a saber lo que ocurrirá en las elecciones de marzo, cuando el Interventor convoque al electorado con el objeto de elegir el Poder Ejecutivo provincial. Porque eso del voto secreto es una maravilla...

Un desastre Ferroviario

La situación financiera de los famosos Ferrocarriles del Estado constituye el símbolo de los desastres ferroviarios.

En el término de cuatro años, la administración de esos ferrocarriles, ha contraído deudas por la fabulosa suma de Ciento setenta y dos millones, seiscientos diez y ocho mil seiscientos ochenta y nueve pesos.

Esta es la enorme cantidad de dinero invertida sin recursos, lo que se ha gastado a la marchanta, fuera del presupuesto ordinario, lo que quiere decir que después de haberse invertido todos los recursos, cuyas entradas estaban equiparadas a las salidas, se ha distraído a expensas del Estado \$ 172.618.689.

En los Ferrocarriles del Estado se han robado la plata durante cuatro años, y no se han robado un peso, diez, cien o mil, sino millones, pero como dijera una vez el Dr. Justo en la Penitenciaría Nacional no hay preso ningún funcionario público...

Coronado Concejal

Coronado, el glorioso Coronado Nicolás, es ya concejal.

Sobre el comentario. ¡Oh iconoclastas huestes de la nueva generación que tenías a Coronado por capitán!

Pero imaginad a Coronado entre el substratum potenciado del vulgo municipal y espeso que constituye el Concejo Deliberante! Imaginadlo con su socrática sonrisa y su desdeñoso cigarrillo diciendo suavemente:

— "Amigos míos, mis queridos amigos, mi crítica es negativa e inútil... La policía literaria que desempeña, en abierta pugna con mi natural pacífico y prudente, no es acatada ya... El Ba-Ta-Clan triunfa y "soy pues, una víctima de mí mismo" Aceleré la combustión de los dispersos despojos de Talla con mi crítica realista y anti-romántica, más hété aquí que el género híbrido de la revista, domina por doquier

Amigos míos, mis queridos amigos, confiemos la labor de la Crítica en las manos implacables de la Justicia vendada y terrible...

Hago moción para que se trate sobre tablas — no las tablas del tinglado de la antigua farsa — mi proyecto de ordenanza cuyo articulado sigue:

Artículo 1.º — Visto y considerando que el llamado Teatro Nacional no llena la doble función cultural y estética que implícita debía estar en su esencia, el Honorable Concejo ordena clausurar con ayuda de la fuerza pública y por espacio no interrumpido de cien años, a contar desde la promulgación de la presente, todos los salones de la Capital que figuran en el Registro ad-hoc y donde, día a día, y noche a noche, se representan las llamadas farsas escénicas.

Artículo 2.º — Etc., etc., etc...

Se han acordado tarde y mal

Un diario, cuya historia es más negra que la tinta que emplea para su impresión, va hacer ediciones "económicas", tan económicas que costarán lo mismo que cualquiera otra no económica. Anuncia que las tales ediciones serán "in extenso", seguramente que dice esto sin darse cuenta de que empieza haciendo todo lo contrario, pues de cuatro tomos que forman la "vida literaria" de Anatole France, un señor licenciado en letras y filosofía (por algo tiene licencia) hará un tomo con los pedazos que sacará de cada uno de los libros del sutil ironista francés.

Como sabemos que esa Biblioteca no será tan bella como la pintan le descamos un rotundo fracaso.

"La Nación" con página gráfica, suplemento y otras yerbas

El periódico es una gran cosa. Progresá, progresá... Hay una página, mañana dos páginas, después un suplemento, después otro suplemento y otro y otro...

Sistema yanqui, títulos en gerundio, abuso de los participios pasivos, toda la lira...

Y junto a las fotografías del Ba-Ta-Clan están las poesías de Santos Chocano.

Se progresá, es indudable que se progresá... Chocano es todo un señor poeta: sol, español, harem, café; palmeras y caderas; cocoteros y loros; leopardos y camellos; el trópico y sarrasini todo esto en la poesía de Santos Chocano.

Chocano es todo un señor poeta... ¡Qué importa si ocupa el lugar que otrora, antes, en las épocas bárbaras del periodismo, ocupaba Unamuno? Chocano, que diablos! Sabe besar los pies a los tiranos. Unamuno, qué diablo! Sólo sabe danzar un puntapié en el trasero... Y el beso es más poético que el puntapié, si señor...!

Quedamos en que Chocano es un gran poeta arrojando su lírico combustible tropical al colosal rotativo...

Y es tan poeta que ha logrado rimar la Poesía con Leguía

Emparedado de jamón

Hay que leer. Leyendo se aprende una barbaridad de cosas...

Leed Caras y Caretas. Un poeta publica un capítulo de su última novela. El protagonista bebe cerveza "con unos emparedados de jamón". Emparedados de jamón!

Lector, no te tomes el trabajo de averiguar que es un emparedado. Nosotros ya nos hemos tomado ese poco glorioso trabajo. Un emparedado es un sandwich, so ignorante!

Bueno, el apetito viene comiendo. Este novelista es un ex poeta. (Decimos que es un ex poeta, porque ahora se cree novelista).

Se retrató una vez con unos soberbios bigotes de guardia civil — Lo cual es muy antihigiénico — blusa y una escuadra en la diestra. (La siniestra no se ve en la fotografía), y se sacó como una terminación de la Lotería un Segundo premio municipal.

Cantaba Himnos al Trabajo con una verba polifacética que le hubiera valido una concejalia. Porque además de sus bigotes, de la escuadra y de la blusa, amén de sus versos, era socialista.

Pero convengamos en que era un socialista educado, un socialista con buenas maneras.

Dónde está la chusma socialista que dicen los snobs? Os desafiamos a que encontreis un burgués que aventaje en urbanidad y en cortesía a este socialista de blusa, que canta al trabajo y en vez de decir groseramente: "se comió un sandwich", dice con adorable delicadeza por debajo de sus heroicos bigotes: — "tomó suavemente un emparedado de jamón y se lo llevó a la su boca". —

¿Para que van los alumnos al Conservatorio Nacional de Música?

Ya tenemos instalado el Conservatorio Nacional de Música y Declamación. ¡Qué felicidad! El arte musical, abandonado en los conservatorios particulares que venden diplomas de profesor y concertista con la misma indiferencia con que el zapatero vende zapatos, ha sido tomado de la mano por el Gobierno Nacional, y va a estar muy bien protegido. Para esto, para proteger al arte, el P. E. ha firmado un decreto creando varios puestos bien rentados y nombrando a los redentores del arte musical que deben llenarlos.

El Conservatorio ha iniciado ya sus importantes funciones. Y así como Cristo reunía a los niños, el Conservatorio Nacional de Música y Declamación ha reunido a las niñas y las ha sometido a la prueba inquisitorial del examen de ingreso.

De acuerdo siempre con esa misión civilizadora de redimir al arte musical, en el Conservatorio del Estado no podrán iniciarse las carreras de compositor o instrumentista desde las primeras bases. Se ingresa en él luego de haber sido manoseado el alumno en los conservatorios particulares y engañado impunemente por los mil traficantes que, por cuarenta o cincuenta pesos, hacen creer al más ducho que es genio interpretativo y creador, o poco menos. Nosotros creímos, como perfectos ingenuos, que toda enseñanza sería, comienza des-

de la base, y que el cambio de dirección nunca puede ser saludable para el alumno. Pero nosotros somos unos benditos caídos del cielo...

La verdad es que la función redentora del Conservatorio oficial, no será muy difícil de realizar. Para el ingreso se requieren cuatro paparruchas: interpretar al piano un trozo de Schumann y otro de cualquier autor, elegido por el concursante; solfeo entonado en las siete claves, solfeo entonado a primera vista sobre texto manuscrito, ejecución a primera vista, transporte, modulación... y nada más.

No es por hablar mal — ¡Dios sabe la pureza de nuestras intenciones! —, pero se nos ocurre hacer una pregunta: el alumno que sabe todo eso, ¿qué tiene que aprender en el Conservatorio Nacional?...

El festín de los tiranos

Para conmemorar el centenario de la batalla de Ayacucho que afianzó la independencia de América, están reunidos en Lima tiranuelos y secuaces de tiranías. Allí se destacan en orgías crapulosas los representantes de los dictadores de España, Chile, Italia y Bolivia, rodeando al más imbécil de los déspotas contemporáneos: Leguía.

Ese falsario disfrazado de liberal mantiene al pueblo del Perú en la más miserable de las condiciones en que pueda encontrarse un pueblo a los cien años de su independencia.

celebrar el centenario de la libertad bajo el imperio de la tiranía, es el más vil de los sarcasmos.

El tiraje de los diarios

Se ha puesto de moda que los diarios publiquen las cifras de su circulación.

Los números corren a una velocidad espantosa. Miles, cientos de miles y millones de ejemplares se tiran... y naturalmente como cuesta lo mismo decir diez mil que cien mil, al día, como cientos de mil que millones, al mes, pues meta cifras. Cuanto más se tira más se recoge. Por eso los diarios tiran. Dicen lo que tiran, pero no lo que recogen.

¿Probar el tiraje?

Nada más fácil. Cambiar las cantidades a las facturas y meter un clavo en la numeradora de la rotativa.

Cuando a esta máquina le pinchan con un clavo, tira con las mismas evoluciones diez veces más; corre desesperada, corre.

Por eso los diarios tiran, tiran y tiran.

PENSAMIENTO

Vive la vida como una vida ajena; es decir como quisieras que tu compañero, que tu hermano, que tu hijo, vivieran la suya.

Almafuerte.

En esta revista encontrará Vd., pocos firmes, pero en cambio hallará abundante y selecto material de lectura para instrucción y solaz de su espíritu.

PAGINAS NEGRAS

POR ALMAFUERTE

Aunque residas entre alienados, calcula; aunque vivas entre mujeres, teme; aunque duermas entre niños, vigila. Vivir es invadir: se nació para la conquista: cada átomo de alma, cada átomo de César: toda espalda está amenazada de su estileta y toda mano condenada a herir. Hasta los lobos reposan entre los lobos; pero tú no duermas tranquilo —; no!; nunca! — ni sobre el corazón de tu propio hijo: nada te ama. Fingete, cualquiera ocasión, incapaz de la mínima resistencia y del mínimo empuje, y ya verás, aunque no del todo, cómo es de espantoso el rostro humano: por detrás de su gesto se percibe a Satán, lo mismo que a través de un manto las palpitations del pecho y las líneas del busto. Con aquellas inconscientes precauciones con que se despoja la mujer, aunque no la miren más que tinieblas, — hasta sobre la cuna de un recién nacido se asomaría, cubierto de rubores, el egoísmo: jamás ha salido a la luz toda entera la perversidad de los hombres: huye de sí misma: evita la fulguración de quien sabe qué iras: tiene la sospecha de Dios. Allí donde nada se teme ni nada se aguarda, nada se respeta ni nada se pone: el castigo y la recompensa han hecho la civilización: sin látigo ni pan, te circundaría el desierto: todo lo que te rodea lo verificó el intelecto; pero lo decretó la lujuria. El lado más bello de la humanidad, sus virtudes más amables, parten de un punto negro: son la perspectiva de su propia podredumbre; el palio de la púrpura, debajo del cual se revuelca en el estiércol: brillasones del lodo.

Si escudriñaras con sinceridad el fondo de tus entrañas, verías cuanto veneno hay en ellas, cuán estrechas y personales son tus miras y cuán raquíuticos y hasta infames los móviles de tus obras mejores; pero tú nada sabrás completo de tí mismo, tu corazón te engaña como a su juez: no quieres verte: el amor de tí propio te ciega y más exactamente me hablan de tí las bestias que te embisten y las alimañas que te huyen: todo te aborrece o te teme. Sí, sí; nadie que haya hecho algo bueno ha querido hacerlo: dentro de cada uno lo que hay es un secreto inconfesable: aquel más criminal o más vil, todavía lo es más!

II

La virtud pura, el altruismo, cuando no es una simulación, no puede ser otra cosa que un lugar vacío; una mutilación dorada; la parálisis del mal. Porque donde no está el egoísmo está lo anormal, lo excéntrico, la muerte. Semejante a la magnífica florescencia del invernáculo, me parece aquella flor de tu alma que tú llamas abnegación: yace dentro de la naturaleza cual una aberración, hermosísima; pero su esplendor es efímero, la razón de su existencia un esfuerzo permanente, y su tendencia incontrastable la degeneración: no está en tí como tu ojo, sino como la ómbra hueca del ojo que falta, es una

catriz. Muchas veces al día se desnuda el santo de su virtud, como de una pieza de vestir demasiado lujosa: sólo uno — Jesús — fué bueno siempre y se le atribuyó la divinidad.

Como te calzas tus chinelas, así te calzas tu egoísmo para descansar de tu beneficencia: primero se fatiga la mano que dá que la mano que recibe: la atmósfera evangélica es etérea, y por eso permaneces en ella como los anfibios en el mar, divisando la costa. Tu caridad es apenas una especie de miembro de relación que te vincula al resto de los hombres; un elemento de triunfo sobre los demás; el medio de embellecer y purificar tu propio aire ambiente: como la policía higiénica de tus ciudades, haces tú la policía del dolor, beneficiante patricio. Hasta la profunda emoción que te embarga, cada vez que te cierran el paso los infortunios ajenos, me denuncia el refinamiento, la sutileza impalpable de tu egoísmo; tu pensamiento está en tí y en los tuyos, al mismo tiempo que riegas de lágrimas la frente de los que sufren. No; no se conduce el hombre sino de aquellos dolores que pudieran caer sobre de él o rozarle de alguna manera. Se llora hasta sobre las cosas y las bestias, por lo que ellas tienen de humano; pero la estrella que se apaga, con ser un dolor tan enorme, no arrancó jamás un suspiro: tu conmiseración, entonces, tiene mucho de sobresalto. Todo lo que en tí no trabaja para tí, trabaja en tu contra: eso es lo que tú sabes, la única idea que nació contigo, el punto de partida de la totalidad de tus acciones, lo que constituye tu eternidad y lo que te hace abominable!

III

Tu fe, tu esperanza, tu caridad, la fábrica prodigiosa de tu alma, no son más que variedades de tu interés: filtraciones de tu egoísmo: papeles diversos que representan el mismo cómic.

La plenitud de tu ser descansa sobre tu vientre y sobre tu sexo: desde allí parte la red infinita de tus sentimientos como los hilos de una estación telegráfica, o los radios de la esfera, o la luz del sol.

Eres una cadena asida a la tierra y flotando en la inmensidad: comienzas en el lodo y te pierdes en el éter. Tú no sospechas, siquiera, otro objeto que tí mismo; otras leyes, otro ideal, otra estética, que los que se deducen del juego de los instintos arquetipos que te constituyen: su voracidad te multiplica, te amplía, te esfuma hasta la divinidad; pero su ruindad te envilece, te degrada, te achata, te precipita en la bestia.

A la manera de aquellas creaciones del poeta inglés, cuyos cuerpos no habían surgido completamente del barro bíblico, o como esas sombras de Dante convertidas en troncos de árboles, estás amarrado a leyes fatales, a pesar de tus sueños, hundido en el polvo hasta los hombros a pesar de tu soberbia. Todo lo concibes según

la sustancia de que estás hecho y según la función para que has sido destinado: te comunicas con el espacio y el tiempo, por detrás de blindajes impenetrables: reflejas las imágenes, como un espejo diabólico, o grotescas o trágicas: la eternidad penetra en tí, difusa y feble. Jamás alcanzarás el secreto de Dios; porque siempre estarás presente en tí mismo, para imponer tu pequeñez. Como relámpago atraviesa por tu mente la Justicia; como pájaro fugitivo pasa por tu intelecto la belleza, como átomo imponderable se diluye en tus entrañas lo que es: vibración miserable que esdriña lo infinito: podredumbre zahumada de mirra: plomo con alas!

Almafuerte

PENSAMIENTOS

Para un espíritu activo no hay nada más cansador que el descanso prolongado.

Agustín Alvarez.

Los mayores tiranos cuando mandan, son cuando mandados, los mayores cobardes.

Carlos Octavio Bunge.

Los hombres no hacen la historia, no guían la evolución social: la conciben o la ignoran, adaptándose a ella sus esfuerzos.

José Ingenieros.

Concibo el universo como constituido por un infinito tangible, la materia: y tres infinitos inmateriales, espacio, tiempo y movimiento.

Florentino Ameghino.

Ardua montaña es la vida, — de misteriosa pendiente — en que a veces no se siente — lo que cuesta la subida — tan soñada. —

Olegario V. Andrade.

Lo que interesa a los pueblos no son las letras de sus constituciones, las páginas de sus constituciones, sino la realidad viva e innegable.

Azórin.

Vale más la formación y el desarrollo del carácter, que el desarrollo de la inteligencia.

Miguel Cané.

La característica del genio ha sido en todo tiempo crear y anticipar el futuro.

José León Pagano.

El hombre pudiera definirse como el único animal capaz de morir y de matar por una idea.

Ramiro de Maeztú.

El mucho talento y una capacidad superior hacen al hombre poco apto para la sociedad.

Chamfort.

No seas de espíritu presuroso en enojarte; porque el enojo descansa en el seno de los insensatos.

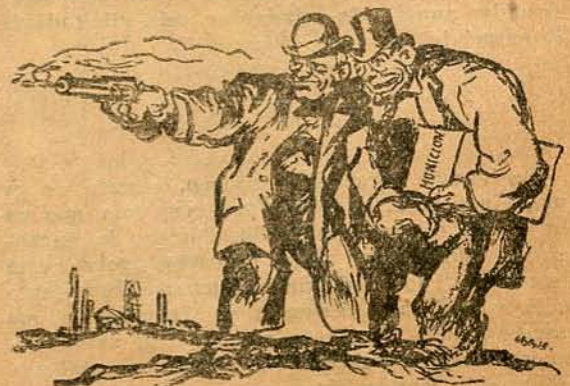
Eclesiastés.

Si algo hay tan malo que pueda llamarse malo en sí mismo es la mentira, mal primero y origen de todos.

Froebel.

Nada más peligroso que una idea general en cerebros estrechos y vacíos.

Taine.



UN PINTOR GORKIANO, GUILLELMO FACIO HEBEQUER

POR ELIAS CASTELNUOVO

Es difícil formarse una idea del valor exacto de un artista sin haber visto antes sus obras. Si yo pudiera reproducir aquí veinte telas de Facio Hebequer en vez de escribir este artículo, me limitaría, sencillamente, a guardar un silencio respetuoso. Formaría un plantel con todos los vagabundos y las meretrices que constituyen su galería y le pediría al autor que me relatara la historia terrible e interesante de sus modelos. Tiene, Facio Hebequer una predisposición natural para extraer sus modelos entre la resaca de los bajos fondos sociales y un espíritu de asceta incorruptible para reproducir luego abnegadamente el alma destrozada de todos esos desgraciados. El, mismo, visita los lugares más sombríos y tenebrosos de la urbe — la quema de basuras, los asilos policiales, las tabernas y lupanares de la Boca, — traba amistad con sus moradores y se vale de cierta dialéctica para traerlos más tarde a su estudio. Resulta sumamente difícil convencer a un atorrante para que se deje pintar y más difícil todavía resulta hacerle posar tres o cuatro horas seguidas en un estado de inmovilidad completa. Casi todos los atorrantes padecen manía ambulatoria, fiebre de andar por andar, de rasearse o de moverse y la consigna de permanecer quietos les produce una angustia nerviosa que los transforma radicalmente y que llega por momentos a los límites de la tortura moral. Algunos, posan un día y al otro día se marchan, francamente desesperados.

Los que resisten la primera sesión, sin embargo, llegan pronto a acostumbrarse; se familiarizan inmediatamente con el pintor y aunque él no se lo pida le empiezan a contar su historia. No se la cuentan de golpe, sino, también por sesiones y a pedacitos. Facio Hebequer apunta lo más sobresaliente en un cuaderno y lo guarda como si fuera una reliquia. Hace más de diez años que lleva esta vida y por su estudio han desfilado ya, aproximadamente, dos tercios del hampa porteña. Al cabo de tanto tiempo pudo formar una galería numerosa e impresionante, en la cual predomina un tipo distinto de ex hombre, perteneciente, no obstante, a la misma categoría humana.

La galería de Facio Hebequer es una turba indescriptible de facinerosos a quienes el dolor y la miseria, la enfermedad, la mugre y la ignorancia han reducido a esa triste condición de larvas humanas; no parecen hombres: parecen más bien gusanos que se arrastran por entre las grietas hechas de la quema

de basuras. Hay, en todos ellos, una voluntad enferma y rota, ojos muertos para el amor y que solo brillan bajo el acicate del alcohol o de los más bajos instintos. La psicología de estos ex hombres abatidos y desfigurados se pierde entre las innumerables arrugas y entre la sudead que cubre como una pátina toda la corteza de sus semblantes marchitos. Facio Hebequer los pinta así como los encuentra en la calle: sucios, rotos, demacrados o enrojecidos por el aguardiente, llenos de llagas y de parásitos. Y su pintura resulta, entonces, lógicamente, cruda y trágica. El, no hace otra cosa que reproducir al modelo tal cual es, visto, se comprende con sus propios ojos y con sus sentimientos propios. Desde este punto de vista su pintura es desgarradamente sincera, descarnada a veces, a veces conturbante, brutal.

Es una pintura de pesadilla. Para mí que Facio Hebequer se duerme, sueña y pinta después. Pinta en la penumbra del sueño. En la penumbra o en la tiniebla. Hay en todas sus telas un aliento pesado y sofocante que exhala el más negro pesimismo y lo comunica. Facio Hebequer no trata de ocultar nunca su pesimismo reflexivo y piadoso como el de Tolstoy, un pesimismo que consuela y desconsuela simultáneamente. Todos los hombres piadosos e inteligentes son pesimistas. El pesimismo se desarrolla paralelamente con la sensibilidad y la sensibilidad con la inteligencia. Cuanto más inteligente es el hombre, es más sensible y cuanto más sensible se hace, irremediablemente, más pesimista.

Facio Hebequer no es discípulo de pintores como Van Godt o Cezanne: es discípulo de literatos como Dostoiewski o Gorki. Existe entre su pintura y la literatura de Gorki una semejanza extraordinaria. Gorki se apodera inmediatamente del lector y lo estruja, le retuerce, le tira de aquí para allá, le desgarran con brutalidad, y, por último le postra en un estado de profunda angustia. Dostoiewski, aplasta, aniquila... Salvando el tiempo y las distancias y el medio, la pintura de Facio Hebequer produce una impresión igualmente desconsoladora.

Yo no sé qué relación estrecha existe entre las artes o entre los artistas que uno siempre busca términos de comparación y establece afinidades, a lo mejor, entre la música y la escultura o entre un pintor y un literato. Pero, sea como sea, hay, a veces, entre dos artistas de distinto género una visión similar y un propósito común que los identifica. Hay temperamentos gemelos que solo difieren por haber cultivado artes distintas. Yo no dudo que así

Beethoven, por ejemplo, hubiese sido novelista habría escrito *Crimen y Castigo* y que si Dostoievski se hubiera dedicado a la música sería el autor de la *Tercera Sinfonía*. Un caso análogo, es, a mi modo de ver, el caso de Facio Hebequer y Gorki, salvando, como digo, el tiempo y las distancias. Porque Facio Hebequer recién empieza su obra verdadera, sería y perdurable y Gorki, puede decirse que la está terminando. Facio Hebequer es un hombre de 33 años; Gorki es una persona madura que aborda los 60. Facio Hebequer nació bajo el clima cálido de la América luminosa, Gorki sobre las estepas heladas y sombrías de la madre Rusia, de la santa madre Rusia, tétrica y bárbara. Pero, teniendo en cuenta lo que señalo, acredito que, en el supuesto caso de que a Gorki le hubiese dado por pintar hubiera hecho hasta la fecha exactamente lo que hizo Facio Hebequer, cuyos lienzos podrían servir de ilustraciones a las obras del gran vagabundo ruso. Hay, en ambos, la misma sobriedad en el colorido, idéntica exactitud en el dibujo y la misma propiedad en la descripción de los caracteres. El resultado que obtienen ambos es idéntico; también son idénticas, en los dos, la concepción y los propósitos. Gorki es un gran aguafuertista, otra virtud que posee Facio Hebequer al margen de su pintura. Gorki procede por deducción frente al modelo. Es, en cierto modo, objetivo. Se limita a describir, a veces, nada más que a describir, dejando al lector la tarea penosa de llegar a tales o cuales conclusiones. Gorki nunca habla él aunque escriba siempre en primera persona: hablan sus personajes, la carne viva de sus personajes. Es el literato menos literato y el más literato de todos los literatos.

En la pintura de Facio Hebequer llega uno a omitir al autor para concentrarse en el modelo, llega uno a olvidarse que eso es pintura y solo siente y piensa en el sufrimiento profundo de todos esos desdichados, en la miseria moral y física que surge a través de sus estigmas patológicos, aquí y allí, entre la mugre espantosa que les desfigura el rostro. Uno no distingue la mano del artífice que ha realizado la obra sino la realidad misma de la obra terminada. Y esta atracción que ejerce el modelo en sí, con exclusión absoluta de la técnica y del pintor, es el mayor triunfo artístico que ha podido obtener Facio Hebequer. Cumple, sin querer, el postulado de Guyau y de Tolstoi que le asignan al arte una misión sociológica de comunión y de redención humana sin la cual el arte no tendría ninguna razón de ser.

Facio Hebequer concibe frente al modelo y ejecuta su concepción con precisión y seguridad. Como en Gorki y como en todos aquellos artistas que tienen algo perentorio que hacer

o que decir, no se nota nunca la vacilación. Advertamos que Gorki no vacila nunca. Posee una fuerza imponderable de ejecución y una voluntad ruda y avasalladora. Se lleva todo por delante. Para él, la obra de arte se produce como la copa de agua que cuando está llena se desborda.

La forma es lo de menos; cuando uno tiene propiamente algo que decir, lo dice y no hay nada ni nadie que pueda evitarlo. Gorki está autorizado para opinar de esta manera porque el mismo es una prueba irrefragable de lo que sostiene. En efecto, Gorki construye sus obras a martillazos, pero las construye sólidamente, a fin de que perduren, quizás, por los siglos de los siglos. Facio Hebequer construye con la misma solidez y la misma seguridad. Tiene plena conciencia de la materia que trata y empasta el lodo de que están hechas sus figuras sin hacer comentarios. La nitidez y el valor de la obra de Gorki está en el contenido humano y no en la factura artística. Pero esto no implica de que Gorki carezca de valores artísticos; no, no, Gorki es un gran artista, pese a su rusticidad eslava, tal vez el más grande de los artistas contemporáneos. Muerto Dostoievski, muerto Tolstoi, nos viene a la memoria cuando queremos representarnos al genio máximo de la literatura moderna el nombre de Gorki, el nombre formidable de Máximo Gorki. Es un artista que tiene sobre todas sus virtudes cardinales la virtud de no revelar, precisamente que es artista. Es un genio bárbaro. Un bárbaro sin pulir, que tiene conciencia de que es bárbaro y que frente a la civilización podrida y caduca de la Europa refinada se siente profundamente satisfecho de ser bárbaro y permanecer hasta la muerte, incorruptiblemente bárbaro.

Insistimos sobre Gorki para hacer resaltar las características de Facio Hebequer. Gorki carece de forma y de estilo porque no ama el oropel de las virtudes superficiales. El oro fino del idioma se lo deja él para aquellos que tienen el alma seca y árida y ven en la vida y en el arte una válvula más para dar salida a los bostezos de su enorme aburrimiento. A Gorki solamente interesa el hombre, no el vestido del hombre ni toda la feria de vanidades que circuyen la caparazón del hombre. Le interesa el alma misteriosa y negra del hombre: la esencia del hombre. No encontraremos nunca en sus obras descripciones maravillosas de los trapos execrables que rodean siempre los huesos del hombre. Gorki no describe al hombre por fuera, sino por dentro; no lo embellece con la púrpura y con la pompa de las tiendas y de los bazares sino con el fuego intrínseco y sagrado de las pasiones que redimen y santifican; no habla por eso de la alegría del hombre que es por el momento sólo transitoria,



AGUAS - FUERTES

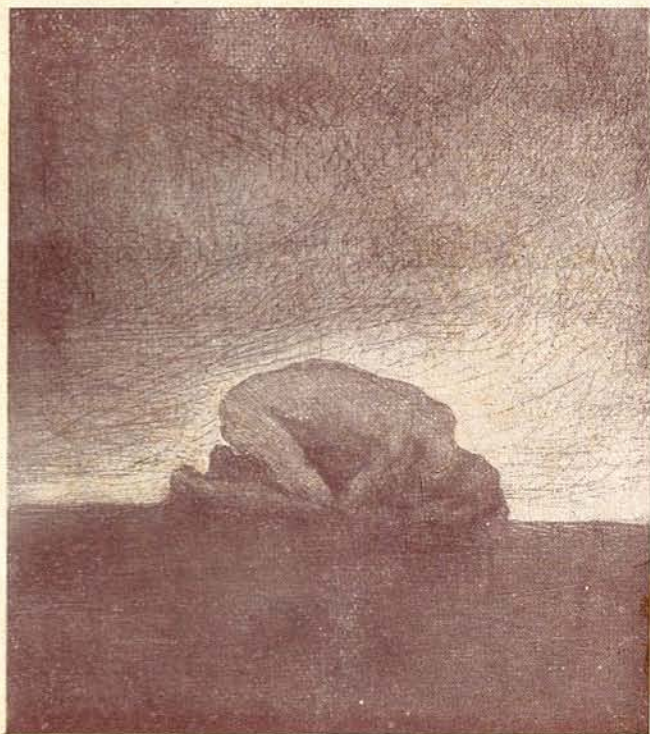


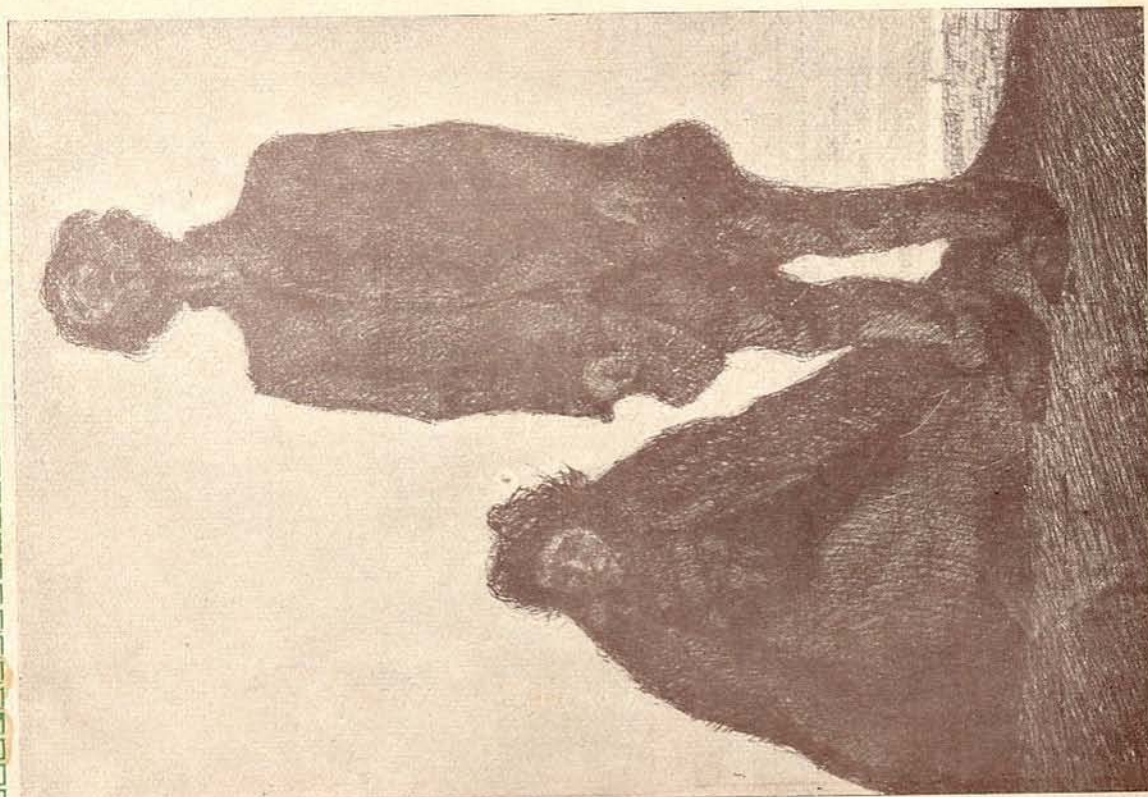
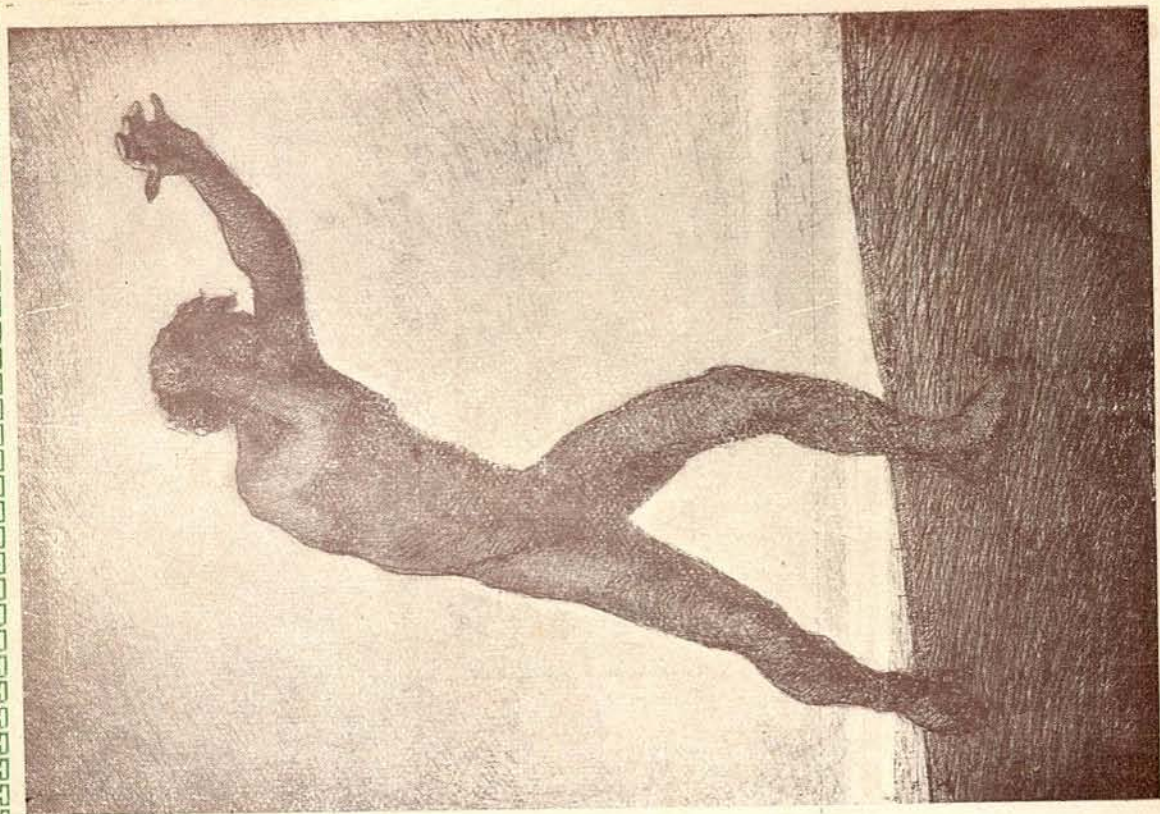
DE

GUILLERMO

FACIO

HEBEQUER





sino del dolor que es positivo y eterno y es el eterno compañero del hombre. Aquí y allí, emerge el dolor, la enfermedad y la muerte. Se cambia de lugar pero no se cambia de naturaleza. Aquí y allí siempre se contempla el mismo espectáculo: el dolor, la enfermedad y la muerte. La vida es dolorosa y trágica y la ignorancia secular de los hombres la hizo y la hace más dolorosa y más trágica todavía y si el arte verdadero y eterno es un reflejo de la vida no puede concebir ni reproducir otra cosa que el dolor, la enfermedad y la muerte.

Facio Hebequer habla con cariño y recuerda constantemente a todos los miserables que desfilaron ante los colores sombríos de su paleta. Sus conversaciones preferidas son de este género. Siempre se halla dispuesto a repetir la historia detallada de sus modelos. El, le conoció, por lo regular, en su última etapa, en el punto final de la composición de su vida, lleno de parásitos, famélico, enfermo, desaharrado; le conoció entre la vida y la muerte. Casi todos los que ha pintado, aunque no hace de esto mucho tiempo, descansan ahora en la fosa común de los réprobos y de los malditos. El, encontró a su modelo, a veces tirado en el umbral de una puerta un día o una noche fría de agosto, muerto de hambre, aterido; o sino en la quema de basuras juntando huesos, sórdido y asqueroso impregnado de los pies a la cabeza de un olor fétido y penetrante; o sino le halló en el fondo de una cantina completamente borracho. El, lo recogió y lo trajo a su estudio en ese estado lamentable. El lo albergó un mes o dos o diez y mientras lo pintaba le hacía de cocinero o de ayudante o le servía de compañero de pieza. Con algunos atormentados viejos llegó a trabar una amistad entrañable. Pasma ver la armonía que se establece y reina entre el pintor y los atormentados. Facio Hebequer alterna y vive con ellos con una naturalidad y un regocijo íntimo que está por encima de toda descripción. Se dice que prefiere la compañía de esta gente, a la compañía de gente elevada y limpia. Esta modalidad suya revela que él no ve solamente en el hombre los andrajos que guardan su envoltura. Es raro ir a su casa y no encontrar allí instalados un par de ejemplares execrados; vale decir: de lo más monstruoso que

produce la sociedad. Parece ser que Facio Hebequer quisiera purgar el crimen de una sociedad que reduce a las criaturas humanas a esos extremos de pauperismo moral y físico, imponiéndose el castigo de semejante compañía. Parece ser, asimismo que quisiera hacer purgar a los demás el mismo delito enseñándoles sus cuadros. Su galería en este sentido habla aunque él se calle la boca.

Vuelvo a insistir para hacer más patente el paralelo que al principio establecí con Gorki: lo primero que interesa en la pintura de Facio es el hombre que representa, no el procedimiento pictórico del cual se vale para representarlo.

La técnica pasa a ocupar un segundo plano y a veces desaparece como en Gorki ante la magnitud y la ponderación del asunto empastado. Uno no sigue la sucesión de tonos ni la disposición de planos, sino el dolor que circula por las arrugas de esos semblantes affigidos y monstruosos, de labios belfos y cartilagos hipertrofiados; uno sigue y reconstruye el sufrimiento en todas sus etapas, el sufrimiento material, violento y continuo, desde la angustia de no haber comido hasta el horror de no tener un lecho o un agujero donde guarecerse.

Facio Hebequer ha comprendido este dolor y lo ha volcado en sus obras. Ahora, uno se pregunta — yo sé que uno se pregunta:

—¿Qué se propone con esto? ¿Se propone hacernos sufrir más, más de lo que sufrimos? ¿Atormentarnos con los fantasmas de esas almas atormentadas?

Veamos.

¿Qué se propone Gorki al sacar a luz toda esa familia de vagabundos y menesterosos? ¿Qué se propone al exhumar el crimen y la locura, la brutalidad y el vicio y la crueldad espantosa del hombre? ¿Espantarnos, atorrizararnos? No, no; se propone mejorar al hombre señalándole sus lacras, sus lacras horrendas. Arrancarle del fango en que lo ha sumido la ignorancia de los tiempos y elevar hasta las estrellas su espíritu enfermo y deprimido. Regenerarlo y redimirlo. Toda la obra de Gorki clama por la regeneración de la especie. Toda la galería de Facio Hebequer clama también.

Clama, clama.

Elías Castelnuovo.



ELIMINACIÓN DEL AMOR POR EL MATRIMONIO

Estudio del Dr. JOSÉ INGENIEROS

Las condiciones de lucha por la existencia se modifican al tornarse más complejas las relaciones internas y externas de una sociedad. Cuando el trabajo y la guerra aumentan el valor social del hombre, la hegemonía doméstica, primitivamente femenina, se convierte en privilegio suyo. La propiedad privada se extiende a reservas de subsistencias, cuya posesión es disputada por las familias. La protección de los hijos no se reduce a la crianza, sino a la adaptación social; lo importante es la transmisión de los bienes y del rango. Las funciones de nutrición predominan en la sociedad sobre las de reproducción. Lo maternal es reemplazado por lo social. El sentimiento de propiedad prima en el hogar sobre el de domesticidad.

La familia maternal era de estructura doméstica; la paternal es esencialmente económica. El carácter social del matrimonio, poligámico o monogámico, es la propiedad duradera y exclusiva de las mujeres por un hombre, que las ha raptado, comprado o contratado para su uso doméstico exclusivo. La evolución del matrimonio se caracteriza por limitaciones sucesivas de carácter contractual, que crean derechos y deberes protegidos por las costumbres y por las leyes.

La selección sexual, atenuada ya en la familia maternal, se reduce más en el matrimonio, que por sus condiciones económicas determina resultados muy distintos. La selección social depende del éxito que tienen los individuos más adaptados a las condiciones de existencia propias de su grupo social. Una vez establecido el régimen de la propiedad privada masculina, esta forma de selección modifica las anteriores, primando la acaparación de los medios de subsistencia sobre el amor y la maternidad. El triunfo no corresponde a los mejores reproductores o criadores, sino a los mejores acaparadores, que pueden legar a sus hijos más bienes y rango.

El matrimonio aparece como manifestación inicial de la exogamia, por la captura de mujeres de otras tribus y su reducción a la esclavitud privada. Esta forma de unión familiar es favorable a la selección sexual de los hombres. Triunfan los raptadores más jóvenes y más guapos, que logran capturar y defender varias mujeres, haciéndose polígamos; los menos aptos se limitan a la monogamia. Los inferiores se resignan al comercio con las mujeres libres de su propio clan, por incapacidad de tener esclavas a su servicio exclusivo. La selección sexual de las mujeres se atenúa, pues ellas viven esperando que algún raptor venga a privarlas de la aburrida condición de mujeres libres que tienen en su tribu. En general, los hombres raptan lo que está menos defendido; pero si pueden elegir, prefieren las mujeres jóvenes

y atraentes, como en el estado presocial. El valor estético se confunde con el utilitario; una mujer eugénica presta mejores servicios domésticos y su mantenimiento es menos costoso. El derecho de elección de la mujer persiste como resistencia a la captura, equivalente en cierto modo a una elección de raptor; cuando la costumbre convierte al raptado en una institución consentida por la tribu, la familia de la mujer consiente que el raptor intente capturarla, pero respeta el derecho de resistencia si ella logra sustraerse a la persecución de un hombre que no le gusta.

El matrimonio por compra representa un gran progreso sobre el raptado, pues introduce el régimen contractual en la apropiación privada de las mujeres. Reconocido a los padres el derecho de propiedad sobre las hijas, se respeta su derecho de transferir esa propiedad. El elemento económico acentúa su influencia sobre los resultados de la selección natural. El hombre conserva el derecho de elegir esposa de acuerdo con su rango o fortuna; elige una buena mujer, como un caballo o una mercadería cualquiera. El vendedor es el padre, que arregla el negocio, pensando más en su conveniencia que en la de sus hijas. En ciertos casos ellas son comprometidas desde la niñez, es decir, son vendidas "a término". Todo eso sería favorable a la selección sexual si el comprador más rico fuese el mejor reproductor, lo que tal vez ocurría al principio, cuando el privilegio social emanaba de la desigualdad natural.

La mujer queda excluida de elegir hombre; los padres eligen por ellas. Lo único que podía emplear era la seducción para hacerse preferir y comprar los mejores machos, siempre que su padre no se opusiera. La esclavitud vedó el amor a las mujeres. Luchó siglos por el derecho de elegir; al fin, en ciertos pueblos, se le reconoció el derecho de consentimiento, que resultaba una mera formalidad cuando los padres habían arreglado el negocio. El ideal era un buen amo.

La propiedad privada del hombre engendró al mismo tiempo el privilegio de clase y el privilegio de sexo, circunstancia poco nociva para la selección sexual, mientras la riqueza y el rango fueron monopolio de los hombres más excelentes, capaces de adquirirlo. El régimen hereditario modificó esas condiciones, transfiriendo el privilegio a descendientes inferiores, que siguieron usufructuándolo en perjuicio de la selección.

Toda la psicología de las relaciones entre los sexos fué modificada en la familia paternal, por el predominio de la propiedad privada. Obligado el hombre a trabajar para acumular las reservas necesarias para asegurar la adaptación social de sus hijos, consideró necesario monopolizar rigurosamente la vida sexual de las madres para no trabajar en beneficio de hijos ajenos. La propiedad exclusiva dió origen a los celos, contra el

robo. La infidelidad de la mujer adquirió caracteres de delito contra la propiedad. Ninguna relación existe entre los celos y el amor. Fué común que los hombres prestaran, alquilaran, cambiaran o vendieran sus mujeres, traficando con ellas como con sus hijas y sus ganados.

El derecho de disolver el matrimonio, utilísimo para la selección sexual, existió siempre como un privilegio del propietario. Tratándose de esclavas compradas para todo servicio, el hombre se reservó el derecho de repudiarlas, disolviendo el matrimonio. Con frecuencia las costumbres imponían a los padres la obligación de devolver al marido una parte del precio pagado, pudiendo ellos resarcirse en esa nueva venta de su hija.

A medida que se perfeccionan los caracteres contractuales del matrimonio, el amor va adquiriendo un sentido antisocial y delictuoso. Contra la propiedad de los padres el amor se traduce por la fuga y el rapto. Contra la propiedad de los maridos, todo amor conduce al adulterio.

La poligamia ha existido siempre con un resultado natural de la desigualdad de los hombres. Los de más fuerza, rango o riqueza han procurado rodearse de muchas esclavas para los servicios domésticos. Por una ilusión explicable, los hombres de las sociedades monógamas suelen atribuir a la poligamia un valor erótico que no tiene; las esposas múltiples constituyen una servidumbre más bien que un haras. Es natural que los hombres pudientes hayan creído piadoso relevar con mujeres jóvenes a las ya ajadas por la maternidad. La formación de la familia poligámica fué ventajosa para el bienestar y la felicidad de las mujeres; la peor desgracia era ser comprada por un hombre tan pobre que tuviera una sola esposa.

La poligamia tiene un gran valor como medio de selección natural de los hombres. Estos eligen sus mujeres; los más poderosos compran varias de las mejores, mientras los pobres compran sólo una de las peores. Donde hay esclavos, éstos no pueden comprar ninguna. En esas condiciones tenían más probabilidades de reproducirse y proteger su prole los mejores machos, además de elegir las mejores hembras.

Dado el carácter económico de la familia poligámica se comprende que los hombres sean celosos; la esclava que dispone de su cuerpo sin consentimiento del amo, lesiona el derecho de propiedad. El hombre no es celoso como amante, sino como propietario.

Se requiere un gran esfuerzo de adaptación mental para apreciar con equidad las relaciones afectivas entre las esposas reunidas en un hogar polígamo. No solamente no hay celos entre las mujeres, sino que es frecuente su solidaridad frente al hombre que no es el amante, sino el amo común. Trata a todas como esclavas; y si a alguna prefiere para ciertos servicios, las demás re-

sultan favorecidas por el alivio.

Los celos entre las mujeres aparecieron con la desigualdad de rango de las diversas esposas, debida a condiciones de origen social más bien que a sus cualidades personales. Lo que turbó la armonía del hogar polígamo no fué la preferencia del amo por una mujer dada, sino la preeminencia contractual de una esposa sobre las demás y la condición privilegiada de sus hijos a los efectos hereditarios. Se comprende que los hombres de rango y fortuna, al legar bienes a sus hijas, trataran de crearles una situación de privilegio en el nuevo hogar, especialmente para asegurar a sus nietos la herencia; esas hijas acabaron por entrar al matrimonio con privilegios, tomando un rango especial, que al fin fué exclusivo de la esposa legítima. Las demás concubinas, si compradas por amor, fueron las favoritas del hombre rico. De allí los celos entre la esposa adecuada a las conveniencias sociales y las esposas escogidas por preferencias de amor.

La poligamia ha persistido entre los hombres privilegiados de todos los pueblos, a pesar de su condenación moral y su prohibición legal. La familia económica ha seguido girando en torno de una esposa contractual, madre de los únicos hijos que heredan; fuera del hogar viven las queridas, en las que el hombre revive el amor cuando lo siente extinguirse en el matrimonio monogámico indisoluble.

La monogamia fué la única forma de matrimonio accesible a los hombres que por su condición social inferior no podían mantener más de una esclava para su servicio doméstico. La restricción religiosa y legal de la poligamia, relativamente reciente en los pueblos civilizados, fué una limitación de los privilegios de una minoría. Tuvo un resultado igualitario, pues impidiendo que los ricos acaparasen varias mujeres aseguró a los pobres la probabilidad de tener una. Pero su origen no fué democrático. La monogamia apareció como condición impuesta por los hombres privilegiados al ceder sus hijas a otro hombre en matrimonio, en defensa de sus bienes y para mantener su filiación en la herencia.

La monogamia es ventajosa para la protección social de los hijos, que se benefician del sacrificio impuesto a sus padres por el carácter exclusivo y permanente que va adquiriendo el contrato de matrimonio. Pero sus resultados son negativos para la selección sexual, implicando una nueva y formidable restricción del derecho de amar, impuesta en nombre de conveniencias familiares y sociales.

Al suprimirse la venta de las hijas, conservaron los padres el derecho de cederlas en matrimonio, estipulando ciertas condiciones con los padres del futuro marido. Para ese contrato de familia se tuvieron siempre en cuenta las conveniencias re-

eprocas, representadas por los bienes y el rango; el deseo y el consentimiento de los cónyuges era un elemento secundario, desde que la sanción social y doméstica les imponía acatar la voluntad de sus padres. Esa situación persiste, de hecho, en la casi totalidad de los pueblos civilizados; aunque se presume legalmente que la voluntad de los contrayentes es indispensable para el matrimonio, en la práctica tiene la familia el derecho de no consentir, oponiendo la conveniencia al amor. Los padres, como transmisores de rango y de bienes, consideran justo elegir el cónyuge que participará de la herencia. Transformando en un convenio interfamiliar de la selección social, el matrimonio monogámico se ha independizado del amor y ha perdido su utilidad para la selección sexual.

La elección de cónyuges se realiza conforme a una nueva escala de valores. Lo sexual, subordinado ya a lo doméstico, es sacrificado a lo social. El valor del individuo para el matrimonio depende de su rango, de sus bienes, de su educación, pero no de sus condiciones eugénicas como reproductor y criador. El matrimonio no tiene por objeto mejorar la especie ni siquiera la familia, sino defender y aumentar el rango o los bienes transmisibles.

Aún cuando la elección de los cónyuges es aparentemente libre de toda coerción social, la educación sigue deformando el valor de los individuos en perjuicio de la selección sexual. El valor matrimonial de un hombre depende del rango y de la fortuna que hereda, y sólo por excepción de la inteligencia o la energía que le hayan permitido conquistarlos personalmente. El valor matrimonial de la mujer depende de lo mismo, pues siempre será excepcional que la belleza y la cultura le permitan suplir la carencia de fortuna y de rango. Las condiciones que serían decisivas en la selección sexual tienen una función muy secundaria en la selección social.

Aunque ha elevado el rango de la mujer, por la atenuación de su esclavitud, el matrimonio monogámico contractual ha mantenido con firmeza la limitación de su derecho de amar. Se le ha concedido el señorío del hogar a precio de castidad antes del matrimonio y de su fidelidad después, condiciones que el hombre no ha creído necesario aceptar con la misma estrictez.

Con la monogamia han aparecido los celos en la mujer. En la medida que ella cree ser esposa única mira la infidelidad de su hombre como un robo en perjuicio de su hogar. Si el hombre en efecto, tuviera concubina e hijos, es presumible que para mantenerlos debería gastar una parte de sus bienes, restados así al hogar.

matriarcal por la patriarcal es el resultado de condiciones que hacen primar, en la protección de los hijos, la acumulación de reservas económicas sobre los cuidados personales durante la crianza. Lo social sustituye a lo maternal.

Reemplazada la propiedad doméstica femenina por la propiedad privada masculina, el hombre constituye su familia capturando, comprando o contratando mujeres que mantiene en la esclavitud; el progreso del matrimonio se ha caracterizado por un perfeccionamiento contractual que ha mitigado el cautiverio de las madres.

El matrimonio fué en su origen favorable a la selección sexual, asegurando la poligamia de los hombres superiores con las mejores mujeres y excluyendo la lucha por la reproducción a los individuos depreciados de ambos sexos. Pero el progresivo predominio de la fortuna y el rango sobre las aptitudes individuales, debido a la herencia, transfirió el privilegio poligámico a hombres inferiores y atenuó los beneficios selectivos de ese régimen. La generalización de la monogamia, primitivamente propia de los hombres inferiores, representó una progresiva degradación de la selección sexual, nivelando en parte la situación de los buenos y los malos reproductores.

El amor, muy limitado ya en la familia por la domesticidad, sufrió más acentuadas limitaciones en el matrimonio por la propiedad individual del hombre. Las mujeres quedaron excluidas de elegir cónyuge según sus preferencias; esa exclusión se hizo extensiva a los hombres, aunque en escala menos rigurosa. La elección de cónyuges fué una función familiar y social, primando las conveniencias del rango y la fortuna sobre los caracteres eugénicos propicios a la selección sexual. La voluntad de los padres y el consentimiento de los allegados han limitado el derecho de amar. Sustituida la selección sexual por la selección social, el "matrimonio por amor" es un acto de indisciplina contra la familia y la sociedad; prohibido primitivamente con rigor, alcanzó más tarde cierta tolerancia legal, reñida con las graves sanciones morales que aún persisten en las clases ricas, en que la constitución de la familia está más directamente subordinada a la transmisión del rango y los bienes. Para las clases medias y pobres el perfeccionamiento contractual del matrimonio monogámico ha representado un mayor ajuste disciplinario de la domesticidad, beneficiando a los hijos proporcionalmente al sacrificio de los padres.

La selección social para el matrimonio ha reducido considerablemente los resultados de la selección sexual, ya atenuados por la adaptación a la vida doméstica. La sustitución de la familia





I

El último otoño hice un viaje al Sur, muy al Sur, y una buena mañana llegué a la aldea de..., una rara aldea, retirada y olvidada del mundo, una aldea con una docena de casas, un correo y un asta de bandera. Aquel punto es conocido por hombres vividores, buscadores de suerte y jugadores de cartas, pacíficos y vagabundos, y durante algunos meses del año la pequeña población revive y se llena de gente extraña.

Cuando llegué, realizábase una feria y en la aldea habíanse reunido personas de las regiones próximas; llevaban vestidos de seda y terciopelo, fajas y collares, alhajas — todo según el rango y la fortuna. — Alrededor de la iglesia había filas de carpas, donde se vendía y se compraba; una de aquellas carpas era azul y pertenecía a Favó de Sinvara.

Muy cerca de la iglesia, entre el Correo y el asta de la bandera, levantábase el hotel. El piso alto era azul — y era ahí donde perdían los jugadores el dinero.

Decíase en el hotel que indudablemente aquella noche vendría Favó. Yo pregunté quien era Favó, por lo cual todos comprendieron que yo era extranjero, ya que todo el mundo había hecho saltar tres veces la banca y cuyo padre poseía la granja más grande de la comarca. Favó mismo había despilfarrado toda su fortuna durante las pasadas fiestas de primavera. Todas las muchachas de la aldea hablaban de él cuando se reunían, por la tarde, en la fuente, y los ancianos pedían a Dios que le enmendara. En fin, era el jugador y el hijo perdido, un monarca caído, un Crespo del pasado. Favó de Sinvara era el orgullo de la aldea y también su vergüenza.

Me contaron luego que su madre le había instalado la carpa y el negocio porque que-

ría que el hijo tomara de nuevo el buen camino. Todo hubiera marchado bien de ser Favó un poco más serio, pero la criatura mimada hizo pintar al día siguiente su cabaña de azul, el color de la timba. Evidentemente no tenía ganas de enmendarse. Seguía jugando. Todo lo que recogía en la mesa de venta lo dejaba en la mesa de la ruleta. Inútil decir que de la casa de juego salía más pobre de lo que había entrado. Su comercio tenía muchos clientes. Vendía mucho porque ningún campesino pasaba por allí sin comprar algo. Todos querían comerciar con Favó de Sinvara. Y su madre le enviaba sin cesar nuevas mercaderías, de tal modo que la carpa se hallaba siempre llena.

Aquella noche había de llegar. Toda la aldea sabía que Favó llegaría aquella noche.

II

El reloj de la iglesia dió la hora. Yo la oí bien entre el sordo rumor de la feria. De repente, el criado del hotel llamó a mi puerta. El joven hallábase conmovido.

—Oiga usted, — dijo — hoy viene el señor de Sinvara.

Yo no había siquiera pedido que me viniera a contar aquello y le repliqué que aquel señor no me importaba en absoluto. ¿Quién era? ¿De dónde venía? El criado, asombrado de mi ignorancia, me explicó que el señor de Sinvara no era otro que el más rico propietario de la región, amigo personal del príncipe Variv y padre carnal de Favó. Y era él quien vendría. Después de todo su visita no tenía otro objeto que ver lo que hacía el hijo; quería observar por sí mismo aquella maldita ruleta que arruinaba a su hijo y apenaba tanto a la madre.

—¿Y esto no me interesa, — le respondí

al criado. — Acabo de pedir una taza de te. ¡Pronto!

Sólo entonces el criado se marchó.

Cuando el reloj dió las seis hubo una conmoción general en el hotel: había llegado el señor. Marchaba junto con el hijo, vestido éste de blanco y aquél de negro. Parecía serio y resuelto. La campana de la iglesia fué echada a volar, porque al llegar el señor había prometido una buena suma, que aseguraba para siempre su existencia. Además había prometido un mástil para la bandera del correo. De aquí que toda la población se hallaba conmovida. Los criados obtuvieron un día de asueto, todo el mundo salió a la calle y el Intendente lució un uniforme completamente nuevo.

El señor de Sinvara parecía tener unos sesenta años, era bastante grueso, pálido el rostro, con sus bigotes orgullosamente erguidos y los ojos llenos de vida. Además, la nariz era remangada y alegre. Todo el mundo sabía que era íntimo amigo del príncipe Variv y que poseía dos condecoraciones, las que ni siquiera se ponía nunca porque ya causaba impresión sin ellas. Cuando dirigía una sola palabra a alguien, éste quitábase de prisa el sombrero y respondía turbado y sumiso.

Después de beberse un vaso de vino, observó atentamente y dió algo a cada uno. Hasta llegó a llamar a una pequeñita y le regaló una moneda de oro. La pequeñita no era en realidad muy pequeña porque podía tener unos diez y seis años.

Súbitamente el señor exclamó:

—¿Dónde está la casa de juego? Quisiera visitarla.

Favó, entusiasmado por la ocurrencia del padre, lo lleva hacia la timba. Siguiéronles todos.

Fué recibido con mucha atención. El juego estaba en su período álgido; un hombre rubio, a quien el criado llamaba príncipe, saludó amigablemente e hizo lugar para el gran señor de Sinvara.

En aquel momento exclamó el ayudante del banquero:

—¡Cero!

Y recogió con el rastrillo un montón de monedas.

Ahí en la mesa había montones de monedas de plata, de oro y gruesas cantidades de papel, pero todo desapareció en la caja de hierro que había debajo de la mesa. Y, al punto, volvió a llenarse la mesa de dinero, con un silencio y una tranquilidad cual si no pasara nada. En realidad aquel cero había sido una ganancia pingüe. Sin embargo, nadie decía nada. El juego continuaba, la rueda daba vueltas, disminuía su velocidad, se detuvo otra vez en el cero.

—Cero — volvió a exclamar el ayudante y recogió las monedas.

Aquellas dos vueltas lo habían enriquecido con unos cuantos centenares de monedas de oro. Y se volvió a apostar. El príncipe arrojó un montón de billetes sobre la mesa, sin contarlos. Nadie hablaba. Reinó absoluto silencio. Un criado voló un vaso sobre la mesa y se oyó el sonido del golpe, mezclado con el rumor de la rueda que giraba.

—Explícame el juego — dijo el señor de Sinvara.

Y Favó, especialista, se lo explicó todo, hasta en sus menores detalles. El gran señor estaba interesado por el príncipe y no le quitaba los ojos. “Se arruinará”, dijo. Y como si fuera su propio dinero el apostado, se movía inquieto en la silla.

—El príncipe no se arruinará — respondió Favó. — Trabaja sólo con la ganancia del día. Además, ya sabe él como arreglárselas.

En realidad era así. El príncipe ganaba mucho. El criado permanecía a su lado, le alcanzaba agua, levantaba el pañuelo cuando caía, le servía atentamente, con la esperanza de una buena propina.

A su lado estaba un hombre alto y pálido, un rumano, que jugaba el todo por el todo. Gracias a los últimos “ceros” había perdido una bonita suma por mantenerse terco con su número. Permanecía detrás del señor de Sinvara y al colocar su dinero extendía el brazo sobre el hombro de éste. Temblaba.

—¡Este joven está perdido! — dijo el señor de Sinvara.

El hijo asintió con la cabeza.

—¡Perdido!

—Pídele que se detenga — continuó el padre. — Pídeselo en mi nombre. Espera, se lo pediré yo mismo.

A ello respondió el hijo que era prohibido dar consejos.

—Como también está prohibido — agrega astuto — presenciar el juego como simple espectador.

El padre lo contempla asombrado. No veía que el corazón de Favó ardía en deseos de tomar parte en el juego.

—Hay muchos que no juegan — díjole.

—Son jugadores que sólo esperan el turno — mintióle Favó.

Entonces el señor de Sinvara sacó la bolsa.

—¡Toma, juega! — díjole al hijo. — Juega un poco, enséñame el juego. Pero no apuestes mucho.

Pero en el mismo instante tomó al hijo del brazo y le pidió una explicación sobre el cero.

—¿Por qué gana siempre el cero? ¿No se gana siempre estando el ayudante? Dímelo! Pensó recoger la bolsa, pero súbitamente

se le ocurrió algo. Sacó unos cuantos billetes y entregándolos a Favó, díjole:

—¡Juega al cero!

Favó arguyó:

—¡El cero ha salido dos veces!

El padre respondió:

—No importa. Juégale.

Favó arrojó una moneda de oro en el cero, sonriendo de lo que hacía.

—¡Perdido! — dijo el padre — Prueba otra vez. ¡Dobla la cantidad!

Favó no se dejó rogar. Era ridículo. Se sentó ante la mesa. Dobló la cantidad y perdió. Repitió y vuelta a perder, todo el mundo observaba al raro jugador. El señor de Sinvara ya estaba interesado en el juego. Sus ojos saltones perseguían la ruleta y se removía inquieto en la silla. Apretaba los puños. Brillábanle dos anillos de oro en los dedos.

Cuando el ayudante gritó veinte y tres en vez del cero anhelado, exclamó:

—¡Qué diablo! ¡Apunta otra vez al cero!

—Pero...

—¡Apunta! ¡Ponle cien!

Favó obedeció. Giró la rueda. La aguja pasó ante el número, ante los otros, ante el rojo y el blanco, hasta que se detuvo.

—¡Cero! — gritó el ayudante.

—Ya ves que estuve en lo cierto, Favó — dijo el señor de Sinvara, y agregó mirando a todo el mundo: — ¡Apuesta otra vez al cero! ¡Cien!

—¡Pero, papá! Si el cero ya no saldrá en toda la noche.

—¡Apuesta cien al cero!

—¡Esto es tirar el dinero!

El señor de Sinvara se impacientó e hizo un movimiento como para quitarle el dinero al hijo. Pero se detuvo y dijo:

—Mi hijo... Por algo quiero hacer saltar la banca y destruir la ruleta. ¡Apuesta cien al cero!

Y Favó apostó. El y el ayudante cambiaron una sonrisa.

El rumano lanzó una carejada. El faraón que se jugaba en la otra mesa, cesó. Todos los ojos hallábanse fijos en la ruleta.

—¡Cero!

—¡Vaya! — gritó el señor de Sinvara. — Esto es toda una ganancia. ¡Cuéntalo!

Favó quedó confundido.

—Hay cinco mil quinientos — dijo con pesar, — has ganado ya cinco mil.

—Bueno, ahora juega tú. Veamos. ¡Apuesta al rojo!

Lo hizo y Favó perdió.

El padre movió la cabeza sonriendo a los espectadores.

—Ya ves como juegas. ¿No comprendes adónde te llevará esto? Me contaron que hicis-

te saltar dos veces la banca. Bien. Pero ¿por qué lo perdiste después todo? Apuesta a par.

—¿Cuánto?

—Lo que quieras. Pon seiscientos.

—Es mucho.

—Creí que era poco. ¡Eah! Pon mil doscientos.

Par perdió.

—Véte, Favó Por tu culpa perdimos mil doscientos. Véte de aquí. No repliques.

Favó se fué. Yo le seguí. Reía como un loco. ¿Se había visto nunca un juego como aquel?

Ahí está el viejo ganando miles tan sólo con sus tonterías. ¡Qué Dios le ayude! Qué ocurrencia la del buen hombre de jugar a la ruleta, — decía.

Favó hablaba a todo el mundo de la ocurrencia de su padre y reía, reía como un loco.

A la noche circuló la noticia de que el padre de Favó había perdido aquel día nueve mil.

III

Eran las diez. Me hallaba con el ruso Ylich en el balcón del hotel, fumando cigarros. De repente nos anunció el criado del hotel que el señor de Sinvara había mandado llamar a Favó. Tuve intenciones de abofetearle por su insistencia, pero el ruso me detuvo. Era curioso.

—Mire y calle — dijo; — ¡va a ser interesante ver lo que pasará! ¡Llamarlo de noche a Favó!

Quedamos en silencio, fumando. Llegó Favó. El padre salióle al encuentro, hasta la puerta del hotel.

—Escucha, — le dijo, — he perdido nueve mil en la maldita ruleta. Me hallaba ya en cama, pero no pude dormirme. El dinero me tortura. Era la cantidad que prometí para la iglesia. Debo volver a ganarlo. No puedo estar tranquilo hasta que tenga el dinero en mi bolsillo. Volveré a la timba.

Favó permaneció mudo. Hasta él, jugador empedernido, estaba petrificado de asombro. Callaba.

—¿Qué haces? — gritó el padre. — ¿Si el juego continúa hasta las doce! Tenemos dos horas; no perdamos tiempo.

Y se fueron ambos en dirección a la timba.

—Vamos, — dijo el ruso — entremos. ¡Algo pasará!

El juego continuaba con más entusiasmo que antes. Como siempre, en estas horas, las apuestas eran mayores que al principio. El Príncipe continuaba, grave y sombrío, apostando y ganando. A su lado había unos sesenta mil. Jugaba al mismo tiempo por tres números, hablaba tranquilamente, colocaba puñados de oro sin contarlos. Nada le turbaba, ni siquiera el pálido rumano que volvió a per-

der gruesas sumas, después de haber ganado durante tres cuartos de hora.

Recogía el dinero, tratando de contarlos en los momentos libres colocándolo en montoncitos de a mil, para darse cuenta de la situación; pero se hallaba demasiado inquieto, sus manos temblaban y no quitaba el ojo de la rueda. Por fin dejó de contar. ¡Qué mal jugaba! Apostaba a cuatro números, tercamente, sin cambiarlos. Hubiérase marchado de la mesa sin un centavo, pero no dejaría por eso de salir con su capricho.

Al entrar padre e hijo, el príncipe les miró y les hizo lugar. Siguió luego jugando tranquilamente, grave y frío. Se veía que los jugadores le respetaban mucho.

—Favó, — dijo el señor de Sinvara, — juega como quieras. Aquí tienes el dinero. ¿Tienes suerte con el rojo? Apuesta al rojo.

Favó preguntó a un vecino y éste le dijo que el rojo había salido ya siete veces. Entonces apostó al negro.

—Par, veinte y cuatro, diez y siete y treinta y cuatro rojo, — dijo el ayudante recogiendo el dinero.

—Empiezas mal, Favó, pero continúa como quieras — dijo decepcionado el señor de Sinvara. — ¡Cuántas veces he de decírtelo! ¿Crees que saco el dinero de alguna mina? ¡Apuesta al rojo!

Pero el rojo perdió. Después de ocho vueltas salió el rojo y el rumano ganó.

Furioso por su mala suerte, impulsado hasta un atrevimiento insensato, arrojó una enorme suma sobre sus cuatro números y, en plena terquedad, le pareció igual, ganara o perdiera. Cuando la rueda se detuvo y la manecilla quedó sobre uno de sus números, llamó bruscamente al criado y le entregó un billete. Con las manos temblorosas volvió a jugar.

—Favó: — exclamó nuevamente el padre: — ¡has perdido otra vez! No tienes suerte! Te permito despilfarrar mi dinero, lo hago por ti. Esta noche trataré de mejorar. ¿Comprendes lo que te digo, Favó?

El astuto Favó lo comprendía muy bien. Sabía que su buen padre empezaba a embriagarse con el juego y, aunque perdiendo, gozaba con su participación. Vivió con intensidad los instantes decisivos, las grandes probabilidades, su sangre se detenía, no respiraba... ¡Ah, Favó lo comprendía muy bien!

Súbitamente se le ocurrió una cosa, se fijó, quedó pensativo. El ayudante le dijo que él — el jugador honorable — jugaba contra sí mismo. Interiormente se admiró de Favó. Yo también observé que Favó sacaba montones de dinero de la ruleta, antes de que la rueda se detuviese, como si quisiera salvarlos. ¿Se habrá vuelto razonable? ¿Temerá una desgracia?

Pero el ruso me llevó hacia un sofá, en un rincón de la sala y me habló de Favó. ¿Habría observado el cambio operado en él? ¡Ah, Favó era en realidad muy astuto! Señalándome el padre y el hijo, continuó:

—De los dos el que está menos loco es el hijo. Favó ha notado ya que el padre está embriagado con el juego y quiere detenerlo. Es algo ridículo, pero él trata de hacerlo. ¿No es cierto? Favó no puede tolerar que su padre se arruine.

Permanecimos en el sofá. De pronto en la ruleta pasó algo extraordinario. Todos rodearon al señor de Sinvara y a su hijo; cesaron los otros juegos. Nos acercamos a la mesa.

—Observe usted bien, — me dijo el ruso. — Vea como está de entusiasmado...

El señor de Sinvara volvió a apostar al cero. En su entusiasmo, se apropió del dinero y jugaba solo. Sus manos gruesas movíanse entre los montones de dinero, temblaban, buscaban los billetes grandes. No hablaba; Favó, a su lado, callaba también. Su rostro estaba sombrío.

—¡Cero! — exclamó el ayudante.

El señor de Sinvara estremeciéndose y Favó pareció todo confuso. La última vuelta había herido a la banca. Pero el ayudante pagó fríamente la suma, con movimientos pausados. Nada le asombró a aquel hombre, que ya había visto todos los casos del destino ciego, y vivido los momentos más desesperados. El príncipe pareció algo turbado. Recogió todo su dinero, lo metió en los bolsillos y se levantó. Pidió un vaso de vino, lo tomó y anunció que no jugaría más. Al salir repartió billetes a todos los criados.

Pero el señor de Sinvara, palmeando a su hijo en el brazo, lo miraba con ojos llenos de fiebre.

—¡Ya ves cómo debe jugarse! ¡Tú me quieres enseñar! Les gana a todos.

Y reía fuertemente, observando a los espectadores admirados. Ebrio de su suerte, arrojó otra suma al cero.

—Voy al cero — dijo, es un número raro.

Pero el banquero ganó y recogió como disgustado, el dinero. Parecía deseoso de que saliera el cero para infundir ánimo al rico propietario, el cual, después de todo, sería su víctima.

Después de cuatro vueltas perdidas con el cero, perdió la paciencia el señor de Sinvara. Volvió a hablar con el hijo.

—¡Oyes, Favó? No apostes más al cero. Este estúpido número me hizo perder demasiado ya.

A cada momento se entusiasmaba, se apasionaba más. Un criado fué despedido bruscamente. El rumano era observado rabiosamente porque tardó en llevarse las ganancias, lo

que ocasionó una pérdida de tiempo. El señor de Sinvara se quejaba de los espectadores que le rodeaban. ¿No tenían qué hacer? Bruscamente llamó a la mujerzuela que se hallaba entre el público y le dijo:

—¿No te he dado antes una moneda de oro?

La chica enrojeció e hizo una reverencia.

—Sí, señor, — respondióle.

—Entonces... ¿Por qué no te marchas de aquí?

Tuvo un movimiento la pequeña boquita, pero no dijo nada. Bajó los ojos observóla bien el señor de Sinvara y le dió otra moneda de oro.

—Toma... ¡Vente, de noche, después del juego, a mi cuarto!

La chica se puso más roja e inclinándose se retiró, sonriendo al público.

El señor de Sinvara volvió al juego.

—¡Cuánta mosca hay en la ventana! — dijo. — Aquí hay muchas cosas que molestan. ¡Sacad las moscas!

¡Su dinero! desaparecía. El rumano tenía suerte. El señor de Sinvara observaba descontento la suerte del otro.

—¿No ves que no me quedan más que algunos billetes? — díjole a Favó; — pero no dejaré de jugar, aunque lo pierda todo. Toma, apuesta al rojo.

Ganó el rojo.

—¡Tal vez el rojo tenga suerte! Otra vez. Probemos.

El rojo perdió. Entonces el señor de Sinvara perdió la paciencia.

—¡Véte! — gritó al hijo — ¡Me traes desgracia! ¿No ves que me arruino? Yo debo continuar, para recuperar lo perdido.

Pero, en aquel momento recordó el papel que quería representar y agregó:

—Ya ves que lo hago por ti. Quiero mejorar tu suerte.

—Sí, sí, ya sé, — murmuró Favó.

—Cállate, no sabes nada. Caerás de nuevo. Todo lo hago por ti. ¡Vete!

Favó levantóse y se retiró.

IV

Eran cerca de las doce. Un jugador tras otro retiráronse de la ruleta y sólo habían quedado el rumano y un veterano manco. El viejo guerrero jugaba con mucha prudencia, apostaba pequeñas sumas y casi siempre ganaba. Tenía una suerte extraña, pero la suerte no lo hizo más atrevido.

El señor de Sinvara jugaba de otro modo. A la más pequeña sonrisa de la suerte se sentía animado y apostaba grandes sumas. Cuando Favó se retiró quedábale apenas un mil. Ganó dos veces de a seiscientos, que perdió en seguida.

Su aspecto era lamentable y los espectadores sintieron compasión. El príncipe, que vol-

vió como simple espectador, le alcanzó una copa de vino.

—No tiene usted suerte, — le dijo — no juegue más esta noche.

El príncipe desobedeció las leyes generales dando el consejo. Pero el señor de Sinvara no le respondió y levantando los ojos bebióse la copa de vino.

Pareció que la rueda de la fortuna cambiaba. Ganó una, dos y tres veces.

—Así hay que jugar, — gritó al soldado, que no le oyó, ensimismado como se hallaba en sus tanteos.

El rumano observaba la nerviosidad del señor de Sinvara, miró al ayudante y luego cogió su dinero. No jugaba más.

El señor de Sinvara ya no tenía nada. Le quedaban apenas algunos centenares. Apostó a negro y perdió. Miró confuso a su redor. Estaba intensamente pálido.

Quedó pensativo. El ayudante lo observaba. Pagaba mecánicamente al viejo las apuestas, ganadas o no. El señor de Sinvara permaneció inmóvil, parecía meditar algo. ¿Por qué no se retiraba? Se quitó los anillos de los dedos y los entregó al ayudante. Este los observó, los colocó en la caja y le dió 3000 monedas de oro. Nadie hablaba. El señor de Sinvara colocó su dinero al negro. Giró la rueda. Disminuyó la velocidad y se detuvo.

—¡Rojo!

Saltó de su asiento el señor de Sinvara. Oprimióse la cabeza entre sus manos y dando un grito abandonó la sala.

V

A la mañana siguiente vino a contarme el criado del hotel que el señor de Sinvara había perdido la noche anterior 54.000 en la ruleta. Pero, Favó se retiró a su cabaña. El, el criado, le había encontrado cerca de la fuente, paseándose, con la cabeza descubierta, hablando en voz alta y predicando. Después de todo ningún cura podría predicar como Favó, cuando le daban ganas de hacerlo:

—Huye del mal, de la perdición — exclamaba; — expulsa al diablo de tu cuerpo. Dale tu dedo y se apoderará de tu corazón. ¿Eres, en verdad, tan vil que yo, yo, tu hijo perdido, debo sermonearte?

Favó había hablado con mucho sentimiento. El criado creía que había aprendido de memoria un discurso para espetárselo al padre aquella mañana.

El criado, astuto, metía la nariz en todas partes y siempre estaba enterado.

—¿Quiere usted marcharse hoy? — me preguntó.

Yo no había dicho nada a nadie ni había pedido la cuenta.

—¿Cómo lo sabe? — preguntó.

—No lo sé, — replicó, — pero usted encar-

gó en el Correo que le remitieran su correspondencia y un cochero quedó en venir a buscarlo hoy a las cinco.

¡Hasta esto sabía! Sentí que me había espiado y me dió repugnancia aquel tipo. Me puse furioso, no podía sufrir su mirada penetrante: tenía unos ojos que lo atravesaban a uno.

¡Márchese de aquí, perro infeliz! — grité. Permaneció callado. No se movió de su lugar. Tenía las manos metidas en los bolsillos. ¿Qué pensaba el tunante, metidas las manos en los bolsillos? ¿Tenía intenciones de hacer algo?

—Siento mucho lo que usted ha dicho, — replicó por fin y no dijo nada más. Sólo me atravesó con su mirada. Continuó en la misma posición. Yo estaba frente a él. Vi que sus hombros temblaban y que tenía los ojos llenos de lágrimas. Me arrepentí de haberle ofendido y resolví arreglar la cosa.

Bruscamente pegó un salto, brilló un objeto en sus manos, lo levantó y me golpeó en la mano derecha.

Bajé la mano, dolorida, paralizada. Estaba fuera de mí por su acción. No pude siquiera abrir la boca. El retornó a meter sus manos en el bolsillo. Yo pasé a su lado, digiéndome a la puerta.

—Se figura que le pegaré otra vez — me dijo, — pero, no tema.

¡Guárdeme Dios de Ello!

Abrí la puerta con la mano izquierda y le dije, fríamente:

—¡Tráigame la cuenta!

Hizo una profunda reverencia y se marchó. De lejos escuchaba sus sollozos.

No me fui aquel día. Me dolía mucho la mano y me sentía casi enfermo. En mi mano había señales, dos puntos rojos. Se había hinchado. ¡Qué grosería de criado! Pero pareció arrepentirse enseguida. Nadie me atendió como él. Vigiló para que no se hiciera ruido cerca de mi pieza cuando me acosté, sin que yo se lo hubiese pedido. Echó furioso a algunos campesinos ebrios que de noche se detuvieron cantando cerca de mi ventana. Oí como les gritaba que no dejaban dormir a un enfermo, a un príncipe que se había herido la mano.

Al día siguiente llamé dos veces, pero no vino. Me hallaba exasperado y enfermo. Tiré con fuerza de la campanilla. Por fin lo vi llegar. Había salido, cuando entró no pude contenerme y le dije:

—Hace un cuarto de hora que estoy llamando. Con gusto pagaré doble si cree merecerlo. Tráigame te.

Vi que mis palabras le dolieron. No respondió y salió corriendo a buscar el te. Yo me conmoví de su paciencia y humildad: no ha-

bría oído en su vida ninguna palabra buena. Yo fui injusto con él. Había que arreglarlo. Cuando volvió, le dije:

—Perdóneme, ya sabe que estoy enfermo. No se lo diré más.

Mi bondad pareció alegrarle y exclamó:

—Debía irme antes. Le aseguro que fué algo útil.

Pero, satisfecho de mi bondad le volvieron las ganas de charlar. Tenía montones de historias sobre lo que había pasado el día anterior en el hotel.

—Le puedo contar algo, — dijo, — hace un rato el señor de Sinvara envió un emisario a su casa para traer dinero, mucho dinero. Favó piensa que el viejo se arruinará en la ruleta. Aún no rescató sus anillos.

—Muy bien, —dijo yo.

—Y la muchacha aquella estuvo con él toda la noche. Es montañesa y nunca habría soñado cosa igual. Ni su mismo padre quiso creerlo.

A la tarde me hallaba yo otra vez en el balcón, mirando el movimiento de la plaza. Salí y me encontré con el ruso, que estaba acostado sobre un banco y leía. Súbitamente me miró y preguntó si sabía que el señor de Sinvara había enviado un emisario en busca de dinero.

Se había encontrado con Favó, quien le había dicho un sermón larguísimo, cuya verdad el padre tuvo que reconocer. Pero, no quería saber nada; él tenía que recuperar el dinero perdido. Pues qué ¿creía que había de abandonar en manos de aquella banda de ladrones 63.000 monedas de oro? Además no jugaba para ganar. Quería demostrar a las buenas personas que lo compadecieron cuando perdió sus anillos.

—Y esto es cierto, — continuó el ruso. — Ya es un jugador tan entusiasta que no juega por ganar. Lo que le atrae ahora es la emoción, el encanto, el martirio, la fiebre del juego.

—Y Favó, ¿qué dijo a ésto?

—“Huye del mal, de la perdición, vuelve en ti, sé hombre, tómame como ejemplo”. Favó hablaba con mucho sentimiento. Su voz era triste y a menudo levantaba los brazos al cielo. Era sorprendente ver cómo aquel joven degenerado predicaba moral al padre, la moral que él mismo había hecho tiempo perdido. Fué bastante atrevido para sermonear duramente al padre. Este argüía que sólo jugaba por el hijo, a quien deseaba salvar del mal camino y que por ello no economizaba dinero. Entonces Favó se puso furioso. En toda su vida había sido orgulloso, no había perdido su dignidad. Pero, el padre había perdido sus anillos, había perdido sus alhajas a la vista de todo el mundo. El, Favó, nunca se

había rebajado ante nadie. Nunca había pedido dinero prestado y siempre cumplía con sus clientes. Por fin, Favó amenazó con el príncipe Variv.

—Cállate, — gritó su padre. — Yo quiero mostrarte el resultado de tu vida desordenada. Y lo haré. ¡Vete Favó!

Y Favó tuvo que irse. Y se dirigió a la casa de juego.

—¿Y no cree usted que el padre quiera, de este modo, volver al hijo hacia el buen camino? — le preguntó al ruso.

Movió la cabeza.

—Tal vez. Pero no lo logrará. Además, el viejo está tan loco por el juego como el hijo.

Todo el mundo hablaba del señor de Sinvara y de su pasión por el juego.

Sus pérdidas no le cambiaron. Al contrario: bromeaba muy a menudo con los que se hallaban cerca de él.

—¿Miran ustedes mis manos? — decía. — Sí, me he vuelto pobre, he perdido mis anillos. ¡Ja, ja, ja!

Ya no iba a la timba, pero los criados le informaban sobre la marcha del juego. Quien había ganado, quién perdido, a cuánto llegaron las apuestas, quién tuvo más sangre fría. Al día siguiente vino el ruso y me contó que el señor de Sinvara había rogado a Dios durante tres horas: quería recuperar lo perdido y no jugaría más. Lo juró en voz alta, llorando. Al ruso se lo había contado el criado, quien a su vez lo había oído por el agujero de la llave.

VI

Pasaron tres días. La mano ya no me dolía. Resolví irme aquella tarde. Bajé a la ciudad para ordenar mis asuntos. Entre otras cosas debía visar mi pasaporte en la policía. Al volver pasé por la cabaña de Favó. Empezaba a interesarme por aquel hombre y por su padre. Todo el mundo hablaba de ellos, el hotel estaba lleno de historias raras sobre su vida. Yo me sentí arrastrado por la curiosidad y diariamente preguntaba por Favó.

Entré en la cabaña. Había oído que la noche anterior Favó había ganado mucho en el **Faraón**. Le quitó a un viajero desconocido todo el dinero y, al fin, le devolvió como regalo, unos cuantos centenares. Luego ganó en la ruleta.

—Vea usted, — exclamó cuando entré, — recién estuvo aquí el señor de Sinvara, mi padre, y quiso que le prestara dinero. Quería rescatar sus anillos. No le hice caso. Mi padre es muy bueno y sentí negarle el favor. Pero, lo hice por su bien. Un hijo debe velar por el honor de la familia. Mi padre debe darse cuenta de lo que son estas cosas. Creo haber obrado bien. ¿Qué me dice usted?

Su aspecto me repugnó en aquel instante. Se había puesto orgulloso por la buena suerte del día anterior, que llenó su bolsa de dinero. Al hablar brillábanle los ojos y se veía la falsedad en ellos. Pero tenía un cuello blanco y una boca muy linda, de labios rojos.

—¿Qué piensa usted de esto? — repitió.

—Yo no tengo porque juzgarle, — respondí.

—¿Pero no comprende cuando le habla una persona razonable? — replicó furioso.

Se impacientó. Caminaba sin cesar detrás del mostrador. Detúvose luego y preguntó:

—¿En qué puedo servirle, ya que ha entrado aquí?

Compré muchas cosas, que ni siquiera me hacían falta. Luego me retiré al hotel.

Cuando llegué, salióme el criado al encuentro y me anunció que había vuelto el emisario del señor de Sinvara, trayendo mucho dinero. Ya el señor hallábase cerca de la timba dispuesto a jugar de nuevo. Favó no sabía nada. Favó no tenía que saberlo, le había pagado al criado expresamente para que no corriera a contárselo.

Eran las cinco.

Tan pronto se abrió la sala de juego, entró el señor de Sinvara. Estaba muy conmovido y continuamente movía los brazos como si discutiera con alguien.

También hallábase allí el príncipe y el viejo soldado, pero el rumano faltaba; había algunos desconocidos. Ante todo el señor de Sinvara rescató sus anillos.

—Apostaré sumas altas — dijo al ayudante, sin mirarlo. Su aspecto era frío y prudente.

—Que la buena estrella le alumbre, — respondió el ayudante haciendo una reverencia.

Comenzó el juego.

El señor de Sinvara parecía muy decidido. Apostó tres veces al rojo y ganó. Entonces metió su dinero en la bolsa y jugó con lo ganado. Tanteó algunas veces al cero, pero perdió. Esto lo agitó, volvió a apostar al rojo y ganó. Ya tenía una suma bonita y jugó sin calcular, poniendo sumas enormes y, para no perder tiempo, mientras jugaba una apuesta, preparaba otra. No contaba. Hallábase extasiado. Sus ojos caían sobre el cuadrado negro. Colocaba una enorme suma. Ganaba. Ganaba sin cesar. Aquel cuadrado negro se transformaba en una mina de oro. El la explotaba.

Bruscamente se detuvo. Meditó. Giró la rueda y no alcanzó a colocar la suma. Sonrióle. Tenía las mejillas rojas. Se le acercó. La observó y le guiñó el ojo.

—Ya ves — dijo, — has entrado y olvidé colocar el dinero.

Al rato le guiñó nuevamente. Giró la rueda. La manecilla se detuvo en rojo. Había tenido suerte el señor de Sinvara en no haber apostado al negro. Entró un momento con los

a la muchacha y le dijo algo al oído. Ella se sonrojó y salió corriendo.

Pero el señor de Sinvara siguió jugando con un valor de locura, sin pensar, mecánicamente. Colocaba montones de monedas en el rojo. Al rato pareció dominarle cierta intranquilidad e hizo un movimiento para recoger el dinero. Pero se dominó. Giró la rueda.

—¡Rojo!

—¡Rojo! — repitió el señor de Sinvara y dirigiéndose a los espectadores dijo triunfalmente:

—¡Otra vez rojo! ¡Lo presentía!

Desde aquel instante perdió la razón. Iban a ser las 10. Entraban algunos desconocidos, los verdaderos jugadores, que empezaban a aquella hora. Entre ellos estaba el rumano. Yo había olvidado mi viaje y no hacía más que observar al señor de Sinvara. El ni se había dado cuenta de que entraron nuevas personas, ni que aumentaron los jugadores. Su suerte lo alucinaba y apostaba grandes sumas. Una ocurrencia irracional le llevó a apostar una fabulosa suma al 25. Tres jugadores lo imitaron. Había una ansiedad general.

—¡Cero!

En medio de la tremenda gritería oí las maldiciones del rumano. En aquel momento entró Favó al hotel, seguido del criado, que fué a contárselo todo. Sin hablar, acercóse a la silla del padre y tomándolo con fuerza por los hombros lo sacudió.

El padre levantó los ojos, reconoció al hijo y se entregó. Comprendió que su resistencia sería inútil.

—¡Qué furioso estás, Favó! — dijo.

Mecánicamente recogió su dinero, lo metió en los bolsillos, en desorden, papel y oro, oro y papel, se levantó luego y salió con Favó.

El ayudante les miraba furioso; el juego terminaba...

Más tarde se contó en el hotel que el señor de Sinvara no sólo había recuperado la pérdida, sino que ganó una bonita suma. Yo me alegraba íntimamente de aquella victoria. Nadie había jugado con intención tan santa como él. No había duda de que no se acercaría más a la ruleta.

VII

A la tarde siguiente hallábame pronto para el viaje.

Mi equipaje ya estaba en el vapor, mi cuenta estaba pagada y todo arreglado. Le dí al

criado un billete y me despedí de él. El pobre mozo lloraba y me besaba la mano.

—¡No lo creería usted! — me dijo. — El señor de Sinvara parte también en este vapor. Prometió a Favó que se iría a casa.

Y aquel sábelotodo me persiguió hasta el último instante con sus cuentos. Favó había sermoneado nuevamente al padre. La amenaza del príncipe Variv no le había servido. Pero, cuando Favó le mostró una pistola diciéndole que se mataría con ella para salvar su honor, el viejo se dejó convencer. No quería perder la amistad del príncipe Variv. Además había jurado por Dios que no jugaría más, con tal de ganar lo que había perdido. En fin: el señor de Sinvara se iba a su casa.

—Adiós — me dijo el criado, — lo hallará en el vapor.

Dieron las cinco.

En el momento en que se abrió la sala de juego bajé al puerto. Al rato llegó el señor de Sinvara, acompañado de su criado. Iban vestidos de viaje. Había mucha gente en el puerto, pero a Favó no le ví. Interrogué a un anciano:

—¿Por qué no acompaña Favó a su padre?

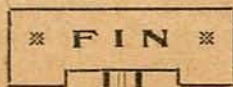
—¡Favó es muy orgulloso! — respondiome una muchacha que oyó mi pregunta. — No reconoce a un padre que pierde en el juego sus anillos. Este es Favó.

También se encontraba allí la chica que fuera la amante efímera del señor de Sinvara. Permanecía mirando de lejos, gacha la cabeza. Pero, aquél a quien ella esperaba, ni siquiera la miró.

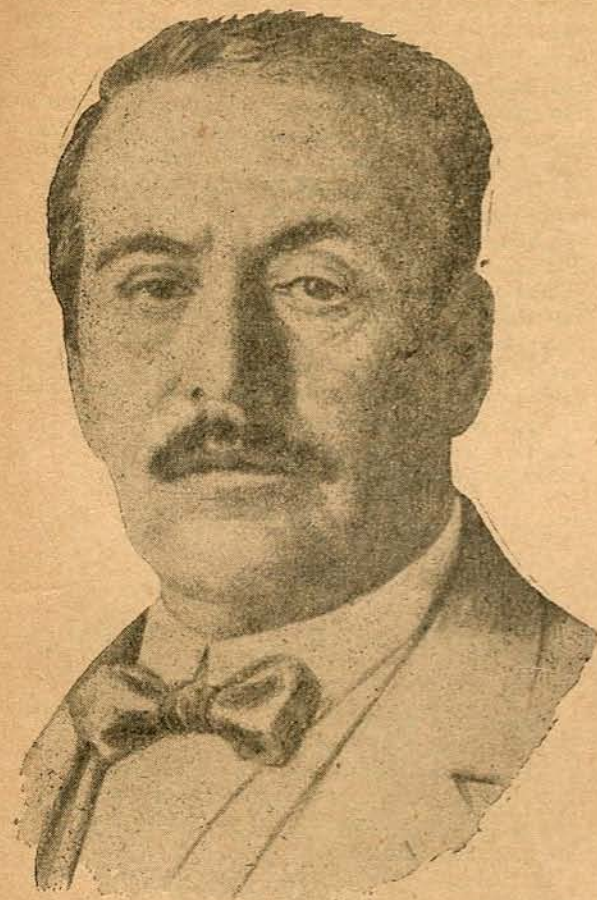
Di una vuelta por el puerto. Pagué al cochero. Vigilé el embarque de mis equipajes. El viejo criado del señor de Sinvara estaba en el vapor. Busqué al señor mismo y no le ví. La muchacha había desaparecido también.

Subió el último pasajero. De repente todo el mundo preguntaba por el señor de Sinvara, que debía embarcarse en el vapor. ¿Dónde estaba? El viejo criado lo buscaba también. El buque se detuvo. ¡No podía irse sin el gran señor! Buscamos todos, pero inútilmente. Preguntamos. Nadie le ha visto. ¿Habría caído al agua? ¿Se habría suicidado? Tuve una idea y la participé al capitán. Fuí corriendo al hotel, abrí la puerta y entré en la sala de juego.

Ante todo ví a la muchacha del señor de Sinvara. Parecía nuevamente feliz. Y en una silla, a su lado, estaba el señor de Sinvara, jugando a la ruleta.



LOS GRANDES MÚSICOS



GIACOMO PUCCINI

En esta sección destinada a vulgarizar los rasgos sobresalientes de la vida y las características particulares de la obra de los grandes músicos, se irá ofreciendo al lector los elementos primordiales para formarse un criterio claro acerca del maravilloso arte de los sonidos. El conocimiento de los autores y de las escuelas es la guía más segura para la comprensión de toda obra musical. Nos iniciamos con Giacomo Puccini, músico de fama recientemente fallecido, tributando con ello un respetuoso homenaje a su memoria.

El más popular de los músicos contemporáneos, aquel que con sus melodías sensuales y adormecedoras ha deleitado a todos los públicos de Europa y de América, acaba de morir, víctima de una enfermedad incombustible. No cabe duda que esta noticia habrá entristecido a muchos, porque Giacomo Puccini es el ídolo de ininidad de aficionados al "bel canto" que se adormecen con la frase dulzona y languideciente, y saltan de entusiasmo con el cadáver agudísimo, sostenido por

alguna garganta de esas que se cotizan bien. A estas horas lamentarán su muerte muchos de esos corazones sencillos que se enternecían con las desventuras de Mimí; y llorarán su desaparición aquellos mismos sentimentales que se llevaban el pañuelo a los ojos en el cuarto acto de "Bohème", "Tosca" y "Manón Lescaut". Su popularidad, legítimamente conquistada, se manifiesta ahora en su mejor florecimiento.

Puccini perteneció a la escuela "verista"; esa escuela que, partiendo de una base falsa, no ha conseguido producir una sola obra maestra. El "verismo" italiano, a cuya decadencia estamos asistiendo, ha recibido su sanción definitiva de parte de la crítica. Ese realismo, que se aparta de toda realidad, pretende el absurdo de querer reflejar pasiones y sentimientos exteriores, carentes de intensidad psicológica, y de llevar a escena personajes de la vida diaria pertenecientes a la clase de los pobres y los hambrientos, para humanizar, dicen ellos, la vieja ópera que sólo encontraba ambiente en los palacios reales. El "verismo" pretende reflejar la verdad haciendo gesticular cantando arbitrarios recitativos y romanzas, duos y coros, a seres de la vida cotidiana quitándoles de este modo toda realidad posible. Y todo esto comentado con musicillas lánguidas y hábiles recursos orquestales, de efecto inmediato sobre auditorios tan numerosos como ingenios.

Ricardo Wágner, con esa clarividencia que le permitió hacer la auto-crítica de sus obras, había dicho ya que no es posible presentar personajes de la vida diaria, ni tampoco personajes históricos, en el teatro cantado porque resultan ridículos y faltos de verdad; de ahí que para crear sus dramas líricos recurriera al mito, a lo sobrenatural que, aún siendo de entraña profundamente humana, está más de acuerdo con ese arte vago, inconsútil y de ensueño que es la música.

La única disculpa que merecen los "veristas" es que el "verismo" nació en momentos de desorientación general. Wágner y Verdi habían dicho su última palabra con "Parsifal" y "Falstaff", y quedaban cerrados dos caminos sin dejar abiertos otros. ¿Qué debían hacer los músicos italianos? Convengamos que en Italia faltó el César Franck que orientara los elementos dispersos y encauzara a los músicos hacia la música pura; pero no reprochemos a los italianos el haberse inclinado a halagar el gusto de la mayoría con tal de conseguir el éxito inmediato. Para los italianos toda la música descansa sobre el "bel canto", y su instrumento nacional es, puede decirse, la voz humana. Hay razones étnicas que lo justifican; el caso de Stradella, perdonado por los verdugos que habían de ejecutarlo, es un caso típico del efecto que sobre los italianos producen las bellas voces.

A esta escuela, pues, perteneció Giacomo Puccini quien, justo es reconocerlo, superó en el conocimiento de los recursos orquestales y en vena melódica a todos sus compañeros. La melodía pucciniana tiene su sello característico que, por otra parte, está muy en consonancia con el espí-

ritu meridional. Se le han reprochado los temas literarios de sus óperas por ser efectistas y de acción exterior. Pero es que de otro modo hubiera podido existir el "verismo"? Las sensiblerías de los personajes de Murger, de Victoriano Sardou, del abate Prévost no podían menos que inspirar esas frases almibaradas que han hecho la delicia de nuestros padres y abuelos; pero, ¿qué otros libretos podían ser comentados por él? No olvidemos las influencias del medio, del carácter y de la cultura... Sus defectos no son suyos propios sino de la escuela "verista" a la que estaba afiliado. Se requerían novelas de movimiento exterior, de sentimentalismo, de emoción epidérmica, para impresionar a los espectadores de hace veinte años; y en el fusilamiento de Cavaradossi, en las desventuras de Mimí y de su amante Rodolfo, y en el destierro de Manón Lescaut y Des-Grioux había elementos de efecto irresistible.

En realidad, la aparatosidad escénica, la flúidez melódica y el colorido orquestal diéronle la popularidad que ha gozado, mereciendo, eso sí, mejor que ninguno de los demás "veristas" los honores tributados durante su vida.

Su mejor ópera, sin duda, es "Manón Lescaut", cuyo segundo acto revela a un verdadero talento de instrumentador y un contrapuntista de enjundia, fuera de la abundante inspiración que campea en esta obra como en todas. "Bohème", la más popular e impresionante, y "Tosca" le siguen en méritos.

Dos actos de su vida musical que no acreditan probidad artística son haber escrito la música de "Madame Butterfly" y de "La fanciulla del West". Estas óperas fueron dos halagos de cortesano, dos genuflexiones de músico de corte a la plutocracia iletrada de Norte América, país cuyo público de sentimientos metalizados es incapaz de valorar los quilates de la producción artística pura y verdadera. Esos dos argumentos exóticos no pudieron ser sentidos por Puccini, cuyo temperamento meridional estaba muy lejos de vibrar con las puerilidades de la japonesa y mucho menos con las pasiones cinematográficas de la muchacha del Far-West. Estos efectos puramente físicos no son arte y no se justifican, y menos aún cuando existe el agravante de la falta de sinceridad. Prueba de ello es que estas obras, especialmente la de asunto norteamericano, no han conseguido aclimatarse en la patria del compositor; y si "Madame Butterfly" es menos resistida se debe a ciertas reformas que el autor le introdujo luego de su desastroso estreno.

Ultimamente dió a conocer un tríptico que caracterizaba tres elementos: el trágico, el místico y el cómico, en sendas obras en un acto de valor muy desigual: "Il tabarro", "Suor Angelica" y "Gianni Schicchi". Las dos primeras son dos producciones lamentables, no así la última que es una deliciosa comedia musical reveladora de un Puccini delicado y sutil, capaz de realizar en ese género obras de más valor representativo que las estrenadas hasta entonces... "Turandot", que pasa a la categoría de obra póstuma, se estrenará en la próxima temporada de la Scala de Milán.

Giacomo Puccini, descendiente de una familia de músicos, nació en Luca en el año 1858. A la edad

de 22 años ingresó en el conservatorio de Milán apoyado por la marquesa de Palavicini y la reina Margarita quienes se interesaron por su educación. Allí tuvo por maestros a Bazzini y a Ponchielli.

Su situación económica fué poco floreciente en los primeros años de su carrera. Vivió una verdadera vida de bohemio, y según algunos, en "Bohème" se encuentran muchos rasgos que recuerdan sus andanzas de juventud. El primer dinero que obtuvo con su arte fué en 1884, presentándose al concurso de la casa Sonzogno con su ópera "Le ville" que le proporcionó 2.000 liras. Su primer éxito clamoroso lo obtuvo con "Manón Lescaut", estrenada el 1.º de febrero de 1893 en la "Scala" de Milán. A partir de ese momento, el nombre de Puccini se incorporó al elenco de los operistas célebres, en todo el mundo. Su deceso tuvo lugar en Ginebra, el 29 de noviembre del presente año.

Su música le ha proporcionado dinero y popularidad entre sus contemporáneos, pero el juicio definitivo habrá que esperarlo de la posteridad. Porque ésta hace lo que no pueden hacer los hombres de la época: depura y selecciona con absoluta justicia...

TRISTAN DE KAREÖL.

Bandoneón y Serrucho

Bandoneón y serrucho dan gemidos y aullidos...

En la noche, del turbio cafetín suburbano despréndese y se arrastra como animal herido, esa música arrítmica, espantosa y estúpida de gemidos y aullidos.

Tal como desgarrándose va por los callejones, pegándose a los muros va el sonido que descansa al pasar por los umbrales; ¡y halla una puerta abierta, ¡por fin!; y entra (al prostíbulo-

* *

La orquesta del opaco cafetín del suburbio, no es como otras de alegre, tan alegre sonido que semejan echarnos a puñadas papeles de colores por los ojos y oídos.

Bandoneón y serrucho dan gemidos y aullidos, ¡largos, lentos, terribles, lamentables!... ¡Ah, qué orquesta la tuya, cafecito!

* *

Y ya tienes, suburbio doloroso y terrible, la música que expresa tal como es tu espíritu; la guitarra campera tan dulce y melancólica tal como eres en vano pretendía decirnos.

Doloroso y terrible, ya gimiendo o aullando, descontento a la par que dolorido, Ya hallaste quien te hiciera música propia en (alma- ¡Bandoneón y serrucho dan gemido y aullidos!...

ALVARO YUNQUE.

Bs. As., 1924.

LOS GRANDES PENSADORES

SENECA

Lucio Arneo Séneca, filósofo perteneciente a la escuela del estoicismo, nació en Córdoba el año 2 después de J. C., o sea a 755 años de la fundación de Roma. Fué el preceptor de Nerón, y compuso las mejores arengas que el emperador matricida dió como cosa suya. Los favores de que gozaba ante Nerón, despertaron envidias y enemistades entre los cortesanos; no tardaron mucho éstos en calumniarlo, consiguiendo por fin un decreto de muerte. Séneca, al recibir la noticia, dió muestras de una gran serenidad; abrazó a su mujer y se abrió el mismo todas las venas. Tenía 64 años.

La recompensa de la virtud consiste en realizarla.

Recorramos todos los países; ¿hay ni uno solo en toda la extensión del universo que sea extraño al hombre? Desde todos los puntos de la tierra es la misma la distancia al cielo; en todas partes, la morada del hombre está separada por el mismo intervalo de la de los dioses. Con tal, pues, que mis ojos no estén privados de ese espectáculo; con tal que yo pueda contemplar la luna y el sol, observar los demás astros, seguirlos en su curso, investigar las causas de sus movimientos, admirar en la noche esas miríadas de estrellas, unas errantes y otras fijas, y las brillantes exhalaciones que trazan rápidamente un surco luminoso; con tal que yo viva en medio de tan grandes objetos, que así conviva con los dioses, hasta donde puede serle permitido a un mísero mortal, y que mi alma, aspirando a contemplar su verdadera patria, se mantenga en esa elevada esfera, ¿qué me importa el fango en que se hundan mis pies?

En donde quiera que se halle un hombre puede hacerse un beneficio.

La justicia no admite nada injusto; y como la injuria supone la injusticia, no puede haber ocasión ni posibilidad de dirigírsela al sabio. Que no os asombre: tampoco se le puede prestar ningún servicio. Nada le falta que pueda él aceptar a título de presente, y por su parte el malo no puede darle cosa alguna. Antes de dar una cosa es necesario tenerla, y ¿qué puede tener el malo cuya posesión agrade al justo?

De la más humilde choza puede salir un héroe, y del cuerpo más deforme, el alma más bella.

Tanta crueldad es perdonar a todos como no perdonar a ninguno.

No es pobre el que tiene poco sino el que desea mucho.

El sabio no puede ser ofendido, por ser inaccesible a toda ofensa; puede ser atropellado, golpeado, herido, sin recibir el menor daño.

Por mi parte, nunca hago consistir el verdadero bien en las cosas a que aspiran todos los mortales; al contrario, no he encontrado en ellas más que el vacío, exterioridades espaciales, un barniz engañoso; nada que responda a las apariencias. En lo que llaman mal, tampoco veo nada tan espantoso como lo presenta la opinión del vulgo. El nombre mismo, según la idea general y la preocupación, hierde el oído: es un sonido lúgubre que no se oye pronunciar sin miedo. Así lo ha querido el pueblo, pero las decisiones del pueblo han sido en gran parte abrogadas por la sabiduría.

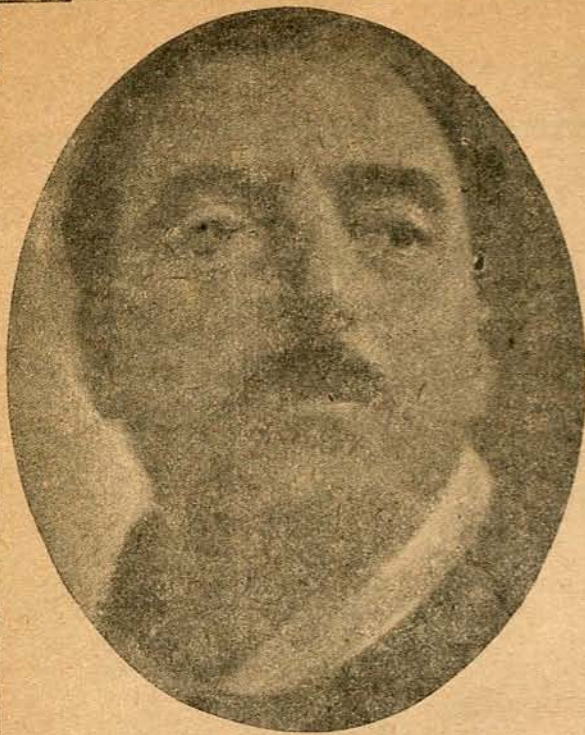
No es valor el no temer la muerte y despreciarla, sino el hacer frente a las grandes desgracias, y no tumbarse en el suelo ni volver el pie atrás.

El menor día de la vida de un sabio vale más que toda la vida de un ignorante por larga que

Si queréis quitar todo pretexto a las impertinencias y a las burlas de los que se ríen a vuestra costa, sed el primero en reiros; no se presta a las ajenas chanzas el que empieza por tomar a broma sus defectos. Vatinio, hombre condenado al desprecio y el ridículo, se dice que era de un humor festivo y agradable. Se anticipaba a las burlas, diciendo graciosos chistes a propósito de sus pies gotosos y de las incisiones que tenía en el cuello. Así evitaba los sarcasmos de sus enemigos, más numerosos aún que sus achaques, y particularmente los de Cicerón. Lo que pudo hacer por su desearo un bufón que a fuerza de sonrejos había perdido el pudor y la vergüenza; ¿por qué no ha de hacerlo el que haya progresado en el estudio y en el culto de la sabiduría? Tened en cuenta que es una especie de satisfacción privar al enemigo del placer de maltrataros.

El hombre justo se guardará muy bien de vengar un insulto, porque haciéndolo honraría al insultador. Esto es evidente, porque si existe un hombre cuyo menosprecio nos pesa y nos agravia, necesariamente nos halagará su estimación.

FABULAS



EL BACILO

Un bacilo extenuado para hacer la propaganda de su especie en el vientre se hospedó de un empleado más hambriento que este.

—Aquí no hay recursos —
—dijo el bacilo — he elegido un mal lugar pronunciaré en vano mis discursos, en este sitio se está muy mal...
Y ya estaba por irse cuando aconteció que el empleado atento a un gran doctor un nuevo suero se inyectó que prometía abolir el dolor.

—Es una comida un poco peligrosa, dijo el Bacilo y quizás imprudente, pero al menos comeré alguna cosa mejor que nada es esto ciertamente...

Tres meses después el pobre empleado Pálido, seco, desmejorado seguía estando mal e ingresó en un hospital.

—No hay nada que hacer, le dijo el doctor, es tarde, Vd. se muere, no se salva, así que prepárese, que al mejor día...
Y en efecto el enfermo, ni que decirlo murió poco después, y el Bacilo gordo como un cerdo vive todavía...

LA ZORRA FORMA MINISTERIO

La zorra al componer un ministerio llamó todas las bestias menos el cerdo,
—Una cartera a ese? Es poco serio
—Dijo—No lo quiero porque es muy puerco!
—En efecto yo también lo ereo un infeliz
—le dijo el Can—importancia yo no le daría pero un cerdo al gobierno puede servir para obtener el apoyo de la mayoría.

EL PAVO

Cuentan que una vez un águila Romana, que victoriosa volvía de la guerra teniendo sed enfiló hacia tierra a refrescar el pico en la fontana. Apenas descendió, un gato Fotógrafo de oficio se dispuso a tomarle un buen retrato.

—Espera amigo,—le gritó un gran Pavo—
—digo, si te parece bien—
ocurre que la ocasión alabo para hacerme retratar también: Así gozo de la gloria.
Junto al Aguila y la Historia dirá la humanidad que yo también crucé entre metralla el campo de batalla al grito de: "Avanzad"!

Y ensorbecido de su artimaña sus plumas y la cola alzaba para hacer ver su mérito y su hazaña; pero sólo atinó a dejar en descubierto la parte aquella que con calor se alaba en la cantante del Café Concierto!

EL SAPO Y LA GALLINA

Un sapo que escuchó que una gallina cantaba desesperadamente le preguntó: que pasa hoy que tanto gritas?
—acabo de hacer un huevo, aún está caliente,
—repuso la aludida — por eso canto.

—Haces mal—dijo el sapo—en gritar tanto trabajas para los hombres, pero ellos cómo recompensan tus desvelos?
Te tiran del pesnezo como han hecho con el pollo, lo verás;

INEDITAS DE TRILUSSA

no te fíes de esa canalla infame
que a tu marido se ha comido ayer
y a tu hijo le embutieron en salame!

No te fíes de ellos, su egoísmo es infinito
no sabes que el huevo que acabas de poner
se lo van a comer frito?...

Aprende ya a vivir amiga mía;
sabotea a tu avaricioso burgués,
que si quiere tomar tu huevo al día
tú se lo pondrás mucho después...!

LA CARRERA DEL CERDO

Cierta vez un porcino de ingenio
que venía de un sitio lejano
pidió ayuda a un pollino italiano
que un empleo le hiciese buscar.

El burro le dijo: me empeña
la amistad a darte una mano,
pero dime por dato y por seña
que trabajo desees hallar?

Vendes vino? no puedo sufrirlo
ni su olor podré yo soportarlo
almacenero quizás? Ni pensarlo
soy nervioso y no tomo café.

Eres tenor? No hombre si chillo
largo rápido una serie de gallos....
—Si es así vete a casa tranquilo,
que tu ilusión de emplearte se fué!

—Yo—sin embargo, dijo entonces el cerdo
hago el puerco y a más mi mujer
es la mas bella en toda las piasas
que en el mundo se puedan buscar.
Me he casado con ella, el nudo es legal,
pero a veces se tira y se afloja...
Si es así—dijo el asno—tu cara mitad,
alégrate pues que tu empleo ya está.

CARIDAD CRISTIANA

El encargado de la sacristía
rompió un paraguas en el lomo al gato
porque había hecho cierta porquería...
Qué haces? le gritó el Cura al contemplarlo—
Qué negro corazón! qué poca fé!
maltratar a un pobre gato, que maldad!

—Qué—le repuso el lego, el gato es de usted!
El Cura repuso: No... es el paraguas de mi
[propiedad!

EL HUMO Y LA NUBE

Un humo negro y muy delgado
que salía de una chimenea
en hilos derechos se iba al cielo
tanto que faltó un pelo
que no chocara contra una nube:
Una nube blanca que, sube que sube
se fué con otras compañeras
a derramarse en lluvia de beneficencia
por las comarcas linderas.

—¿Porqué te cruzas en mi camino?
—le dijo el Humo — Quitate de mi vista
yo soy huji del fuego... me has oído?
—Oye no me asustas! le contestó la nube
muy mal procedes al decirme esa cosa,
no te hagas ahora lo que no eres!
Conozco mucha gente tan jactanciosa
que se da un corte así y luego se vé
que charlaban como las mujeres...
—Humea si quieres pero haces mal
al decir que vienes del fuego, no seas terca
porque sabes que te envía un cocinero
que cocina las costillas de un buen puerco.

EL GATO Y EL PERRO

Un gato barcino
decía a un bull-dogg
—No guardo respeto
ni al mismo patrón
Dame una ocasión
y le arañó una mano;
Mas tú que le lames
su bota conoces
Te pega dos coces
Te mete cadena
y al bello: bozal
y luego el collar
en el hueso del cuello.
Si así es la moda
llevarás su sello:
el pelo te corta
y poco le importa
cortarte la cola...
Qué lindos caprichos!

Yo — mira — soy gato
y raspa, lo afirmo!
Pero a mí no se atreve
a hacerme lo mismo...
El can de repuso:
Pero... es que yo soy su amigo!

□ TRADUCCIÓN DE □
EMILIO FERRARI



NISIA. Una espesa ciudad se apiña sobre una faja de la playa del mar africano. Pero nacer en un sitio malo no es sólo prerrogativa de los hombres. Tampoco una ciudad nace dónde y cómo quiere, sino allí donde, por cualquier necesidad natural, llama la vida. Y si muchos hombres, atraídos por esa necesidad, van hacia ese punto, y otros nacen en él, y el punto es demasiado angosto, por fuerza la ciudad tiene que crecer mal.

Nisia, como ha querido crecer, ha tenido que amontonarse, una casa encima de otra, por las faldas escarpadas de un cerro inminente que, poco más allá del pueblo, se levanta, amenazador, sobre el mar. Librementemente hubiera podido extenderse por el cerro, vasta y airosa; pero entonces se hubiese alejado de la playa. Puede, además, que una casa construida allá en la cumbre, un buen día, bajo el sombrero de sus tejas y oprimida bajo el chal de su terraza, se hubiese caído hacia la playa. Porque allí, en la playa, la vida llama y atrae a todo, de prisa.

Sobre el cerro de Nisia han construido el cementerio. Allá, los muertos, por fin, respiran.

—Allá arriba respiraremos — dicen los de Nisia.

Y dicen eso, porque abajo, en la playa, no se respira. En medio del tráfico tumultuoso y polvoriento del azufre, del carbón, de la madera, de los cereales, de la salazón, no se respira. Si quieren respirar tienen que subir al cerro; suben cuando mueren, y se figuran que, muertos, respiran.

Es un consuelo.

* * *

Mucha indulgencia hay que tener para los habitantes de Nisia, porque no es muy fácil ser honrados cuando se vive mal.

Hay en aquellas casas oprimidas, guaridas más bien que casas, un triste tufo húmedo y acre que a la larga corrompe toda virtud. Colaboran en esta corrupción de la virtud, esto es, aumentan el tufo del cerdo y las gallinas, y frecuentemente

algún borrico apestoso. El humo no encuentra salida y se queda en aquellas casucas, ennegreciendo las paredes y el techo. ¡Y qué muecas de disgusto hacen, desde las estampas sucias de hollín, los santos protectores pegados a esas paredes!

Los hombres sienten menos todo esto, porque están embriagados y embrutecidos todo el día en la playa o en las barcas; las mujeres sí que lo sienten, y están como rabiosas, y parece que esta rabia se desfoga principalmente haciendo hijos. ¡Cuántos paren! Las hay que paren doce, las hay que catoree, las hay que dieciséis... Verdad es que luego no consiguen criar más que tres o cuatro. Pero los que mueren ayudan a crecer y a tomar estado a esos tres o cuatro, no se sabe si más afortunados o más desgraciados, porque toda mujer, en seguida que muere uno de sus hijos recién nacidos, corre hacia el hospicio y coge a uno de aquí, con el socorro fijado en una cartilla roja, que vale por algunos años, seis liras al mes.

Todos los comerciantes en ropas y paños de Nisia son malteses. Aunque hayan nacido en Sicilia así se llaman. "Ir a los malteses" quiere decir en Nisia ir a comprar ropa. Y los malteses, armados de bastón, hacen en Nisia sus buenos negocios: compran esas cartillas; dan por cada cartilla doscientas liras de ropa; un ajuar de esposa. Las muchachas, en Nisia, todas se casan así, con las cartillas rojas de los expósitos, a los cuales, la madre, en cambio de la ropa, tiene que alimentar.

Y da gusto ver al término de cada mes, la procesión de los barrigudos y taciturnos malteses, con pantuflas bordadas y boina de seda negra, un pañolón turco en una mano y en la otra una tabaquera de hueso o de plata, que van al Municipio de Nisia, cada uno con siete, o diez, o quince cartillas rojas de lactancia. Van en fila por el largo corredor polvoriento, en donde se abre la puerta de la oficina de recaudación, y todos esperan pacíficamente su turno, dormitando, fumando o ahuyentando las moscas, despacito, poco a poco. El pago de la lactancia por los malteses es todavía tradicional.

—Rosa Marenga — grita el recaudador.

—Presente — contesta el maltés.

* * *

Rosa Marenga de Nicolao es famosa en el Municipio de Nisia.

Y hace más de veinte años que nutre la usura de los malteses con una serie casi ininterrumpida de aquellos libritos rojos.

¿Cuántos niños se le han muerto de pañales? Ni ella siquiera recuerda ya el número. Ha conseguido de este modo criar cuatro hijas suyas. Tres ya las tiene casadas. Ahora tiene a la cuarta prometida.

Pero ya no se sabe si es una mujer o un estropajo. Tanto, que los malteses, a quienes acudió para casar a sus tres primeras hijas, se han negado a abrirle crédito para casar a esta otra.

—Señora Rosita, no puede usted.

—¿Yo? ¿No puedo yo?

Se sintió herida en su dignidad de bestia, durante tantos años buena para criar y amamantar, y como no se puede disentir con los taciturnos

malteses, ha gritado ferozmente delante de las tiendas:

—¿Si en el hospicio le han confiado un expósito, no es ello señal de que han reconocido en ella la posibilidad de criarlo?

Pero ante este argumento, los malteses, en la sombra, detrás del mostrador de sus tiendas han sonreído irónicamente moviendo la cabeza.

Bien puede suponerse que los malteses no tendrían mucha fe en el médico y en el inspector municipal encargado de vigilar la suerte de los expósitos del hospicio. Pero no era esto. Pero no era sólo esto. Los malteses sabían que a los ojos de aquel médico, el destino de una madre, que tiene que casar a la hija y no tiene otro medio que el de una cartilla roja, es mucho más grave y merece más consideración que el destino de criar un expósito, el cual, si se muere, ¿a quién hace daño? Y si padece, ¿a quién atormenta?

Una hija es una hija; un expósito es un expósito. Y si la hija no se casa, hay peligro de que también ella haga crecer el número de los expósitos, a quienes el Municipio tendrá que atender luego.

Mas si para el Municipio la muerte de un expósito es una fortuna, en cambio, para los malteses es un mal negocio, aunque busquen el cobrarse luego la ropa anticipada. No son raras por esto, a ciertas horas del día, las visitas de inspección que los malteses, con la excusa de socorrer, hacen en esos sucios callejones llenos de niños desnudos, harapientos, flacos, de cerducos, de gallinas, donde, de puerta en puerta duermen, con el más espeso sopor, todas las madres de las cartillas rojas.

De los expósitos los malteses tienen el mismo cuidado que para los cerdos tienen las mujeres.

Algún maltés, en el colmo de la consternación, ha llegado hasta hacer que su propia mujer diera una mamadita de media hora al día a un expósito muy demacrado.

Basta. Rosa Marenga ha encontrado por fin un maltés de segundo orden, un maltesito principiante, que le ha prometido dar un poco por esta vez; no doscientas liras de ropa, como era costumbre, sino ciento cuarenta. El prometido de la hija y su familia se han dado por contentos y se han fijado las bodas.

Ahora el expósito, hambriento, dentro de una especie de saco colgado por unas cuerdas en un fíngulo de la casuca, llora mañana y tarde y Santa, la hija de Rosa Marenga, la novia, hace el amor, charla con su prometido, ríe, cose su ajuar, y de cuando en cuando tira de la cuerda atada a aquella cuna primitiva y la columpia.

—¡Aho, monín, aho! ¡María Santísima, y qué "rético" es este mamoncito!

"Rético" viene de *herético*, y significa inquieto, malgeniado, fastidioso, descontentadizo. No se dirá que no es un modo blando, entre gentes cristianas, de juzgar a los heréticos. ¡Un poco de leche y aquel niño se convertiría en seguida en un cristiano! ¡Pero tiene tan poca leche mamá Rosa!...

Es necesario que Santa se acostumbre a cortejar con esa música de gemidos y lloros desesperados. Si ella no hubiese tenido que casarse, realmente, esta vez la madre Rosa, en conciencia, no habría cogido un expósito del hospicio. Lo ha cogido por

ella; el niño llora por ella; para que ella pueda hacer el amor. Y el amor tiene tanta fuerza que no deja oír los lloros chillones del hambriento.

El prometido, por lo demás, como es un descargador del muelle, va por la noche a ver a la novia, cuando termina el trabajo del puerto, y si la noche es hermosa, madre, hija y novio se van al cerro a respirar el claro de luna, y el expósito se queda gritando, solo, a oscuras, en la casuca cerrada, suspenso en aquella especie de cuna. Los vecinos le oyen, con afectuoso tormento y con angustia, y por piedad desean su muerte. Quitan hasta la respiración aquellos gritos y sollozos ininterrumpidos.

Hasta el cerduco siente rabia y gruñe, y se asustan, encogidas, bajo el horno, las gallinas.

¿Qué se dirán entre sí las gallinas?

Alguna habrá sido clueta y tal vez habrá sentido la angustia de oír cómo la llamaba algún pollito perdido. Batiendo las alas, andando aquí y allá, con la cresta estremecida, no se tranquilizaría ni descansaría hasta encontrarlo. ¿Cómo, ahora, la madre de aquel pequeño, que también, de seguro, se habría extraviado, no acudía a los gritos desesperados con que la llamaba?

Las gallinas son tan estúpidas que incuban hasta los huevos que no son suyos, y cuando de éstos nacen pollitos no saben ya distinguir si son o no suyos y los incuban y los protegen con sus alas, con los mismos cuidados. No saben tampoco que a los pollitos humanos no les basta con el calor materno, sino que, además les es necesaria la leche. El cerdo sí que lo sabe, que también él ha necesitado leche y la ha tenido. ¡Oh! Ha tenido tanta, porque la madre, aunque marrana, día y noche se la daba con todo el corazón, hasta que él ya no quería más. Por eso él no concibe que se pueda chillar de ese modo por falta de leche, y revolviéndose en su poeliga obscura, protesta, con sus gruñidos de rabia, contra el pequeño colgado en la cuna y también para él un "rético".

Vamos, criatura, deja dormir al cerducho gordiflón, que tiene sueño, deja dormir a las gallinas y al vecindario. ¿Crees que no te daría su leche la madre Rosa, si la tuviese? Pero no tiene. ¿Si no ha tenido piedad de ti tu madre verdadera, cómo quieres que la tenga ella, que tiene que guardarla toda para su hija? Déjala que respire un poco, allá arriba, después de una jornada de cansados trabajos, y que goce de la alegría de su hija, enamorada, que pasea, bajo la luna, del brazo de su prometido. ¡Si tú supieses qué luminoso velo, esmaltado de rocío y sonoro de trinos argentícos extiende la luna sobre ellos! Y florece espontáneamente en aquel encanto delicioso un deseo profundo de felicidad y de bondad. Santuza, en el fondo de su corazón, se promete ser una madre amorosa de sus niños.

¡Vamos, pobre criaturita, convierte en biberón un dedito tuyo y chupa, chúpate y adormécete! ¡Dedito! ¡Ay, Dios! ¿Qué has hecho? El pulgar de tu manita derecha se ha tornado tan enorme, que ya casi no puedes ponértelo en la boca. Enorme él sólo, el pulgar, en tu grácil manita, fría y contraída; tan sólo él, enorme, en todo tu cuerpo. Con este pulgar en la boca te has ido chupando todo y no te has dejado más que la piel en torno a los huesecillos de tu esqueleto. ¿Cómo, en don-

de encuentras todavía en ti la fuerza para gritar de ese modo?

* * *

Milagro. De retorno del claro de luna, la madre, la hija y el novio se encuentran, una noche, con un gran silencio en su casuca.

—¡Chitón, por caridad!—dice la madre a los novios, que aun querían seguir charlando delante de la puerta.

Chitón, sí; pero Santa no puede contener el ímpetu de unas risitas a cada palabra que su novio le susurra al oído. ¿Palabra o beso? En la obscuridad no se ve.

La madre Rosa entra en la casuca, se acerca a la cuna y tiende el oído. Silencio. Un rayo de luna ha entrado por la puerta y ha ido avanzando por el suelo, como un fantasma, hasta el horno donde están recogidas las gallinas. Alguna siente desasosiego y cacarea muy bajito. ¡Maldita sea! Y maldito también el viejo marido, que vuelve, como de costumbre, borracho de la taberna, y tropieza en la puerta por esquivar a los novios.

¡Pero qué! El niño no se despierta por nada. Y, sin embargo, tiene el sueño tan leve, que basta el vuelo de una mosea para que se despierte. Rosa Marenga se consterna, enciende la luz, mira hacia la cuna, alarga cautamente una mano hasta la frente del niño y de repente lanza un grito.

Santuza acude, pero el novio se queda perplejo y asombrado ante la puerta. ¿Qué quiere mamá Rosa? ¿Que la ayuden a soltar con prisas y rabia una de las cuerdas que sostienen la cuna colgada en el rincón?

¿Y para qué? ¡Vamos, aprisa! ¡En seguida! ¡Ya lo sabe ella el por qué! Pero el joven, como helado de pronto por el silencio mortal del pequeño, no sabe ya dar ni un paso, y se queda mirando, turbio y sombrío, por la puerta. Y entonces mamá Rosa, antes de que el vecindario acuda, lo esa a él sobre una silla, y rompiendo la cuerda, diciendo a Santa que arregle al muertecito.

¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia! ¡La cuerda se ha roto, quién sabe cómo! ¡Se ha roto y el niño se ha caído de la cama y se ha muerto! ¡Lo han encontrado muerto en el suelo frío y duro! ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

Toda la noche, aun cuando las últimas vecinas que acudieron a los gritos ya se habían ido a dormir a sus casas, ella siguió llorando y gritando, y, apenas despuntó el nuevo día, empezó a contar aquella desgracia a todos los que se asomaban a la puerta.

¡Pero cómo ha caído? Y no tiene ninguna herida, ninguna moradura, ningún cardenal, ninguna equimosis. ¡Tan sólo tiene una escualidez que da vergüenza, y en la manita derecha aquel dedote, aquel pulgar enorme!

El forense que certifica, luego de visitar al niño, se va haciendo remilgos y gestos. Todo el vecindario, atestigua con unánime voz, que el niño ha muerto de hambre. Y el prometido, aunque sabe qué angustia debe sentir Santa, no se deja ver. Van, en cambio, serios, muy serios, despacio, muy despacio, con los labios apretados, su madre y una hermana casada, para asistir a la escena del maltés, del maltesito principiante, que llega furioso a la casuca para llevarse la ropa anticipada. Rosa Marenga se tira de los pelos, se da manotazos en la frente, puñetazos en el pecho, se ordeña el seno para mostrar que aun tiene leche, e invoca piedad y misericordia para la hija prometida, que se le conceda por lo menos un plazo, hasta la noche, el tiempo necesario para acudir al síndico y al inspector y al médico del hospicio de expositos. ¡Por caridad! ¡Por caridad! Y se va corriendo, gritando, enloquecida, con los brazos gesticulantes por el aire, seguida por las burlas y los silbos de los pilletes de la calle.

Todo el vecindario está apiñado delante de la puerta, en torno del maltesito, que se ha plantado de guardia ante su ropa, y alrededor de la madre y de la hermana, del novio, que quieren ver cómo acabará todo aquel día. Una vecina piadosa ha entrado en la casuca, y con la ayuda de Santa, que se deshace en lágrimas, lava y viste el cadáver del niño.

La espera es larga; el vecindario se cansa, se cansan también los parientes del novio, y todos se van a sus casas. Sólo el maltesito permanece allí, de guardia, inmóvil.

Todos vuelven a arremolinarse delante de la puerta a la llegada del coche mortuorio que ha de llevarse al muertecito.

Ya lo han encerrado en la pequeña caja de abeto y levantan ya ésta para introducirla en el carro, cuando entre los gritos de asombro y otras burlas y otros pitidos de la muchedumbre, llega radiante y triunfante Rosa Marenga con otro exposito en el brazo.

—¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo!—grita mostrándoselo desde lejos a la hija, que le sonríe entre lágrimas, mientras el coche fúnebre se encamina lentamente hacia el cementerio.

TRADUCCIÓN DE J. CHABAS.



EL DOLOR DE PENSAR

Por Miguel de Unamuno

Yo, señor mío, escribo con la sangre de mi corazón, no con tinta neutra, mis pensamientos, muchas veces contradictorios entre sí, mis dudas, mis anhelos, mis sedes y hambres del espíritu; no redacto conclusiones, como cualquier secretario de cualquier comisión.

Yo, señor mío, como no hago oposiciones a ministro de la Corona, no tengo por qué medir mis palabras para no comprometer mi porvenir, que jamás hipoteco, ni necesito decir frases prometedoras de actos porque mis frases son ellas de por sí actos, y actos de hoy, del momento, de ahora y de siempre, aparte de sus consecuencias.

Porque el que escribe con la sangre de su corazón escribe para siempre. "Para siempre", que dijo Eucérides, gracias al cual vive todavía Pericles. Y no olvido la otra frase del poeta Keats, de "que una cosa de belleza es un goce para siempre".

A thing of beauty is a joy for ever,

y sé que todo pensamiento escrito con sangre del corazón es una cosa de belleza, digan lo que quieran los artistas de la forma.

¿Y qué es la forma, señor mío? ¿Sabría usted decirme lo que es la forma? Yo creo que no me lo sabría usted decir.

Aristóteles — y sigo pedante, a Dios gracias, — dijo que el alma es la forma sustancial del cuerpo, su entelequia. Y, en efecto, la forma sustancial de algo, de un pensamiento, es su alma, no su vestido. Y yo, señor mío, quiero encarnar pensamientos y no vestirlos. Cuanto más desnudos me salgan, mejor. Porque sé que esos supuestos pensamientos vestidos de hopalandas y túnicas retóricas no son más que esqueletos de pensamientos, cosas muertas, sin carne palpitante y dolorosa. Y pensamiento que no nos duele, no es más que un pensamiento muerto, un esqueleto de tal. No hay vida sino donde hay dolor.

Y a mí, señor mío, me duelen las ideas y por eso se me retuercen y se me encrespan en las contorsiones del conceptismo.

"Si quieres hacerme llorar, es menester que te haya dolido antes".

...: *si vis me flere, dolendumst primum ipsi tibi.*

Así dijo Horacio. Y es cita tan asendereada y sobada, que no resulta ya ni siquiera pedantería el citarla. Y Vischer, comentándola, añadía: "Primum, antes; antes de ponerte a hacerme llorar; no es la mano del calenturiento la más a propósito para describir la fiebre". ¿Que no? Y si a uno le está doliendo siempre, siempre, si su conciencia consiste en el sordo dolor de un trágico pensamiento inquieto, ¿a cuándo ha de aguardar para desahogarse y cumplir así su sino, haciendo llorar a sus hermanos, aunque sólo sea por dentro?

Ya le he dicho, señor mío, que no redacto conclusiones, como cualquier secretario de cualquier

comisión. Ni redacto conclusiones, ni defiendo pleitos, porque tampoco soy abogado de nada, ni de nadie. Ni aún de mí mismo.

Aunque no, eso no es verdad. Soy abogado, sí, pero abogado del hombre, del yo. No de mí mismo, no de mi yo exclusivamente, sino de todo yo, del de usted, señor mío, del de cada uno de mis lectores, del de todos los demás. Yo defiendo al hombre, a cada hombre. Y por eso, para defenderle y tenerle a la defensiva, le ataco. Yo te defiendo a tí, lector, de tí mismo. Porque tengo cuidado de que no te me entregues, de no adormecerte en la ramplona rutina de las ideas de todos y de nadie. Si pudiera, mi mayor placer sería imbuirte la duda de tu propia existencia real y sustancial. Porque sé que sólo empezarás a vivir de veras una vida que merezca la pena de ser vivida — la pena de ser vivida, ¡fíjate!, — cuando empieces a dudar de que vives y aun de que existes.

Tú vas, lector, por el mundo como los vencejos por el aire; volando con la boca abierta a la caza de los mosquitos que te salgan al paso. Y las ideas que así cazas, papanáticamente, se te indigestan. Y entonces te duelen. Pero no es ese el dolor que salva, el dolor que hace vivir.

Sí, ya sé, señor mío, que hay quien habla del placer de pensar, de la alegría de pensar. Pero, aparte de que las cuerdas del placer y del dolor están tan juntas en el fondo del alma, que no cabe herir la una sin que la otra suene, como decía mi amigo Kierkegaard, lo placentero, lo gozoso, es engendrar pensamientos, pero no criarlos. Y yo los crío, no me limito a engendrarlos. Engendrar un hijo de carne, simplemente engendrarlo, es placentero, sin duda, pero no lo propio de un padre. Lo propio de un padre es criarlo, y criar un hijo es algo doloroso. Y lo mismo cabe gozar engendrando, casi inconscientemente, una idea, más bien una frase, para echarla luego al Hospicio o al arroyo. Hay engendradores de ideas hospicianas, que se llaman a sí mismos artistas, y que nada tienen de padres, de poetas. Son los que engendran las frases, los dichos, los lugares comunes, que luego repite la muchedumbre, el vulgo; son los que engendran las tonadas hospicianas, que luego repiten los organillos de manubrio y desgañitan las maritornes al fregar los pasillos. Eso sí que fué engendrado en gozo. Música ligera y callejera; literatura ligera y callejera.

¿Pero, sabe usted, señor mío, lo que decía Guillermo James — ¡y sigue de pedantería! — de aquel patético libro de Jacobo Thomson, "La ciudad de la noche terrible"? (*The City of the Dreadful Night*). Pues decía de él que "es menos conocido de lo que debería serlo por su belleza literaria, simplemente porque los hombres tienen miedo de citar sus palabras — tan sombrías son y, al mismo tiempo, tan sinceras". Como que Thomson las escribió con sangre de su corazón.

Por lo demás, señor mío, eso de divertir y atraer a los buenos burgueses haciendo como que

se les asusta — ellos están en el secreto, — está al alcance de cualquier técnico de la *brutalidad* literaria. El tener un estilo brutal y salir cada día con un desplante y aparecer con estridencia aparentemente — y no más que aparentemente — pasionales, es cosa fácil, muy fácil. El engendrar brutalidades literarias, violencias de dicción, es placentero y muy fácil. Lo difícil es criarlas, hacerlas viables.

No, señor mío, no; le han engañado a usted. Yo no me he propuesto nunca ser original y adquirir fama de originalidad. Le digo a usted que le han engañado. Si no me propusiese más que llamar la atención y que me tengan por original, a cualquier precio, no sabe usted bien la de atrocidades estridentes y abracadabrantas que habría escrito. Les habría dado tres y raya a todos los que alardean de escritores brutales y que no se casan con nadie. Pero yo me he casado con la sinceridad. Y si alguna vez me contradigo, me contradigo sinceramente.

¡No, señor mío, no!; no he tenido nunca prisa de eso que llaman llegar, y me he pasado años y más años repitiendo unos pocos temas fundamentales y dejando que los mentecatos motejen de paradojas a los pensamientos dolorosos, que no sólo he engendrado, sino que he parido, entre penas de agonía espiritual, y he criado. Y no me importa que algunos desgraciados que trepan, a eso que llaman llegar, me digan que estoy de vuelta, rodando por las cuestas abajo del Olimpo. Sé que quien piensa con el corazón, dolorosamente, crea pensamientos para siempre, aunque no lleven luego su nombre, sino el de cualquier otro que los robe y los bautice y les vista de arlequines para la fiesta.

Vivo, señor mío, gracias a Dios, lejos de los cotarros de la feria de las vanidades y no tengo

ni que hacer cosquillas a los buenos burgueses para que se rían, ni que hacer como que les asusto, rugiendo con una careta de bárbaro, para que se rían también. Yo no te hablo más que a tí, lector, a tí sólo, y cuando más solo estés, cuando estés no más que contigo mismo. Yo no quiero ser, lector, sino el espejo en que te veas tú a tí mismo. ¿Que el espejo es cóncavo o convexo y de tal especie de concavidad o convexidad que no te reconoces y te duele verte así? Pues conviene que te veas de todos modos posibles. Es la única manera de que llegues a conocerte de veras. Si nunca te has visto sino en reflexión normal, tal como te retratas en la lisa sobrehaz de una charca tranquila, donde ni la más leve brisa riza las aguas, entonces no sabes quién eres. No sabrás quién eres hasta que, al verte un día de tal modo deformado por el espejo, te preguntes: “¿Pero este soy yo?”, y empieces a dudar de que tú seas tú, empieces a dudar de tu existencia real y sustancial. Aquel día empezarás a vivir de veras. Y si eso me lo debieras, podría yo decir, lector, que te había criado. Lo que es mucho más que haberte engendrado. ¿Me entiendes?



— Oye tú ¿Cual de las dos casas es la tuya?

— La tercera.



Yves Zéphyrin Lolotte publicaba en *El Alba* un artículo cotidiano bajo el título de "Baladronadas de un Parisién", y lo firmaba con la inicial del primero de sus nombres: "Igriega".

Escribía, también, una crónica diaria en *El Crepúsculo*, en la sección "Chismes de un Parisién", y la signaba con la primera letra de su segundo nombre: "Zeta".

El día en que el director de *El Alba* LE INCORPORÓ a la redacción de su diario, le dijo:

—No discutiremos sobre el precio, señor Lolotte. Os pagaré noventa francos mensuales. Pero, hay algo en lo que no transijo: debéis comprometeros a no colaborar en algún otro periódico.

En el día en que—dos meses después—el director de *El Crepúsculo* le agregó a su redacción, le impuso idénticas condiciones.

Anteayer en la mañana, hacía cuatro minutos que Lolotte estaba instalado ante su mesa de trabajo, con el propósito de redactar sus dos artículos cotidianos.

Murmuró: "Empleo la mitad de mi tiempo en temer que Dupanchou, director de *El Crepúsculo*, llegue a saber que colaboro en *El Alba*. La otra mitad la ocupo en temer que Shoupandu, director de *El Alba*, se pueda enterar que trabajo en *El Crepúsculo*. Esto es intolerable!... ¿No existiría un medio de evitar, definitivamente, que una suposición de esta índole pueda nacer en el espíritu de uno de estos brutos?"

De pronto se golpeó la frente, asiento de las inspiraciones geniales, y exclamó:

—¡Pero es claro, es claro; existe un medio y muy simple!..

Mojó la pluma y, encabezando una hoja, escribió:

"Chismes de un Parisién"

Sin vacilar, comenzó a redactar, para el número de *El Crepúsculo* de esa misma noche, el artículo siguiente:

"UNA NULIDAD

Se me reprochará el tomar, a menudo, un tono agresivo. Hay personas, no obstante, contra las cuales es preciso afirmarse en la verdad. Me refiero al señor "Igriega".

Lejos a veces en un pasadizo matutino las

asnadas que hace imprimir este señor? ¿Pueden, en verdad, decirse más tonterías, más...?"

Terminada la redacción de este artículo, agregó debajo su firma: "Zeta"; y, sin vacilar, encabezando otra carilla, escribió:

"Baladronadas de un Parisién"

Luego, comenzó a escribir, para el número de *El Alba*, que debía aparecer el siguiente día en la mañana siguiente, un artículo destinado a llevar la firma de "Igriega".

"UN POBRE HOMBRE

Cuando se dice "el Emperador de Alemania" de más está decir que se trata de Guillermo II. Cuando se dice "la protagonista de *La Dama de las Camelias*" superfluo es agregar que se habla de nuestra gran Sarah. Cuando se dice "Un pobre hombre" sería superfetativo añadir que se hablará de mi colega "Zeta".

¡Ah, qué triste señor este "Zeta"! Periodiquero sin dignidad ni ortografía, cuyas pálidas lucubraciones consiente en publicar en una hoja de la noche.

¡Ah, qué tipo despreciable este "Zeta", que...!"

II

Un buen día—de esto hace varios meses,—Thomas Yvonné, estudiante de medicina desde hace quince años, después de leer en *El Alba* "Las baladronadas de un Parisién", quedó largo rato pensativo:

—¿Ygriega?... ¡Ygriega!... Evidentemente el nombre del autor de estas líneas comienza con una *y*... El número de apellidos que debutan con la vigésima cuarta letra del alfabeto es escaso... Curiosa coincidencia, en verdad, curiosa coincidencia...

Desde entonces adquirió la costumbre de responder, cuando alguien le pedía informes sobre la naturaleza de sus ocupaciones:

—Escribo... escribo en un diario de la mañana...

Luego agregaba:

—Sí, en *El Alba*... firmo con seudónimo bastante transparente... la inicial de mi apellido.

Anteayer en la noche, puesta la cabeza sobre el seno de Nichette, su amante, aunque no eran más que las 21 y media, Yvonné dormía reciamente.

Sus dos íntimos amigos Dupont y Levy llamaron a su puerta.

Cada uno de ellos traía en la mano el último número de *El Crepúsculo*.

—¡Lee esto, viejo!

Con los ojos hinchados por el sueño, Yvonné recorrió, dócilmente, el artículo intitulado: "Una nulidad": "Se me reprochará tomar a menudo un tono agresivo. Hay personas, no obstante, contra las cuales..."

—Y... ¿qué interés pretendéis que esto tenga para mí?... ¡Buenas noches. Vuelvo a dormir!

Dupont y Levy se asombraron:

—¿Cómo? ¿Qué interés pretendemos que esto tenga para tí?... ¡No has comprendido lo que acabas de leer?... Veamos, veamos, ¿no es po-

sible que toleres se te trate en semejantes términos!...

Yvonnet, desde luego, se sorprendió algo por lo de "se te trate". Se acordó en seguida de que era él, efectivamente, a quien se refería el artículo de Zeta.

—Evidentemente, evidentemente,—respondió—no se podría considerar estas líneas como una apología redactada por un acólito ciego o por un turiferario. Pero, ¡si fuera necesario enfadarse cada vez que un colega, refiriéndose a uno, se abstiene de emplear epítetos exageradamente laudativos!

Durante un cuarto de hora pleiteó circunstancias atenuantes en favor de sus difamadores. Afirmó que, personalmente, siempre había considerado intangibles los derechos de la crítica. Pero fueron vanos los esfuerzos de su elocuencia induciéndoles a compartir su modo de pensar. Al partir, Dupont y Levy, un tanto indignados, le gritaron:

—¡No, no, te estimamos demasiado para permitir que te comportes como una gallina!... ¡Si después de haber sido injuriado así por este plumífero, no te bates con él, serás el último de los cobardes! Mañana sabremos quien es el grosero personaje que se esconde bajo el seudónimo de "Zeta". ¡Y quieras o no, iremos a exigirle, en tu nombre, satisfacciones a este señor!

III

Una noche—de esto hace ya varios meses,—Próspero Zurvach, estudiante de ingeniería durante diez y ocho años, luego de leer en *El Crepúsculo* "Chismes de un Parísien", quedó largo rato pensativo:

—¡Zeta!... Es sugerente... Zeta... Evidentemente, el apellido del signatario de estas líneas debe comenzar por la misma inicial que el mío... Zeta...

Desde entonces adquirió la costumbre de responder, cuando se le interrogaba sobre sus ocupaciones:

—Trabajo en los diarios... en un gran diario de la noche... En *El Crepúsculo*. Firmo con un seudónimo... bastante transparente... la inicial de mi apellido...

Después de haber pasado una noche recorriendo los cabarets de Montmartre, en compañía de una vieja cantante, a la que había unido su destino desde hacía cuarenta y ocho horas, Zurvach iba a acostarse cuando sus dos amigos Weill y Durand se hicieron anunciar. Mostrándole el número de *El Alba*, de esa misma mañana, le dijeron:

—¡Entérate, viejo!

Con los ojos rojos de insomnio, Zurvach recorrió el artículo intitulado "Un pobre hombre". Leyólo y gruñó:

—¿Qué tiene esto de interesante? ¡Os parece espiritual el incomodarme a una hora tan tarde de la noche, las diez de la mañana, para ponerme esto bajo las narices!

Weill y Durand experimentaron una viva estupefacción:

—¡Ah, viejo, estás dormido!... ¡No comprendes en qué términos se expresa, respecto a tí, tu colega Ygriega!...

—¿Tu colega Ygriega? A Zurvach le llamó la

atención, desde luego, saberse colega de un periodista. Pero, sus recuerdos pronto se precisaron.

—Ciertamente, ciertamente — murmuró, — mi colega Ygriega debe haber estado de muy mal humor cuando escribió estas líneas... Pero esto le puede ocurrir a todo el mundo... Graves disgustos han debido afectar al pobre muchacha, e hizo a todos responsables de sus enconos. Mi nombre ha caído bajo su pluma. Y... esto es lo que pasa...

Weill y Durand no ocultaron su modo de pensar:

—¡Cómo! ¡Un individuo descarga sobre tí una carrada de injurias y la única reflexión que su indigna conducta te sugiere es: "esto es lo que pasa"! ¡Ah, no, viejo! ¡Te garantizamos que este asunto no quedará así, de ningún modo! ¡Somos tus amigos para impedir que obres como un gañán!

Durante veinte minutos, en elocuentes períodos, recordó Zurvach vanamente que, en todas las épocas de su vida se había declarado irreconciliable adversario del duelo.

—¡Ignoro quien es el desvergonzado que se esconde bajo el seudónimo de Ygriega — exclamaron al unísono Weill y Durand, — pero te juro que antes de medio día lo sabremos, y que de buen o mal grado, él te dará la satisfacción de que eres acreedor!

IV

Yves Zéphyrin Lolotte, bajo el seudónimo de Zeta, había cubierto de injurias a Ygriega, en el número de *El Crepúsculo* de anteayer, a fin de que Dupanchou, director de este diario de la noche, no llegara jamás a apercibirse de que Ygriega y él eran una única persona.

Yves Zéphyrin Lolotte, bajo el seudónimo de Ygriega, en el número de *El Alba* de anteayer vilipendió bajamente a Zeta, con el objeto de que Choupandu, director de esta hoja matutina, no llegara a sospechar, jamás, que Zeta y él eran un solo cronista.

Lolotte no tardaría en apercibirse que había cometido una, o más exactamente, dos irreparables tonterías.

Al levantarse, en efecto, esa mañana encontró dos expresos bajo su puerta.

El primero firmado por Choupandu y el segundo por Dupanchou.

Ambos le invitaban "a pasar urgentemente por la dirección".

En el acto se trasladó a ver a Choupandu.

—Lolotte, — le declaró el director de *El Alba* — ¿habéis leído las líneas de Zeta aparecidas anoche en *El Crepúsculo*? Es preciso que os advierta que si, antes de la noche, no habéis provocado a ese señor, me privaré de vuestra colaboración.

Luego se dirigió hacia el diario de Dupanchou, quien, con la única diferencia de llamarle, en lugar de "Lolotte", "mi bravo Lolotte", usó idéntico lenguaje. La noche daría término al plazo concedido para cruzar su acero con el de Ygriega.

Lolotte vagó, lamentablemente, toda la tarde por los boulevards.

—¡Batirme, batirme?... — gemía. — Evidentemente no pediría nada mejor... para no ser pues-

to en la calle por Choupandu y Dupanchou. Pero, ¿cómo batirme?... ¡Para que exista duelo es preciso que existan dos, yo no podría batirme conmigo mismo! ¡Eso no sería un duelo, sería un suicidio!...

A las 17 horas, Lolotte se había resignado a ir al encuentro de Choupandu y Dupanchou y, cualquiera que fuesen las consecuencias de su confesión, decirles toda la verdad.

A las 17.10, espantosamente triste, entraba en el despacho de Choupandu. El director de *El Alba* sale a su encuentro y le estrecha las manos con efusión.

—¡Bravo, Lolotte! ¡Estoy muy contento de usted!... No solamente permanecerá en *El Alba*, sino que aumento vuestros emolumentos! ¡Tendrá en adelante veinte francos más por mes!

Estupefacto, parte Lolotte a encontrar a Dupanchou, no cesando de repetirse: “¿Qué le pasa a Choupandu? ¿Se nos habrá enloquecido del todo?”

Llegado a la redacción de *El Crepúsculo*, entreabre tímidamente la puerta, Dupanchou le divisa y se precipita hacia él:

—¡Mis felicitaciones, Lolotte, todas mis felicitaciones! ¡Vuestra conducta, querido Lolotte honra a la prensa francesa!... Desde hace largo tiempo, venís solicitando un aumento. Sabed que eso es asunto concluído. ¡Mi cajero os entregará en adelante treinta francos más por mes!

Cada vez más asombrado, Lolotte abandona a Dupanchou balbuciendo: “¡Ah, Lolotte! ¿Será que Dupanchou en competencia con Choupandu ha perdido la razón, o bien eres tú, mi pobre viejo, que albergas una araña en tu caja craneana?”

Toma el camino de su domicilio.

Como lo hace todos los días, compra un ejemplar de *El Crepúsculo* para leer su artículo.

¡No le cabe duda de que él, él, Yves Zéphyrin Lolotte, ha sido atacado, bruscamente, de alienación mental.

Le ha parecido leer, en efecto, en “Campo neutral”, la siguiente acta:

“A consecuencia de una polémica periodística entre nuestros colegas “Ygriega”, de *El Alba*, y “Zeta”, de *El Crepúsculo*, se ha producido un duelo inevitable.

Los dos adversarios se han batido esta mañana en Villebon.

Dos balas se han cambiado sin resultado.

Fechado en París, a diez y siete días del mes de octubre.

Por Ygriega:

Dupout,
Levy.

Por Zeta:

Weill,
Durand”.

Del Problema Sexual

LA INICIACION

Ninguna curiosidad comparable a la del niño que asiste gozoso al magnífico desplegamiento de los tapices de la Naturaleza. Cada nuevo día lleva en sus entrañas tesoros de fragantes emociones y el infantil espectador quisiera agotarlas incansable. Con ellas va levantando, inconsciente y alegremente, el edificio de su psicología futura. Es entonces cuando se echan los cimientos y alzan los muros.

Luego no cabrá modificaciones fundamentales. El hombre es el heredero del niño, y esta herencia será la base de su carácter, del encauzamiento de su temperamento. Los padres que aplazan todo para cuando el pequeñuelo crezca cometen grave error y cruel delito. Al llegar la adolescencia es ya tarde para abrir rutas y enderezar troncos.

Entre todas las curiosidades de los muchos destaca la relacionada con las funciones sexuales. El niño no solo tiene sexualidad, contra lo que piensa el vulgo, sino que es acosado por incansables afanes de asomarse al enigma del instinto eje.

Si los padres no suministran la explicación deseada, se la forjan por sí propios, torpe, vacilantemente, lógica o absurda. Lo que no pueden hacer es renunciar a ella.

Unas veces proporciona los datos elementales la sorpresa de dos animales en celo; otras, un espectáculo teatral o cinematográfico; otras, las láminas o el texto de un libro; otras el descuido o la desaprensión de dos enamorados.

Y así, lo que debiera constituir revelación gradual y casta, romántica y suave, adquiere caracteres de traumatismo, de choque rudo, de mazazo brutal, bajo el cual se resquebraja la pureza y manchada queda de por vida la inocencia.

Son aún peores los efectos cuando el guía es otro niño pervertido, poseedor de una noción fragmentaria y absurda. De las confidencias trémulas en los rincones de los colegios o en los remansos de las plazas públicas derivan un número incalculable de vicios y aberraciones destructores de virilidades y fisiologías.

A los que no tienen obligación de bucear en las almas enturbiadas por una sexualidad morbosa, les será muy difícil formar idea de la gravedad y extensión del mal. Constituyen legión los incapaces de gustar las mieles del buen amar porque todo su tesoro quedó perdido en el fango de una infancia viciosa conducida por senderos extraviados.

Tan nociva como la iniciación a cargo de un camarada procaz y mal enterado es la realizada por los adultos canallas que encuentran divertido prostituir niños enseñándoles palabras soeces y alusiones desvergonzadas a la función sexual.

¿No habéis sentido el dolor de pertenecer al baño humano oyendo reír a un grupo de beocios ante las palabrotas de un niño, cuya honestidad destruyeron sus padres o amigos de éstos?

Si el niño ha de acabar inevitablemente por formarse un concepto de la vida sexual y dejar al azar la iniciación, es peligroso y cruel. ¿cuál será el camino a seguir?



Bien sencillo: no espolear la curiosidad, no ir a su lecho a azuzarla, pero si surge, si el afán de saber la quemante verdad surge en el espíritu infantil, darla satisfacción, serena, piadosa, líricamente.

Siempre resultará preferible que sepa bien lo que esté a su alcance, comprender a que forme un juicio dislocado lleno de abismos, por donde puede despeñarse su salud.

El erisol único donde el metal sensual puede ser fundido sin riesgos para la especie y el individuo es la madre. La iniciación sexual constituye una de las más augustas funciones maternas. Por tosca, por ineulta que sea hay siempre en la madre un halo de espiritualidad de poesía que la hacen superior a cualquier otro adocetrador.

Recuérdalo siempre lector: *El momento más importante para la felicidad futura de un niño y para su aprovechamiento social es el de la iniciación.*

DR. CESAR JUARROS

Hojas de la Vida

BANQUETE DE DUELO

La mesa de la fonda, desierta casi siempre, se hallaba rodeada de gente desconocida.

Eran hermanos de una congregación que, después de haber ayudado a morir o a matar bien a un condenado a garrote en un pueblo próximo, aprovechaban aquel día azul, espléndido, para hacer una jira campestre, comer a gusto y marcharse a la caída de la tarde, cuando ya el sol no picara.

El semblante de toda aquella gente era único entre todos los semblantes humanos; tenían todos facciones de *hermanos* de un convento misterioso, caras redondas de gente satisfecha; parecían empleados de un juzgado, injertados de horteras; pálidos con la palidez de los cómicos, matizada con el carmín de una buena salud; figuras de cera de una barraca de feria sacadas a pleno sol, con los pegotes de la cara, los añadimos del traje y el polvo húmedo de la ropa sin airear.

Comprendíase, por lo que iban comiendo, que habían presenciado de cerca la muerte de un hombre robusto, en plena naturaleza, un asesino, pero al fin un hombre; un malvado, pero al cabo hijo de madre; allí le habían rematado, bajo el dosel del cielo, ante el horizonte del mar, en una llanura extendida frente a sus ojos, poblada de flores de primavera.

Hasta el último instante no ha querido arrepentirse,—decía uno.—Si no hubiésemos empleado la perfidia no se hubiera confesado.

—Hasta ayer noche,—decía un gordo con la boca llena—se comió una costilla y se bebió dos copas de Jerez.

—Yo,—decía otro—he asistido a más de veinte condenados, y ninguno había visto tan sereno. La serenidad se conoce por el pulso; hoy por la mañana le pulsé varias veces; tenía de ochenta a

noventa pulsaciones. Ayer noche no pude pulsarlo cuando se despidió de su madre. Fué una lástima: lo anoto. Es una curiosidad que tengo desde que me dedico a esto.

—No creí, decía otro—que viniera tanta gente. Las fondas y las tabernas habrán ganado mucho. Hoy por la mañana para tomar un bocado me he visto en un apuro. ¡Cuánta gente!

—Yo,—añadía otro—me he traído el almuerzo. No puedo descuidarme.

—Si no me cuidara, estas emociones fuertes acabarían con mi salud. Francamente, no puedo acostumbrarme como se acostumbran otros a observar si el reo muere tranquilo, si finge una sonrisa de despedida, si tiembla delante del garrote, si aparta la mirada por no ver al verdugo, si inclina dignamente la cabeza cuando le descoyuntan los huesos. No puedo; siento un no sé qué, que me lo impide.

—Se comprende—dijo el gordo.—Casi todos los que suelen acudir a esos actos son los mismos que asisten a las corridas de toros; a muchos no les basta ver matar caballos y quieren emociones fuertes: desean una muerte segura, fiestas gratis, un gran espectáculo. Yo no he estado nunca en una corrida; y si no fuese porque considero un deber acompañar y alentar con mi presencia a los que van a morir, es probable que no viniera a ver agarrotar a ningún otro.

—Uno se acostumbra. Al principio fué eso para mí una *afrenta*; pero luego comprendí que no había más remedio; alguien ha de ir, y voy.

—Señores, no hablemos de cosas tristes—dijo un señor que presidía la mesa.

Y hablaron de cosas mucho menos tristes; tan poco tristes que a los postres, rebotaban las risas por los muros de la sala; contáronse cuentos; abriéronse botellas, y todo aquel grupo de hombres parecía un batallón de la muerte, un jurado macabro, unos ascetas del martirio en un banquete de duelo.

A los postres uno de ellos sacó un papel con medio bizcocho.

—Es del muerto; no pudo comérselo todo—dijo.

Pasaron los bizcochos de mano en mano, bebiéronse las últimas copas y se marcharon sin decir palabra.

SANTIAGO RUSIÑOL.

LA COPULA

(NOVELA DE AMOR)

POR SALVADOR RUEDA

Esta obra se ha publicado en el cuarto volumen de

CLASICOS DEL AMOR

A 30 centavos el ejemplar se vende en todos los kioscos y puestos de periódicos

PAGINAS PARA LOS NIÑOS...

No podía faltar en una revista de selección destinada a divulgar obras de arte de grandes autores, una sección destinada a los niños.

No es el caso de recitar los mil cuentos de hadas y de repetir las tonterías que hasta el cansancio vienen oyendo decir los pequeños, sino de hablarles de cosas grandes y serias con un lenguaje claro, inteligible y ameno. Divulgación de conocimientos científicos y literarios, narración de hechos heroicos y supresión absoluta de toda esa literatura falsa de duendes y dragones, será lo que ofreceremos en esta página. La misión cultural que nos proponemos llevar a cabo, hace que dediquemos preferente atención a los niños, seguros de contar con el decidido apoyo de padres y maestros.

Ejemplos de heroísmo que deben ser imitados

LA LIBERACION DE GROCIO.

Grocio invertía su tiempo escribiendo y con frecuencia, fué un famoso catedrático, escritor y político. Hablaba y escribía libremente sobre las cosas que creía de justicia en política y religión, y ofendió con ello al gobierno holandés que por tal razón le condenó a prisión perpetua y confiscó sus bienes. Fué encerrado en el castillo de Lowestein, pero se autorizó a su consorte a permanecer con él.

Era la esposa de Grocio mujer experta, amante de su marido y desde luego no pensó más que en la fuga, pero transcurrieron ocho meses y ninguna ocasión se presentó para realizar la idea.

Grocio invertía su tiempo escribiendo y con frecuencia necesitaba libros de fuera de la cárcel para auxiliarse en su obra. Su esposa obtuvo permiso para ir en busca de quien se los prestara y pudo traerle un gran cofre lleno de volúmenes.

Terminado el asunto de los libros, fuese a ver a un amigo que vivía fuera del castillo y aprovechó la oportunidad para meter en el cofre la ropa sucia que debía ser lavada. Los guardias del castillo acostumbraban a registrar el cofre, pero nunca encontraron nada peligroso y sí únicamente los libros y las ropas del preso.

Así pasó algún tiempo hasta que los guardias dejaron de registrar el cofre, y no se le ocultó a la penetrante mirada de la señora Grocio que estaban ya cansados los vigilantes de cumplir con su deber. En un momento vió la posibilidad de que su marido pudiera fugarse. ¡Si pudiera meterle a él en el cofre! Lo primero que se requería era practicar algunos agujeros para que entrara el aire. Hecho esto persuadió a su marido de que se sentara al amor de la lumbre y pretextase hallarse enfermo.

El día en que debían llevarse el cofre, como de

costumbre, la señora ayudó a Grocio a meterse dentro y sujetó bien la tapa. Presentóse entonces el hombre que debía llevarse el cofre y al ver corrido el cortinaje de la alcoba iba a preguntar a qué venía, pero la esposa se llevó el índice a los labios pidiéndole callara para no molestar al doliente. El hombre se echó el cofre a la espalda y se lo llevó, no sin haberse quejado de lo mucho que pesaba.

Grocio fué llevado a casa de un amigo, desde donde, disfrazado de molinero, se marchó a Amberes.

¿Qué fué ahora de la esposa que a tanto se había arriesgado por libertar a su marido? Al principio procuró demorar el descubrimiento vistiéndose con las ropas de su esposo y se acurrucó cerca del fuego, pero no se dejó ver del carcelero. Luego, calculando que ya su marido estaría en salvo, se fué a ver a los guardianes, les participó que el preso se había escapado y les reprendió por no haber sabido cumplir con su deber. Disculpáronse y dejaron salir del castillo a la señora de Grocio, que poco después se reunía con su marido.

LA HAZAÑA DEL CUÁQUERO.

Ante todo es de saber que los quáqueros son unas buenas personas, que creen ilícito el pelear y por eso rehusan hacerse soldados o marinos.

Pues bien; en cierta ocasión había un quáquero a bordo de un barco mercante americano, cuando se presentó un barco francés y trabó combate. Todo el mundo a bordo del barco mercante, excepto el quáquero, luchó desesperadamente en defensa de su vida. El quáquero, con las manos a la espalda, paseaba tranquilamente por la cubierta, en medio de las balas.

Poco después los barcos se aproximaron uno a otro; y los franceses gritaron que abordarían el barco americano.

El quáquero continuó su paseo. Las bordas de los barcos toparon y crujieron al chocar. Un clamor de triunfo se levantó del barco francés. Los americanos cargaron sus fusiles, y se aprestaron a vender caras sus vidas. En aquel momento un francés se adelantó rápidamente para dirigir el abordaje.

No bien hubo puesto el pie sobre el barco americano, y antes que nadie echara de ver lo que sucedía, el quáquero corrió con presteza hasta él, rodeó su cuerpo con los brazos y dijo con mucha calma y en tono de reproche: "Amigo, aquí no tenéis nada que hacer". Y levantando al francés en vilo, como si entregara un bebé a su niñera, lo dejó caer suave, pero firmemente, por encima de la borda.

EL AMO Y EL CRIADO.

Tenía un criado mucho que sufrir con el carácter original de su amo. Volvió un día este señor a casa de muy mal humor, se sentó a la mesa para comer; pero hallando la sopa fría, y cediendo a la cólera, cogió el plato y lo arrojó por la venta-

na. Ocurriósele entonces al criado ir echando tras la sopa la carne que había puesto sobre la mesa, luego el pan, el vino y en fin los manteles. "¿Qué haces, temerario?" dijo el amo irritado, levantándose furioso de su asiento. "Perdóneme usted, señor", respondió con seriedad el criado, "si no he comprendido bien su intención. He creído que usted quería comer hoy en el patio. ¡El aire es tan apacible! ¡el cielo está tan sereno! Mire usted el manzano; ¡cuán hermoso está en flor! ¡y con qué gusto buscan las abejas su alimento en él!" El amo reconoció su falta, corrigióse de ella, y dió gracias interiormente al criado por la lección que acababa de darle.

ARISTIDES Y DEMÓSTENES.

Aristides y Demóstenes eran jefes uno del partido de la aristocracia y el otro del partido popular. Triunfado que hubo el partido de Demóstenes. Aristides fué desterrado durante las guerras médicas por no estar de acuerdo con la creación de una flota que propiciaba Demóstenes.

Pero ocurrió que en un momento álgido de la lucha en tanto la Grecia estaba en peligro, el desterrado fué la víspera de la batalla de Salamina a ver a su enemigo y a pedirle un puesto en las filas. Díjole: "Aplacemos nuestras querellas para después y luchemos a ver cuál de los dos prestará más servicios a la patria."

Al día siguiente Grecia estaba salvada.

Lo que todos deben saber

¿POR QUÉ SE APAGA UN CERILLA CUANDO SE LA SOPLA?

Cuando una cerilla, o un fuego cualquiera, arde, produce cierta cantidad de calor. Ahora bien, para iniciar la combustión es preciso también calor, el cual nos proporcionamos frotando la cabeza de la cerilla contra una superficie áspera, o aproximándola a otra sustancia cualquiera ya inflamada. Una vez encendida aquélla, conservará por sí sola el calor necesario para arder, mientras haya materia que la alimente y aire que haga posible la combustión.

Pues bien: cuando soplamos a un fósforo alejamos los gases calientes próximos a arder, quedando la cerilla tan fría como antes de encenderse y haciéndose, por lo tanto, imposible la combustión. Cualquiera fuego, por vivo que sea, puede ser instantáneamente apagado, a semejanza del

fósforo, si disponemos de una corriente de aire lo suficientemente intensa para enfriar los gases que produce.

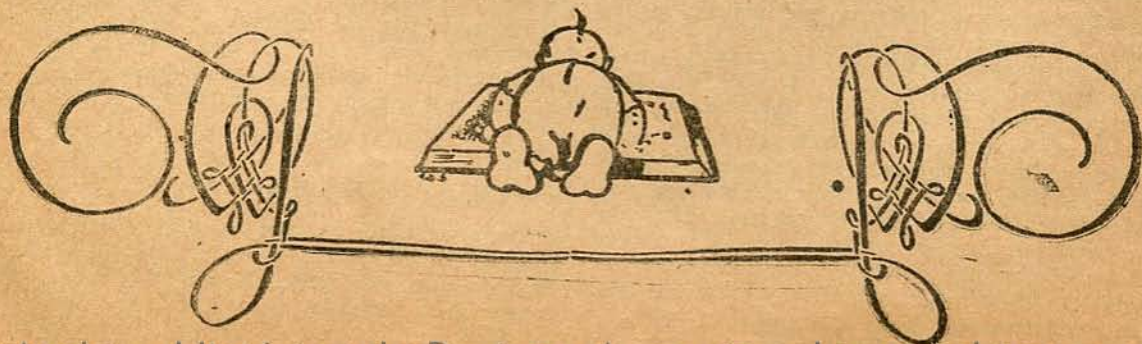
Podemos, por otra parte, acelerar la combustión de una cerilla soplándole con suavidad, pues de este modo, sin enfriar por completo sus gases, hacemos llegar a ella mayor cantidad de aire, que la activa.

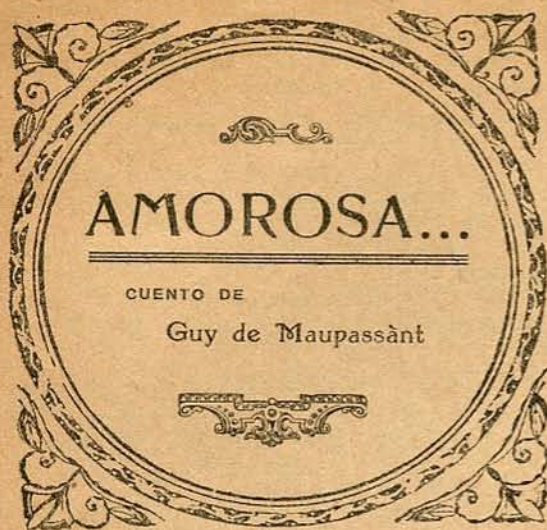
¿PARA QUÉ NOS SIRVE EL PELO?

El pelo, como las uñas, es una parte de nuestro cuerpo que no nos es, al parecer, de mucha necesidad, pero que tiene una enorme importancia para los animales. El pelo es el medio de que la naturaleza se vale para proteger el cuerpo del frío y de la humedad, y por eso vemos que los habitantes de los países muy fríos son muy peludos, especialmente si son salvajes. Si observamos las pinturas que representan a gentes de tiempos muy remotos, veremos que éstas están pintadas con gran cantidad de pelo; y, en verdad, que bien habrían menester de tal protección en los días en que no se había inventado aún la ropa. Actualmente, en los que llamamos países civilizados, usamos trajes de forma y calidad tan variada, que poco importa el tener o no mucho pelo. Si recordáis que el cabello, la lana, el pelo y las cerdas tienen la misma estructura, os podréis hacer cargo fácilmente de la gran utilidad que el pelo representa para la mayor parte de los animales.

¿POR QUÉ DAN LUZ LAS LUCIÉRNAGAS?

La luciérnaga o gusano de luz no es en modo alguno un gusano, sino la hembra de un escarabajo que vemos en los meses estivales en los setos y márgenes de los ríos, y en los bosques y praderas. En cuanto empieza a oscurecer comienza a emitir este insecto una bellísima luz, de color amarillo verdoso, producida por ciertos órganos situados junto al extremo de la cola. No se sabe a ciencia cierta con qué objeto usa la luciérnaga esa luz; aunque la opinión más generalizada entre los naturalistas es que la produce la hembra para atraer a los machos, que carecen de ella. Claro está que no podemos afirmar de un modo categórico si es ese o no el verdadero objeto; pero sí sabemos que, además de las luciérnagas, existen otros muchos animales que poseen la propiedad de emitir luz más o menos intensa, mereciendo especial mención el *cocuyo*, interesantísimo coleóptero de la América tropical.





DESPUES de comer en su casa, Jacobo de Randal dió permiso al criado para salir, y se puso a despachar su correspondencia.

Tenía costumbre de acabar así la última noche del año, solo, escribiendo; recordaba cuanto le había ocurrido en doce meses, todo lo acabado, todo lo muerto; y al surgir entre sus meditaciones la imagen de un amigo, escribía una frase afectuosa, el saludo cordial de Año Nuevo.

Sentóse, abrió un cajón, y sacando una fotografía, después de mirarla y darle un beso, la dejó encima de la mesa y empezó su carta:

Mi adorable Irene: Habrás recibido un recuerdo mío; ahora, solo en mi casa, pensando en ti...

No pasó adelante; dejando la pluma, levantóse; iba y venía...

Desde marzo tenía una querida, no una querida como las otras, mujer de aventuras, actriz, callejera o mundana; era una mujer a la que había pretendido y logrado con verdadero amor. El ya no era un joven; pero distando todavía de ser viejo, miraba seriamente las cosas a través de un prisma positivo y práctico.

"Hizo balance" de su pasión, como lo hacía siempre al terminar el año, de sus amistades y de todas las variaciones y sucesos de su existencia.

Ya calmado su primer apasionamiento ardoroso, podía examinar con precisión hasta qué punto la quería y cuál pudiera ser el porvenir de aquellos amores.

Descubrió arraigado en su alma un cariño profundo, mezcla de ternura, encanto y agradecimiento, poderosos lazos que sujetan para toda la vida.

Un campanillazo le hizo estremecer. Dudó. ¿Abriría? Es preciso abrir a un desconocido, que al pasar llama en la noche de Año Nuevo.

Cogió una bujía, salió al recibimiento, hizo girar la llave, trajo hacia sí la puerta... y vió en el descansillo a su querida, pálida como un cadáver y apoyando una mano en la pared.

Sorprendido, preguntó:

—¿Qué te pasa?

Ella dijo:

—¿Puedo entrar?

—¡Ya lo creo!

—¿No me verá nadie?

—Absolutamente nadie.

—¿Ibas a salir?

—No.

Entró — como quien tiene muy conocida la casa — y desplomándose, casi desmayada, en el diván del gabinete, rompió a llorar, con la cara entre las manos.

El, arrodillado junto a ella, procuraba suavemente descubrirla y ver sus ojos, repitiendo:

—Irene, Irene mía, ¿por qué lloras? Te lo suplico. ¿Dime por qué lloras!

La mujer balbuceó entre sollozos:

—¡No puedo... vivir así!

No la comprendía.

—¿Vivir así? ¿Cómo?

—No puedo vivir así... en mi casa. No quise decirte nunca, pero es horrible... No puedo... sufro demasiado... Me atormenta... ¡Me ha maltratado!...

—¿Tu marido?

—Sí...

—¡Ah!...

Le sorprendió, porque no imaginaba — ¡cómo imaginarlo! — que fuera brutal con su querida el marido; un hombre de finos modales, que frecuentaba el Casino, la sala de armas, paseos y escenarios; jinete y tirador; muy conocido y estimado en sociedad, correcto y cortés; hombre de pocos alcances y de limitados conocimientos, pero con la inteligencia indispensable para discurrir como todas las gentes de su mundo y respetar las preocupaciones y rutinas elegantes.

Parecía ocuparse de su mujer, como debe hacerlo un hombre acaudalado y aristócrata: atendiendo a sus caprichos, a su salud, a sus trajes, y dejándola perfectamente libre.

Desde que Randal fué presentado a Irene y ella le recibió con agrado, tuvo derecho a las deferencias que todo marido culto sabe guardar a los contentulios de su mujer. Cuando Randal pasó de ser amigo a ser amante, las deferencias del esposo aumentaron, es natural.

Y como nada le hizo sospechar que hubiese tempestades íntimas en aquel matrimonio, le sorprendía mucho esta revelación inesperada.

—¿Te ha maltratado! No lores y dime cómo fué.

Irene contó una historia muy larga: sus desavenencias, al principio triviales, más hondas de día en día, la incompatibilidad de sus temperamentos.

Empezaron las disputas, acabando en una separación completa; el marido se mostró suspicaz, violento. Más adelante, celoso, celoso de Randal; y acababa de maltratarla.

—...No vuelvo a mi casa, no. Dime lo que debo hacer.

Jacobo se había sentado muy cerca, y le cogió las manos.

—Piénsalo mucho, y no lo hagas ciegamente: que todas las culpas caigan sobre tu marido; salva tu posición de mujer irreprochable.

Mirándole con inquietud, Irene le preguntó:

—¿Qué me aconsejas?

—Vuelve a tu casa, y sufre con resignación

hasta encontrar un pretexto para separarte con todos los honores.

—¿No es algo cobarde tu consejo?

—Es prudente. No puedes arrojar por la ventana tu honra y las atenciones que debes a tu familia. ¡Qué dirían de ti si renunciaras a todo en un momento de locura!

Irene se levantó excitada, violenta:

—No puedo más. Todo se acabó. ¡Se acabó, se acabó y se acabó!

Luego, apoyando ambas manos en el pecho de su amante, le miró a los ojos.

—¿Me quieres?

—Mucho.

—¿De veras?

—¡Tan de veras!

—Pues bien; viviremos juntos en tu casa.

Randal exclamó asombrado.

—¿En mi casa? ¿Conmigo? ¿Te has vuelto loca? ¿Comprometerte, deshonorarte para toda la vida? ¡No!

Ella repuso, lentamente, con seguridad, midiendo las palabras:

—Oye, Jacobo. Me ha prohibido que te vea. Yo no soy mujer de las que mienten y engañan. Si vuelvo a mi casa, no volveré jamás a la tuya. Elige.

—Si te divorciases, nos casaríamos.

—Era necesario esperar dos o tres años... Tu cariño, ¿tiene tanta paciencia? ¿No se sublevaría en ese tiempo?

—Reflexiona. Si te quedas hoy aquí, mañana te reclamará; es tu marido: el derecho le asiste, le ampara la ley.

—No me interesa quedarme aquí; lo que yo quiero es ir contigo a cualquier parte. Si me quieres, vámonos adonde tú digas...; y si no me quieres, adiós.

Jacobo la detuvo:

—Irene, ten calma.

Ella no quería oírle; con los ojos llenos de lágrimas, repetía:

—Déjame... déjame... déjame...

La hizo sentar a la fuerza, y se arrodilló de nuevo a sus pies. Trató — acumulando reflexiones y consejos — de hacerla comprender lo irreparable de aquella resolución. Estuvo elocuente, y hasta en su mismo cariño halló argumentos convincentes.

La suplicó una y mil veces que le atendiera, que razonara como él, que no se ofuscara.

Fría, serena, cuando Jacobo calló, Irene dijo:

—Está bien; permite que me levante y que me vaya.

—No; eso no.

—Déjame. Tú me rechazas, me voy.

—Te vas, pensando que no te quiero.

—Me rechazas.

—¿Dime si tu resolución, si tu loca resolución, de la cual te arrepentirás luego, es irrevocable!

—Sí... Pero ¡déjame!

—No; si estás decidida, mi casa es tu casa. Nos iremos lo antes posible a un lugar seguro; te acompañaré, te seguiré...

—No; no quiero que te sacrifiques. Comprendo... que te sacrificas.

—Espera; hice cuanto pude para convencerte; no quise contribuir a perjudicarte. Pero lo que tú hagas, yo lo acepto.

Irene volvió a sentarse, le miró a los ojos fijamente y dijo:

—Habla; explicame cómo te convenciste cuando te proponías convencerme; dime lo que has pensado.

—No he pensado nada. Te advierto que haces una locura, una terrible y dolorosa locura. Insistes, y te pido mi parte; lo de cada uno debe ser de los dos: tu locura, como todo.

—Tampoco me convences.

—Oyeme bien. No se trata ni de sacrificio ni de abnegación. Cuando comprendí que te amaba, pensé lo que debieran pensar todos los amantes en situaciones parecidas: "El hombre que pretende a una mujer, que la enamora, que la consigne, contrae un sagrado compromiso. Naturalmente, cuando se trata de una mujer como tú y no de una mujer fácil y casquivana.

"El matrimonio, que tiene mucha importancia social, un gran valor legal, a mi juicio vale poco, moralmente, por las condiciones que lo determinan.

"Así, cuando una mujer sujeta por ese lazo jurídico, pero que no quiere a su esposo, que no puede quererle, cuyo corazón es libre, siente cariño por un hombre y se hace suya, ese hombre se compromete más en ese mutuo consentimiento que formalizando legalmente un matrimonio.

"Y si ella y él son personas honradas, la unión debe ser más íntima y estrecha que si la consagraran todas las ceremonias.

"En tales circunstancias, la mujer se arriesga mucho. Y, porque no lo ignora, porque lo da todo, su corazón, su cuerpo, su alma, su honor, su vida; porque se ha resignado a sufrir todas las miserias y todas las derrotas; porque realiza su amor heroicamente; porque se ha resuelto a desafiar las iras de su marido, que puede matarla, y el desprecio del mundo, que puede perderla, ¡es digna de respeto! Por eso también, su amante, al pretenderla, debió pensarla y prevenirla todo, preferirla siempre a todo, en cualquiera circunstancia. No tengo nada que añadir. Advertí primero como un hombre prudente; ahora, ya puedo hablar como un hombre apasionado. ¡Soy tuyo!"

Radiante de alegría, Irene selló sus labios con un beso.

—Viviremos como siempre; no ha pasado nada; he fingido... Quise ver cuánto me querías... Una prueba muy arriesgada... Ya la hice... ¡Qué feliz Año Nuevo me ofreces!



La poesía de Blomberg

Leer a Blomberg es como echarse a caminar por esos barrios pintorescos del suburbio, mirando las cosas y los hombres con los ojos de un niño que pide un relato.

Se ha sentado uno a la mesa de un bar donde un pianista ciego toca antiguos vales, ha bebido uno unos tragos de whisky, se ha puesto un cigarrillo rubio entre los labios y escucha las historias que recuerda un marinero de mirar turbio y triste.

Y estas historias traen la melancolía de unos puertos que se llaman Liverpool, Wapping, Ceylan.

Con esto hemos aprendido a querer a los veleros, los bergantines, los pailebotas, los bricks, porque también ellos tienen sus historias.

Y como nombrándonos esos puertos hemos retornado a los años en que nos gustaba llevar un cuello de marinero, con blancos cordones y un pitito de madera, nuestros ojos han vuelto a henchirse del asombro de aquellos primeros años y somos nuevamente amigos del marinero.

No son estos, precisamente, los marineros que entrevimos a través de los libros de nuestra infancia. Les falta la blusa azul de cuello volcado; pero sus almas nos son igualmente familiares.

Exteriormente no son los que soñábamos. Algunos ni chaqueta tienen. Son unos hombres sucios, curtidos, con ropas grasientas. Pero miremos sus ojos verdes o grises, claros u oscuros y siempre graves y tranquilos y sin asombro.

¿Y qué nos dirán de aquellos lejanos puertos, con la turbia intimidad que les ha dado el alcohol?

¿Qué cantos no habrán escuchado? ¿Qué bocas no habrán besado? ¿Qué cabellos no habrán arremolinado? ¿Y en qué ojos no se habrán mirado?

—¿A quién amaste, marinero?

—A cien mujeres, capitán:

A las mulatas en La Habana,

Las bayaderas en Bombay,

Geishas amé en el Yoshiwara,

Y negras Evas en Dakar,

Rubias judías en el Wapping

Y una princesa en el Ceylán...

Labios ardientes me besaron

En cada puerto, en cada mar".

Miramos a estos hombres con la misma curiosidad con que detenemos nuestros ojos en la carátula de un libro de cuentos.

Y después vienen los recuerdos. Tommy, el que mataron; Maggie que era bella y es ahora una pindonga borracha de coñac. Y también desfilan por la memoria, uno a uno, los que pisaron el viejo muelle sucio y se embarcaron para no volver jamás.

Y viene luego el evocar las cosas distantes. Una gran carpa en forma de cono y unos mecheros de luz oscilante. En el picadero del circo hace piruetas un clown y a un lado, unos hombres graves, con uniformes rojos, tocan en sus instrumentos de reluciente cobre, una marcha ingenua, a cuyas notas melancólicas las fieras se sienten como acariciadas. Y pasan años y más años y

un día un borracho que tararea, acodado en una mesa del bar, nos trae a la memoria aquella "vieja marcha de circo".

Y se nos ha puesto un nudo en la garganta porque hemos vaciado muchas copas desde aquel día y nuestros cabellos encanecen.

Acaso esa misma noche volcamos nuestro agradecimiento en aquellos que con la "vieja marcha de circo" fueron los compañeros de nuestra infancia de niños graves.

¡Robinson Crosue, Búffalo Bill, Aladino, y luego Juan Valjean, Monteeristo, D'Artagnan...

Este es el viejo camino que recorreremos con Blomberg. Pero antes no entendíamos la miseria, La miseria que es igual en todas partes, pero que es más horrible, más negra, más triste en unos barquichuelos que flotan sobre la inmensidad marina como cáscaras de nuez.

Barquichuelos en los que se aíslan unos hombres que ya no tienen que hacer sobre la tierra sino entonar viejas canciones frente a un vaso de alcohol.

¿Y cómo nos son familiares las almas de estos hombres! Sean ellos rusos o ingleses, alemanes o africanos, sabemos que forman legión de desheredados, que pasean su tristeza y su mugre por todos los muelles, mientras sus hermanos de la tierra se asesinan y despojan sin oír la voz del mar que canta, bronco y poderoso.

¡Claridad... claridad!

Leonidas Barletta

Los más bellos Poemas

de Edmundo Montagne

En una selección hecha por don Leopoldo Duran y con un soneto iconográfico de Fernández Moreno, acaba de aparecer el libro cuyo título tomamos como epígrafe.

La selección de los versos de Edmundo Montagne, nos presenta en todas sus facetas — aunque no bien delineadas algunas — uno de los poetas de más intensa vida interior y uno de los espíritus más torturados e inquietos de treinta años a esta época. Desde las más hondas preocupaciones rítmicas hasta las más grandes tragedias espirituales, innumerables son las causas que han convulsionado el mundo espiritual del autor de *Los más bellos poemas*. Es, este poeta, uno de los pocos de los cuales puede decirse con justicia, que cantó con voz propia. Los intentos verorrítmicos, no son un producto importado de los franceses, como la falsa revolución que se atribuyó a Darío y en su obra no se notan los alocaos traspies ni la insinceridad de Lugones. No hay, asimismo, en ella, el acicalamiento puramente decorativo de la forma — sin que por eso la haya descuidado — ni la rareza de léxico con que muchos pretenden desconcertar al vulgo. Toda la obra de Montagne respira sinceridad y sencillez.

Se inició, el poeta que nos ocupa, con un libro raro por los tortuosos laberintos espirituales que

dejaba entrever; nos referimos a "*Frases rítmicas*". Estos primeros versos, le valieron innumerables elogios y críticas apasionadas. Herrera y Reissig batió palmas por el nuevo poeta y un crítico centro americano dijo que ese libro era la obra de un desequilibrado. El segundo libro: "*Versos de una juventud*", produjo asombro en el mundo literario y atrajo, sobre su autor, la atención de los más claros talentos de aquella época (1909). Significó este libro la consagración definitiva de Montagne. Antes de él, el autor, había vivido la tragedia de un desequilibrio nervioso, cuyas manifestaciones principales no han sido incluidas en sus más bellos poemas. Se hallan, en "*Versos de una juventud*", los primeros intentos verorrítmicos de Montagne, ensayos que culminaron en ese libro fundamental titulado "*La Poética Nueva*", cuyo contenido es el resultado de veinte años de dedicación y estudio hecho a conciencia. En "*Versos de una juventud*", nuestra lírica se enriqueció con una página maestra como La Velada, que, el seleccionador juzga, con todo acierto, uno de los cantos más austeros y puros de la lírica moderna. Ella señaló el principio de la evolución que llevaría a Montagne hacia las nuevas sendas espirituales de "*Por Diosero de Amor*", el más homogéneo y el más cuidado de sus libros. No se notan allí los tortuosos alti-bajos de "*Versos de una juventud*" y "*Frases Rítmicas*". En este libro, el inquieto y desdichado soñador que conocimos, se nos presenta más dueño de sí mismo y nos brinda, en copa de puro y límpido cristal, su esencia de sentimiento, ternura y piedad cristiana. Son dignas de extraerse de él, verdaderas joyas como Consejos dados a mí mismo, Destino, En la muerte de Rubén Darío, A los poetas noveles, Rendición, Sonetino (no incluido) y otras. "*El Bazar del Iluso*", que siguió a "*Por Diosero de Amor*", es, más bien, un libro de circunstancias, cuyo principal objeto reside en reunir labor dispersa. Su contenido es heterogéneo. Empero, se hallan, en él, verdaderos aciertos. V. gr.: Zenon y Arminda (no incluido en la selección), poema que significa un modelo de concepción y realización; Almafuerte, décimas que constituyen una brillante y meditada definición del espíritu tormentoso del autor de *El Misionero*; y otras producciones de hondo sentimiento, como El cuplé de la triste vida, La Novia, La Doncellita enferma, Mariposita de oro y La Bayadera errante, gráfica pieza descriptiva de danzas orientales.

La guitarra del Pueblo, libro de canciones populares, no añade nada a la personalidad literaria de Edmundo Montagne y las producciones incluidas en este volumen, sólo se justifican por el carácter popular que se ha dado a Los más bellos Poemas.

Entre las nuevas generaciones, para quienes la poesía no es más que un mero motivo de lucimiento o de pedantería, es digna de citarse, como un ejemplo de vocación, voluntad y, sobre todo, de honradez literaria, la obra poética y la vida ejemplar de Edmundo Montagne, el cual es uno de los pocos que no creen que la poesía sea una cuestión de floreo o un vehículo para decir cosas raras o grotescas.

EPIFANIO GROZCO ZARATE

Guía de Lecturas

LOS PENSADORES, de acuerdo con el propósito cultural que viene sosteniendo desde su fundación, consagrará este espacio para recomendar a sus lectores el trato con determinados libros. Son muchas las personas que por carecer de un indicador inteligente, se atiborran de lecturas produciendo una confusión tan grande que, lejos de favorecerles, les perjudica. Otras personas hay que puestas frente a una librería no saben qué libro escoger por faltarles una determinada orientación, y toman el primero que les viene a mano sin saber si podrán comprenderlo o no, e ignorando absolutamente su carácter, las características de su autor, su significación literaria e histórica, etc. Es necesario leer con método y leer libros buenos. Hoy día la invasión de publicaciones de poco precio conteniendo tósigos espirituales preparados por escritorzuelos iletrados y mercachifles, hace mucho más daño de lo que parece. Si Luis de Val, Carolina Invernizio, Jorge Ohnet y otros mediocres envenenaron generaciones enteras, debemos evitar que la nuestra se intoxique con la literatura chirle, cursi y pornográfica que se ofrece en revistillas semanales. Hay que alejar al pueblo de esa mala literatura. En todas partes hay bibliotecas públicas llenas de libros excelentes que no se leen; es preciso aprovecharlos leyendo y recomendando su lectura a los demás.

Es con este criterio que aparecerá esta guía en todos los números de LOS PENSADORES.

LEA VD:

RESURRECCIÓN

(novela)

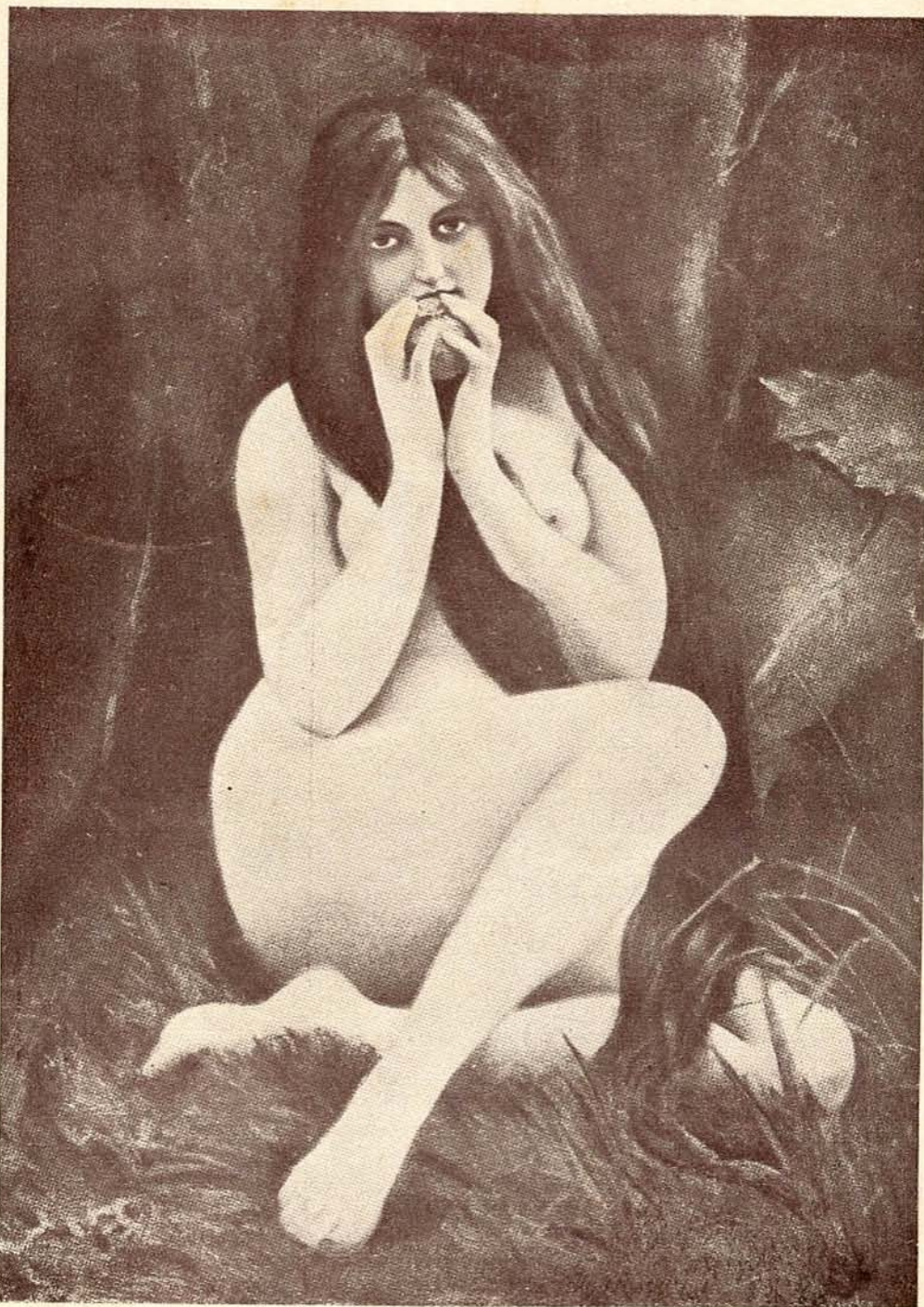
del gran pensador ruso

LEÓN TOLSTOI

Novela llena de piedad y ternura, obra maestra que influye como pocas en el ánimo del lector contribuyendo poderosamente a la evolución de su sensibilidad. Se trata de un "barine" que después de una juventud disipada se encauza por la senda del bien, proponiéndose desposarse con una pobre muchacha del pueblo a quien sedujera y pagara su infamia con un billete de banco. Píntase en él con mano maestra la vida de los presidiarios y desterrados rusos y la farsa de la justicia burguesa. Pertenece a la segunda época del gigante eslavo; es el "chef d'oeuvre" del arte religioso que Tolstoi mismo preconizara en su libro "Qué es el Arte?". Hay numerosas ediciones.



BELLAS ARTES



EVA

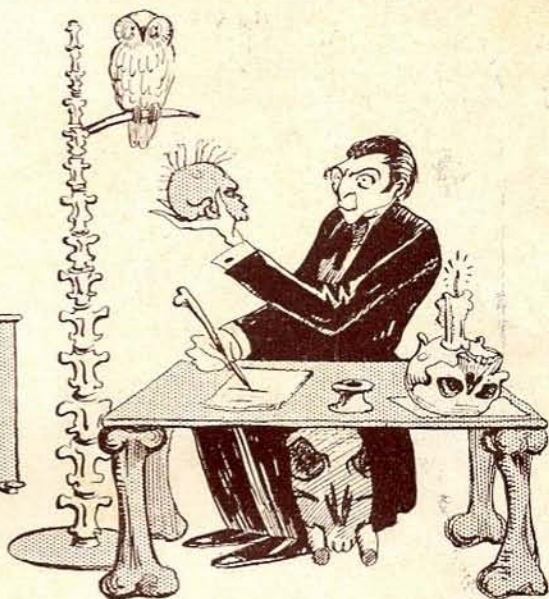
CUADRO DE VAN DEN BOS. — Van den Bos es un maestro del desnudo; la belleza de la mujer se reproduce en sus cuadros con toda la vigorosa esplendor de la vida, con toda la suave y ligera travesura de la gracia. La corrección es en este artista algo característico, y si a veces deja de notarse en sus figuras una exquisita propiedad anatómica, casi siempre se observa en ellas una notable exactitud de colorido, que dan gran fuerza de expresión a sus producciones. La *Eva* es una mujer realmente hermosa y expresiva, ajustada de proporciones y jucosa de color.

VARIOS MODELOS DE NOVELISTAS

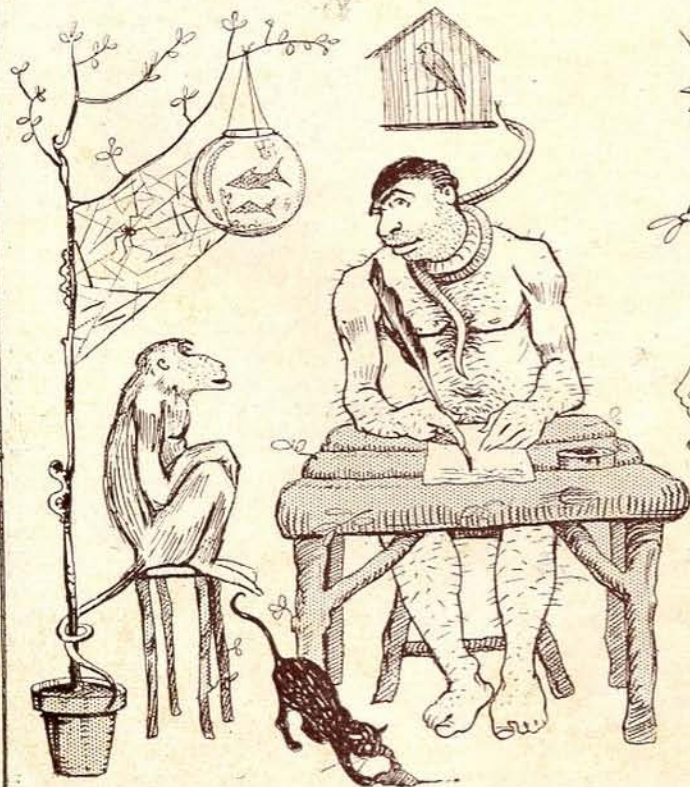
por VEBAR



TIPO-ZUVIRIANO



TIPO-VARGASVILIANO



TIPO-NATURALISTA



TIPO-COQUETO

VE
BA
R

LAS OBRAS MAESTRAS DE LA PANTALLA

"Los Pensadores" en el Cine

Es tan crecido el número de películas cinematográficas de escaso o nulo valor artístico, que creemos imprescindible para nuestra revista la creación de una sección especial que pueda servirle de guía al espectador inteligente. En materia de espectáculos se impone una cuidadosa selección; para los que tenemos del arte un elevado concepto es deber contribuir a que el público se oriente y sepa distinguir los espectáculos buenos de los malos y mediocres.

El cinematógrafo, dados los medios de ejecución de que dispone y el precio generalmente reducido de las localidades en sus salas de espectáculos, está llamado a representar un papel preponderante en la cultura popular. El día que el público, conducido por la prensa, sepa apreciar las producciones cinematográficas bellas, conceptuosas y útiles para la educación de los sentimientos, ese día habrán dejado de existir los "films" que hoy día pervierten el gusto de los espectadores. El cine, tal como lo cultivan algunas empresas norteamericanas en la actualidad, sirve para fomentar dos males sociales: la cursilería y la violencia. Nuestros hijos están atacados por estos dos morbos difundidos por el cinematógrafo; imitar las poses de Mary Pickford y las bravuconadas de Wallace Reid, he aquí el sueño de nuestros jóvenes.

Pero justo es consignar que entre el enorme farrago de "films" que diariamente se exhiben en los salones de nuestra ciudad, los hay que merecen el calificativo de obras de arte. No son muchos, es cierto; pero en honor a la verdad, conengamos en que hay algunos dignos de ser vistos y aplaudidos.

En esta sección de LOS PENSADORES iremos comentando las mejores producciones de actualidad inspirados, como siempre, en el propósito de crear un público amante de lo bello en todas sus manifestaciones.

Entre las producciones más notables de los últimos tiempos merece ser citada especialmente la maravillosa producción alemana "Sigfrido", adaptación del poema de los Nibelungos.

Pocas veces ha sido pasado por la pantalla un "film" mejor realizado. Toda la severa grandiosidad de la saga germana está contenida en esta bella producción, a la cual han servido de prosenio y de decorado los más hermosos paisajes de la selva negra. Toda la película es de una poesía encantadora, especialmente la escena de la revelación del secreto de la invulnerabilidad, cuando el héroe, después de haber llevado a los labios una gota de sangre del dragón, entiende las voces de la naturaleza y las palabras del pájaro revelador.

Pero lo que realmente produce asombro es la escena de la lucha entre Sigfrido y el dragón. La reconstrucción del monstruo ha sido realizada con

una fidelidad tal que uno se pregunta si realmente habrá existido alguna vez semejante especie de animales. El movimiento de los ojos, de la boca, el erizamiento durante la lucha y los estertores de la agonía es algo realmente maravilloso que supera a todo elogio.

* * *

Otra de las producciones que últimamente se han ofrecido a nuestro público y que merece una franca aprobación, es el "film" adaptado de la novela de Robert W. Chambers, titulado: "El amor que apela a Dios".

He aquí el argumento:

Valeria, linda muchacha, de humilde condición, se enamora de Luis Neville, inteligente pintor. Nunca sirvió ella de modelo; la miseria la llevó cierto día al estudio del artista y allí, poco a poco, se transformó en su musa inspiradora. El cuadro donde ella aparece reproducida maravillosamente en sus líneas puras, impecables, por el pincel rápido y certero de Luis, obtiene un triunfo. De este resultado sólo Valeria es la causa, y aunque tanto ella como él ocultan al principio sus sentimientos, no tardan en confesarse el hondo cariño que desde tiempo atrás los une espiritualmente.

Valeria pide a Luis un plazo para responderle a su ofrecimiento de hacerla su esposa. Una hermana del pintor, que como éste vive en un medio aristocrático, severo y regido por añejos prejuicios, es la encargada de convencer a la modelo de que es imposible, por la diferencia de clases, su unión con Luis. Y Valeria aspirando sólo a la verdadera felicidad de su amado, se sacrifica. Le contesta con una negativa al hombre que ama por sobre todas las cosas. Se aleja de él, procura no dar motivo, otra vez, a la murmuración; pero sigue amándolo aún más. En éste tampoco ahogó aquella negativa el sentimiento afectuoso. Y como en ambos el amor es superior a todo, terminan por vencer ridículos convencionalismos, para jurarse fidelidad. Valeria será, si a ello la obliga una sociedad hipócrita, la amante ante ésta de Luis; y ante Dios su esposa... Es el de ellos el amor que apela a Dios.

No falta un hombre sereno, de juicio franco — es José, un artista compañero de Luis y enamorado de Valeria — que aclare ante la familia del pintor la clase de mujer que es "la modelo". Expone el leal camarada cómo Valeria, no obstante el medio donde transcurre su existencia mundana, ha sabido mantener incontaminadas sus ingénitas virtudes de mujer buena; la exhibe como extraordinario ejemplo de honradez y de femineidad: es fiel a un cariño y es fiel, también, a la promesa que hiciera de no casarse con Luis. Y cuando, tiempo después, Valeria llega a casa del pintor a cumplir su acuerdo de ser su esposa ante Dios y su amante ante el mundo, el padre de Luis, aristócrata de tradición, deja de lado prejuicios sociales y la abraza con emoción. Para

él Valeria no es "la modelo": es una santa mujer, que ama; es su hija...

Esta bella y tierna obra de amor y sacrificio cuenta con dos intérpretes notables: Corinne Griffith y Conway Tearle, ya popularizados entre nosotros.

Un film científico

La cinematografía alemana, de tan feliz desarrollo, acaba de presentar una producción de interés científico filmada por el doctor Joaquín J. Stutzin, de Berlín. Trátase de una producción sensacional llamada a realizar grandes beneficios a los jóvenes, dado su carácter profiláctico. Titúlase: "Las enfermedades de las vías urinarias", y en ella se demuestra el desarrollo y peligros que acarrear dichas enfermedades.

Esperamos verla pronto en nuestros salones.

Las mujeres ante la moda y el progreso

LA "MELENITA"

Ahora las mujeres han adoptado la moda de llevar la cabellera a la "romana". Para hablar con mayor modernidad, diremos a la "garçonne".

De todas las modas que, por desgracia adopta la mujer con sobrada mala fortuna, es ésta una excelente moda que aporta comodidad y donaire a su tocado.

Creo que fué "Max" en "Las Noticias", quien recogiendo la famosa frase de Schopenhauer, escribió estos días: "Ya no se dirá de las mujeres, que tienen las ideas cortas y los cabellos largos".

Han empezado ya por acortar sus cabellos, en efecto. Sería hora de que alargaran sus concepciones y de que dejaran crecer su actividad pensante... pensante en pro del progreso y de la emancipación integrales. Porque no se puede afirmar que la mujer no hace trabajar su cerebro. Lo que pasa es que su labor cerebral, es todavía más estéril y más negativa que la de los hombres.

Quedan, naturalmente, a salvo, las excepciones femeninas y masculinas; las primeras por laudables y por execrables las segundas.

Es hora ya de que la mujer siga las buenas modas y abandone las estúpidas. Es hora ya, de que la mujer acepte todo aquello que sea cómodo, sin ser ridículo ni despreciativo; todo aquello que la liberte de los rancios prejuicios, que la aparte de la burda rutina, que la aleje de todo ese feminismo demasiado afeminado y bestial, demasiado tradicional y separativo de los sexos.

Esos siglos que parecen interponerse entre la mujer y el hombre contemporáneos, coetáneos de una misma época histórica, han de borrarse. Y esta nivelación, tiene que lograrla la mujer en un formidable salto, hasta colocarse a la par del

hombre, su semejante en todo aquello que no haga desmerecer la femineidad; en todo aquello que sin perjudicar a su sexo, ni a su delicadeza, ni a su belleza, ni a su sensibilidad, la vaya confundiendo socialmente con el hombre, con el cual debe caminar al asalto del progreso humano, sin limitaciones; a la conquista de la emancipación de los seres humanos, víctimas de los prejuicios, de las ignorancias y de todas las concupiscencias de sus semejantes.

Acorte sus cabellos sí; pero alargue sus ideas y sus deseos vehementes de emanciparse del masculinismo omnívoro, y de la esclavitud general, que denigra a hombres y mujeres.

Al invadir los puestos de explotación, (las obreras) que reclamen un salario igual al de los hombres a quienes substituyen, pues el salario será, bien interpretado, un buen medio para adquirir la independencia y ponerse al nivel del hombre, en ese plano económico-social de la vida conjuntiva.

Córtense los cabellos a la "romana", pero córtense también esos prejuicios todavía más largos y más viejos que los que arrastran los hombres y aplaudiremos sin reservas la tala de todas las ideas malsanas y pobres, como ahora aplaudimos la tala capilar.

Poco adelantarán. Si se conforman con la poda de cabellos, sin podar ese ramaje secular de creencias y manías que las tienen ligadas a una existencia anacrónica, repleta de frivolidad y de coquetería a ultranza, de simplismo, de narcisismo, y de sometimiento y servidumbre humana.

Poco adelantarán si solamente se salen de las manos de la peinadora para ir a las del "coiffeur"; continuando permaneciendo en las garras del sacerdote, en los garfios del masculinismo tiránico, bajo el sombrero de las tutelas, en los tentáculos de la reproducción proílica e insensata, y en las redes tupidas de la más crasa ignorancia.

Poco adelantarán tampoco, votando y haciendo elegir representantes del pueblo, con o sin peinado a la "garçonne". La poda de los cabellos, ha de continuar hasta que los yerbajos hayan des- embarazado su conciencia y hasta que pueda ver clara la luz para su total redención.

F. BARTHE.

UNA NOVEDAD

En el 17 tomo de
LOS POETAS
se publicarán las

POESIAS COMPLETAS

De JORGE ISAACS

el célebre autor de la novela
MARIA

Se pondrá en venta el jueves 11 de
Diciembre

LA NOTA ROJA

EL PARRICIDA

Hace poco, en La Plata se perpetró un parricidio. El hijo, el propio hijo, mató al padre. Y lo mató de siete balazos. Apuntó una vez y otra vez, así, hasta siete. Y una vez y otra vez el padre fué recibiendo sobre su cuerpo el plomo que le enviaba su hijo.

El hijo es ruso o polaco: no importa la nacionalidad. Es un muchacho inteligente. Esto tiene más importancia. Es, asimismo, trabajador, socialista militante y posee según parece, sentimientos piadosos... Esto es más importante que lo otro. Más inexplicable.

También es neurópata o epiléptico. El médico que lo examinó no estaba bien seguro de esto. Dos horas después de cometer el crimen el médico procedió al examen del criminal. En seguida le preguntó *si estaba arrepentido*. Semejante pregunta en boca de un médico constituye un agravio a la medicina. Esta pregunta estaría mejor en boca de un moralista ignorante. Después de haber cometido el hombre un hecho de tal magnitud no está en condiciones de responder concretamente nada. Cae en una especie de abismo, negro y caótico. El arrepentimiento no es un fenómeno meteorológico que se opera con la rapidez del rayo. Sin duda, el hijo estuvo elaborando el crimen durante muchos años. Y cinco minutos después de haberlo realizado no iba a experimentar un ataque de arrepentimiento. Si hubiera sido capaz de arrepentirse tan pronto, claro está, que no lo hubiese cometido. Tampoco se trata en estos casos de arrepentirse. El arrepentimiento del hijo, vivo, no alteraría en lo más mínimo la situación del padre, muerto. El crimen es crimen siempre con o sin arrepentimiento. Lo que se trata de saber es si el hijo obró bien o mal, haciendo lo que hizo.

De la declaración de 100 testigos resulta que el hijo era un verdadero santo y el padre un verdadero canalla. No hay términos medios en los deponentes. El padre era alcoholista, peleador, violento, asesino, etc.; el hijo, en cambio, era un modelo de hijo. El perfecto ciudadano. Culto. Abnegado. Inteligente. Hasta daba conferencias por radiotelefonía... El padre castigaba a la madre. La castigaba brutalmente. Castigaba a los hijos en la misma forma. Después de trabajar en los frigoríficos — porque trabajaba y trabajaba todos los días — el segundo número del programa de su vida, era, golpear a los suyos. El tercero era emborracharse. El padre era un tipo de padre de esos que existían hace veinte años y de los cuales van quedando pocos ejemplares. Un padre copia fiel de su padre, hijo de su abuelo: iguales todos. El hijo, en cambio, no era el mismo modelo de hijo resignado de aquella época

colonial. Era un hijo moderno: rebelde, independiente, culto.

Un hijo, hace 20 años, frente a un padre así hubiese abandonado el hogar, pero hoy empuña un revólver y le pega a su progenitor 7 balazos, con el beneplácito del señor público que es muy aficionado a las tragedias sangrientas y espectaculares.

Durante el juicio el *acusado* no fué el criminal sino el muerto o sea el padre. Todos los testigos depusieron contra él. El muerto fué muerto y escarnecido dos veces. La madre del matador que asistía a los juicios renegó de él. Renegó de él después de haber vivido en su compañía más de veinte años. Después de haber sido fecundada 5 veces. Renegaron sus hijos. Uno por uno, renegaron todos. Renegaron los testigos que eran amigos y compañeros del muerto. El muerto era un monstruo, vamos. Era de lo peor. Nadie, sin embargo, de los 100 testigos vió sus hechos delictuosos. Todos los conocían por referencias. Unos se lo contaron a otros.

Pero, por más malo que fuera el muerto es de suponer que los vivos que toleraban su compañía no eran mucho mejores. Porque, si admitimos que el muerto era un monstruo, un monstruo de verdad, ¿cómo la señora que lo acusa pudo casarse con él y vivir a su lado tanto tiempo? ¿cómo luego se dejó fecundar una y otra vez? ¿cómo asimismo los amigos podían seguir siendo amigos suyos? ¿Y cómo un hombre de semejante estructura moral trabajaba diariamente en los frigoríficos, en trabajos rudos y pestilenciales, para subvenir a los gastos de su progenitura? ¿Y cómo por fin un monstruo, pudo engendrar hijos tan buenos? Porque hay que convenir en que los hijos son buenos. Todos dicen que son muy buenos, especialmente el matador... Este es el más bueno de la familia.

No queremos hacer la defensa del padre. Pero no queremos dejarnos arrastrar por esa simpatía morbosa que inspiran los criminales. El alma popular, primitiva y bárbara, siente estremecimientos de voluptuosidad ante el crimen. La crónica policial constituye el regocijo más grande de su emotividad siniestra. Las mujeres en París se enamoran de los más grandes asesinos y en el Azul le pedían autógrafos a Mateo Banks. Por excepción, el público no se coloca de parte del asesino o del ladrón. A ningún delincuente le faltan defensores y padrinos.

El hombre honrado es el hombre vulgar, automático, pedestre hasta la saciedad y el aburrimiento. Es la normalidad abrumadora de 2 y 2 son cuatro. Es el *hombre piano* del que habla Dos-
toiewsky. El hombre máquina que vive y que trabaja y que no hace ni bien ni mal a nadie. Y va y viene sin topeza con cualquier cosa y con

día hasta que se muere. El delincuente es el tipo excepcional. Es el tipo que rompe el ritmo vulgar de la existencia. Aparece repentinamente y repentinamente desaparece. Caen con la brusquedad de una centella. Produce estremecimientos y no da tiempo a razonar. Y el público lo admira y le agradece íntimamente que haya demostrado que dos y dos no son cuatro, aunque el público sabe bien que dos y dos son cuatro, que han sido cuatro y que seguirán siendo cuatro por los siglos de los siglos.

Resumiendo: el hijo, el propio hijo, mató al padre. El padre no atacó. Tampoco se defendió. Ahora, un tribunal condena al hijo a 10 años de prisión y el público que asiste al juicio llora, llora porque un hijo tan bueno, tan inteligente, tan abnegado, tan heroico tiene que purgar 10 años de presidio. ¡Pobre hijo! Lloro la madre, la madre que lo hizo en comunión con el muerto cuando el muerto vivía. ¡Pobre, pobre hijo! Y sus hermanas. Y sus amigos. Y hasta los jueces han menester pasar a cuarto intermedio para no llorar. ¡Pobre hijo que tuvo que matar al padre de siete balazos!

¿Y el padre? El padre está muerto, bien muerto. No puede hablar, sino quizás él también lloraría la desgracia de su hijo. Quizás si él hubiese podido asistir al juicio habría depuesto en favor del criminal. Y habría llorado amargamente. No cabe la menor duda.

¡Pobre hijo!

¡Pobre padre!

Así somos, recontra. Lloramos, lloramos, pero no nos corregimos. Le clavamos primero el puñal a un semejante y después nos ponemos a llorar a lágrima viva...

¡Pobres, pobres de nosotros que estamos llorando el crimen de hoy y mañana, mañana sin falta volveremos a matar otra vez!

AMIGO LECTOR:

Si este número de LOS PENSADORES transformado en revista es de tu agrado, coopera a su difusión. Conviértete en un colaborador espontáneo. Comunícanos tu impresión indicándonos lo que debemos agregar o suprimir. Presta tu concurso para que esta revista imponga el buen gusto literario y artístico, hoy pervertido por tanto catálogo de avisos disfrazado de revista, por novelas cursis, teatro de negocio y literatura pornográfica que abundan tanto cuanto menos valen.

Entre otro abundante material, irán en el próximo número de esta revista, que se pondrá en venta el martes 23 del corriente, colaboraciones especiales de Elías Castelnuovo, Leónidas Barleta, Juan Antonio Solari, Herminia Brumana, Alvaro Yunque, Epifanio Orozco Zárate y otros.

LA VOZ DE LOS MUERTOS

Inquietudes de Flaubert

Las cartas de los grandes hombres nos revelan mejor que nada sus intimidades, sus pensamientos más recónditos. Hay escritores que nunca se entregan al público por entero; para completar el conocimiento de su personalidad hay que recurrir a las epístolas íntimas, escritas siempre con mayor abandono.

Este es el caso de Gustavo Flaubert. Un editor va a publicar su correspondencia; a ella pertenecen las dos cartas que a continuación traducimos, dirigidas a Ernesto Chevalier, la primera, y "a una amiga", la segunda, cartas en que se revela bajo nuevos aspectos el sagaz psicólogo de *Madame Bovary* y el primoroso estilista de *Salambo*.

*
* *

"...Muy bien; ya estoy a punto de abandonar los bancos y de elegir un estado. Porque es preciso ser hombre útil y tomar su parte de la torta de Reyes, haciendo bien a la Humanidad y atiborrándose de dinero cuanto sea posible. Se encuentra uno en triste situación cuando por delante se le abren todos los caminos, igualmente polvorientos, estériles, obstruidos, y se permanece perplejo, indeciso, ante la elección.

"Cuando era muy niño soñaba con la gloria; ahora ni siquiera tengo el orgullo de la medianía. Para muchas gentes esto será un progreso; para mí es una pérdida. Porque, en fin, la cuestión es tener una confianza, quimérica o real; ¿no es la confianza un timón, una brújula, todo un cielo que nos ilumina? Ya no tengo, ni convicción, ni entusiasmo, ni fe. Si me hubieran dirigido bien, podría haber sido un gran actor.

"Sentía la fuerza íntima; pero ahora declamo más lastimosamente que el peor polichinela, porque he matado en mí el calor, me he pervertido el corazón con un cúmulo de cosas ficticias y de infinitas bufonías. Ya no brotará ninguna cosecha. Mejor. He renunciado completamente a escribir; estoy seguro de que nunca se verá mi nombre impreso. Ya no tengo fuerzas, me siento incapaz. Esto es verdad, desgraciada o felizmente. Me hubiera creído un desdichado y hubiera entristecido a los que me rodean; queriendo subir tan alto, me hubiera desgarrado los pies en las piedras del camino.

"Aun me quedan las grandes rutas, los senderos trillados, la venta de ropas, los empleos, mil resquicios que se tapan con imbéciles. Seré un tapón en la sociedad. Ocuparé así mi puesto. Seré un hombre honrado, encajillado y todo lo que quieras; seré un cualquiera, un abogado, un médico, un subprefecto, un notario, un juez; es igual, una estupidez como todas las estupideces, un hombre de mundo o de oficina, que es todavía más chuseo. No hay más remedio que ser una de estas cosas.

"Está bien; ya he elegido, estoy resuelto: estudiaré Derecho, que en lugar de conducir a todo no conduce a nada."

* *

“Tu carta de esta mañana es triste y de un dolor resignado. Ofreces olvidarme, si eso me agrada; eres sublime. Sabía que eras buena, excelente; pero ignoraba que fueras tan grande. Lo repito: *me humillas* cuando me comparo contigo. Me dices crueldades; pero lo peor es que yo las he provocado. Me pagas en la misma moneda. Es una represalia. Lo que de ti quiero no lo sé; pero lo que anhelo es amarte, amarte mil veces más. ¡Oh! Si pudieras leer en mi corazón verías el lugar que en él te he asignado. Veo que sufres más de lo que confiesas; te has erguido para escribir esta carta. ¿Verdad que has llorado antes? Su estilo es cortado; se descubre en ella una laxitud de sufrimiento, algo como un débil eco de una voz que ha sollozado. Confiésalo; dime que pasabas un mal día porque te había faltado mi carta. Sé franca, no te finjas altanera. No hagas como yo, no retengas tus lágrimas; caen sobre el corazón y lo horadan.

“Necesito decirte un pensamiento mío. Estoy seguro de que me crees egoísta; esto te aflige, pero estás convencida de ello. ¿Es que lo parezco? Ya sabes que las apariencias engañan. Yo soy como todo el mundo, acaso menos que muchos, tal vez más que otros, ¿quién sabe? Este es un calificativo que se aplica sin saber lo que se quiere decir.

“San Vicente de Paul obedecía a un apetito de caridad, como Calígula a un apetito de crueldad. Cada uno goza a su modo y sólo para sí; los unos, reflejando la acción sobre ellos mismos, haciéndose la causa, el centro, el fin; los otros, convidando a todo el mundo al festín de su alma. Tal es la diferencia de los pródigos y de los avaros. Los primeros disfrutaban dando; guardando, los segundos.

“En cuanto al egoísmo ordinario, aunque me repugna desmesuradamente, confieso que si pudiera comprarlo lo daría todo para poseerlo. Ser bestia, egoísta y tener buena salud son las tres condiciones que se requieren para ser feliz. Si falta la primera, todo se ha perdido”.

—:—

Teatros y Concursos

Por inconvenientes de última hora, explicables con los trabajos preparatorios a la aparición del primer número de una revista, no aparece hoy la importante sección del epígrafe.

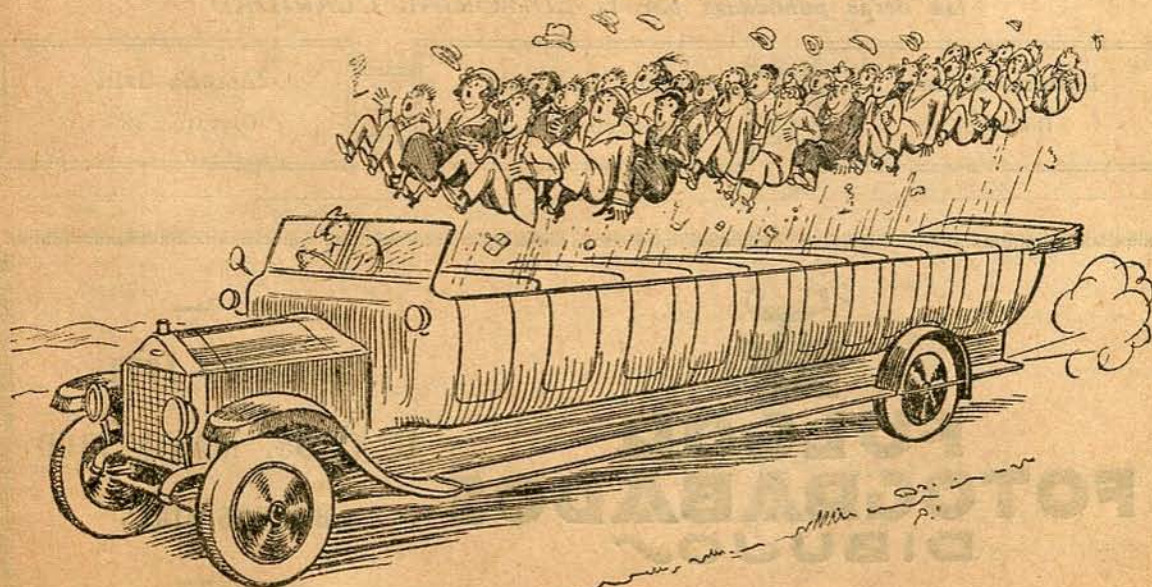
No escapará al lector la importancia fundamental que tiene para la orientación del público la crítica teatral y musical. Desde el próximo número ocupará lugar preferente en nuestras columnas esta sección, imprescindible en una revista del carácter de LOS PENSADORES.

Los encargados de “Teatros y conciertos” no dependerán de las empresas ni contraerán compromisos con autores y comediantes; pagarán su localidad como cualquier otro espectador y gozarán del privilegio de poder cantar la verdad en voz bien alta.

El próximo número de LOS PENSADORES, que aparecerá el martes 23 del corriente, contendrá, además de las secciones que figuran en este, la novela de Fedor Dostojevski: “El ladrón honrado”. Un estudio inédito de Máximo Gorki sobre la personalidad de Leónidas Andreieff. José Arato, pintor de la miseria, nota ilustrada, por Leónidas Barletta.

Dibujos de Fascini, Vebar, Taborda, Gimeno y otros.

EL FIN DE UN VIAJE EN OMNIBUS



Obras en existencia de las publicadas en
los 100 números de la primera serie de

LOS PENSADORES

4. *Cuentos de vagabundos*, de Máximo Gorki.—5. *Mi confesión*, de León Tolstoi.—7. *Lo que yo pienso del pueblo Ruso*, de Máximo Gorki.—12. *Verbo de Admonición y Combate*, de Vargas Vila.—25. *Preludios de la lucha*, de F. Pi y Arsuaga.—36. *La revolución a través de los siglos*, de Agustiu Hamon y *El derecho a la pereza* de Pablo Lafargue.—37. *Memorias*, de Enrique Heine.—40. *Pensamientos*, de Juan B. Alberdi.—41. *Calandria, Rey de Morelia*, de J. Ortega y Munilla.—42. *El concepto de la Historia (controversia)*, Jaurés-Lafargue y *El porvenir de nuestros hijos*, de E. Reclus.—43. *La infancia*, de Ramón y Cajal, contada por él mismo.—44. *Estudios sobre la moneda*, de Juan B. Justo.—45. *Pasteur, su vida y su obra*, por J. Muñoz Escamez.—46. *El Gato Flaco*, de Anatole France.—47. *Manual del Revolucionario y Máximas para Revolucionarios*, de Bernard Shaw.—48. *Poesías y Evangélicas*, de Almafuerte.—49. *Exposición de la nueva ciencia de curar*, de Luis Kuhne.—51. *El Anticristo*, de F. Nietzsche.—54. *La Ciencia y el Arte*, de Víctor Hugo.—55. *Tratado de la educación práctica*, por Kant.—56. *Para el 1.º de Mayo*, por Edmundo de Amicis.—58. *La Guerra*, de Octavio Mirbeau.—59. *La quinta esencia del comunismo*, por H. S. Wel's.—60. *Supercherías*, por Leopoldo Alas (Clarín).—61. *Páginas de un descontento*, de Máximo Gorki.—62. *El teatro de los humildes (poesías)*, de J. Herrera y Reissig.—63. *Repugnancias y rebelías*, de Mario Mariani.—64. *Lo que debe hacerse*, por León Tolstoi.—65. *La casa por dentro*, por Juan Palazzo.—68. *Pájaros de barro*, por Santiago Rusiñol.—69. *Los poetas malditos*, por Paul Verlaine.

—70. *Obras selectas*, por González Prada.—71. *Páginas dispersas*, por Rafael Barret.—72. *El nuevo derecho*, por Alfredo L. Palacios.—73. *El Arte*, por Augusto Rodin.—76. *Hombres célebres*, por Emilio Zola.—78. *Wagner*, por Nietzsche, D'Annunzio y Maclair.—82. *Tiempos heroicos*, por Enrique Dickmann.—83. *Los grandes delincuentes*, por Federico Urales.—84. *El porvenir de España*, por Miguel de Unamuno.—85. *El Horla* y otros cuentos, por Guy de Maupassant.—86. *Errantes y otros cuentos*, por Antón Chetkoff.—87. *Cuentos de Italia*, por Luis Pirandello.—89. *Teatro Realista*, de Mario Mariani.—91. *Vida de Rafael y Goya*, de la colec. los grandes pintores.—92. *Flos Sophorum* (ejemplario de la vida de los grandes sabios), por Eugenio D'Ors (Xenius). — 93 *Fatalidad*, por Henry Barbusse.—94. *Lágrimas de sangre*, por Mario Mariani.—95. *Cabezas*, por Rubén Darío.—96. *El Vello de Oro*, por Teófilo Gautier.—97. *Una noche en el Luxemburgo*, por Remy de Gourmont.—98. *La Muerte Roja*, por Edgard Allan Poe.—99. *Origen y fundamento de la desigualdad entre los hombres*, por Juan Jacobo Rousseau.—100. *El Progreso*, por Herbert Spencer.

A veinte centavos cada ejemplar, sin necesidad de adjuntar para franqueo, se remiten los números que el lector desee.

Pida a la Administración, acompañando su importe en efectivo, giro postal o estampillas.

Dirija toda correspondencia a nombre de EDITORIAL CLARIDAD. — Casilla de Correo 736.— Buenos Aires.

Agencias en la Capital donde pueden ser adquiridas todas
las obras publicadas por la EDITORIAL CLARIDAD

Librería Munner

Boedo 841

Kiosko "La Opera"

Rivadavia y Callao

Librería Galli

Olavarría 389


FULGOR
FOTOGRAFADOS
DIBUJOS
DIBUJOS

MORENO 1971

U. T. 38, MAYO 1100

BUENOS AIRES



APOTEGMAS CINICOS



I

No conviene que la mujer se independice. La independencia de la mujer significaría la ruina total del hombre, como la independencia del proletariado significaría la ruina total de la burguesía.

* * *

No conviene, no, porque entonces, ¿quién nos lavaría la ropa? ¿quién nos plancharía los cuellos? ¿quién nos haría la comida?

* * *

Conviene, mejor que continúe heroica y abnegadamente luchando en su puesto de vanguardia, en el puesto de vanguardia donde Dios la puso; vale decir: en la cocina...

* * * -

No hay que suministrarle literatura, ni ciencia, ni ideologías; hay que suministrarle una escoba, un plumero, jabón amarillo y una batería de tachos.

* * *

Uno de los lados fuertes de la mujer son los tachos: en esta asignatura, francamente nos deja bizcos.

* * *

La literatura, en cambio, se le sube a la cabeza, la ciencia le hace daño; ambas especulaciones combinadas le producen una especie de embarazo intelectual; poner a su alcance ideologías es como poner al alcance de un niño una pistola cargada... de repetición.

* * *

La mujer es como el gato: ama más a la casa que al propietario.

* * *

No ama al hombre: ama los objetos del hombre, el lujo que le paga el hombre, las chirimboiadas con que se adorna a expensas del trabajo del hombre, los muebles, las calesitas, el automóvil.

* * *

La fidelidad no se consigue en la iglesia y menos en el registro civil: se consigue en las mueblerías, en los bazares, en las tiendas... Una piel de quillango ofrece más garantías que un voto de castidad.

* * *

Si quieres que tu mujer no te abandone nunca, si la quieres atar contigo hasta la muerte, si quieres que te sea siempre fiel, siempre, siempre, amuéblale bien la casa, ponte muebles sobre muebles, aquí y allí, arriba y abajo, si es posible de tres cuerpos.

* * *

Los muebles de tres cuerpos constituyen hoy la clave maravillosa del cofre de la fidelidad conyugal: obran como grillos en su tiernísimo y desinteresadísimo corazón.

El cerebro de un hombre idiota pesa 200 gramos; el de una mujer inteligente pesa menos; sin embargo Julio R. Barcos en una gira por el interior descubrió un cerebro "monstruo" de mujer que pesaba 250 gramos.

* * *

La literatura y la revolución son trabajos que rinden poco dinero y muchos dolores de cabeza: he aquí por qué a todas las mujeres avanzadas que yo conozco y a todas las literatas les aconsejo que se hagan tonadilleras.

* * *

La mujer inventó el dinero para que el hombre la comprara; en seguida inventó la moral para que después de haberse vendido, el muy bellaco, no la estafase.

* * *

Eva se vendió al aire libre por una manzana y sus hijas diletas heredaron la costumbre de su madre a puertas cerradas, con el agravante de que una manzana no les basta.

* * *

Pero, de Eva a Sara Bernart la mujer ha progresado: hoy la más hedionda de las rameritas consideraría una deshonra venderse por una vil manzana.

* * *

El hombre cree en dos mentiras convencionales de fabricación femenina, a expensas de las cuales vive espléndidamente su compañera: la virtud y el vicio; unas viven del vicio, otras de la virtud.

* * *

La virtud en la mujer es un vicio dado vuelta al revés y el vicio es una virtud patas arriba...

* * *

La mujer honrada cuesta más caro que la mujer disoluta: la virtud gasta más plata que el vicio.

* * *

Esto lo saben los hombres que han tenido la desgracia de casarse con una mujer honesta.

* * *

Dime cuánto ganas y te diré cuánto te quiere el amor de tus amores, la mitad de tu costilla.

El amor y el salario están sujetos a la misma ley de rotación: cuando el salario baja, el amor disminuye y cuando el salario sube, el amor aumenta considerablemente.

* * *

La mujer trafica con la honradez del hombre desde que el hombre nace hasta que el hombre muere: es algo así como un almacenero que le fía la leche de los primeros años para explotarle después toda la vida.

* * *

La mujer supone que el útero es una caja de ahorros.

SUMARIO

FASINE.	<i>Jugadores</i>
REDACCION.	<i>Al margen de la vida que pasa...</i>
ALMAFUERTE.	<i>Páginas negras</i>
VARIOS.	<i>Pensamientos</i>
ELIAS CASTELNUOVO.	<i>Un Pintor Gorkiano, Guillermo Facio Hebequer</i>
GUILLERMO F. HEBEQUER.	<i>Aguas fuertes</i>
DR. JOSE INGENIEROS.	<i>Eliminación del amor por el matrimonio</i>
KNUT HAMSUN.	<i>Jugadores (novela)</i>
TRISTAN DE KAREÖL.	<i>Los Grandes Músicos, Giacomo Puccini</i>
ALVARO YUNQUEL.	<i>Bandoneón y Serrucho</i>
LOS GRANDES PENSADORES	<i>Séneca</i>
TRILUSSA.	<i>Fábulas, (inéditas)</i>
LUIS PIRANDELLO.	<i>La Cartilla Roja</i>
MIGUEL UNAMUNO.	<i>El dolor de Pensar</i>
MAX y ALEX FISCHER.	<i>El duelo del señor Lolotte</i>
DR. CESAR JUARROS.	<i>Del Problema sexual; La iniciación</i>
SANTIAGO RUSIÑOL.	<i>Hojas de la vida; Banquete de duelo</i>
PAGINAS PARA LOS NIÑOS...	<i>Ejemplos de heroísmo que deben ser imitados</i>
GUY DE MAUPASSANT.	<i>Lo que todos deben saber</i>
LEONIDAS BARLETTA.	<i>Amorosa...</i>
EL OROZCO ZARATE.	<i>La Poesía de Blomberg</i>
GUIA DE LECTURAS.	<i>Los más bellos poemas de Edmundo Montagne</i>
LAS OBRAS MAESTRAS DE LA PANTALLA.	<i>Resurrección</i>
BELLAS ARTES.	<i>Sigfrido</i>
VEBAR.	<i>Eva, cuadro Van den Bor</i>
F. BARTHE.	<i>Varios modelos de novelistas</i>
REDACCION.	<i>La mujer ante la moda y el progreso</i>
LA VOZ DE LOS MUERTOS.	<i>La Nota roja: El Parricida</i>
REDACCION.	<i>Inquietudes de Flaubert</i>
	<i>Teatros y Conciertos</i>
	<i>Apotegmas cínicos</i>

Concesionario para la venta en la capital: Vicente Bellusci.



Dirección Postal
Casilla de Correo
736
Buenos Aires





